

SOBRE MUJERES

*Relatos ganadores y finalistas
I, II, III y IV Premio de Relato
Fundación Fomento Hispania*



La Fundación Fomento Hispania tiene una misión generalista, tal y como se desprende de sus fines, centrados en la búsqueda de la dignidad de la persona, el bien común, la acción preferencial por los desfavorecidos y excluidos, la distribución universal de los bienes, los derechos de la mujer, la subsidiariedad y la solidaridad, entre otros: <https://fundacionfomentohispania.org/nuestros-fines-estatutos>

Organiza sus proyectos bajo cuatro líneas de actuación:

- Ayuda a las personas.
- Acción social.
- Patrimonio.
- Educación y cultura.

Es dentro de esta última, Educación y Cultura, donde se encuadra su Fondo Bibliográfico, y desde ese proyecto surge la iniciativa de convocar este Premio de Relato del que se han celebrado cuatro ediciones, en los años 2017, 2018, 2019 y 2020.

Edición: diciembre de 2019

© De los autores

Autor de la pintura de portada: José Luis M. Vidales

Fundación Fomento Hispania

Palacio del Cordón. Plaza del Cordón 1, bj izq

28005 Madrid

Tel. +34 91 541 93 64

www.fundacionfomentohispania.org

info@fundacionfomentohispania.org

Depósito Legal Número: M-34073-2019

SOBRE MUJERES

*Relatos ganadores y finalistas
I, II, III y IV Premio de Relato
Fundación Fomento Hispania*

ÍNDICE

Presentación

Relatos ganadores y finalistas 2020

Introducción de los miembros del jurado

Inés Fernández-Ordóñez, Carmen Posadas y Javier Moro

Ballenas de pecera – PRIMER PREMIO –

De Agustín García Aguado

Por la España profunda – SEGUNDO PREMIO –

De Ramón Sánchez García

La mujer que mató a Liberty Valance – TERCER PREMIO –

De José Luis Castro Lombilla

La diosa africana

De Laura Cabedo Cabo

Casi siempre

De Nuria Pradilla Barrero

Amén

De Ángeles del Blanco Tejerina

La jaula abierta

De Joaquín Correa Barco

El baile de la victoria

De Josefina Solano Maldonado

Subir y bajar

De Gloria Fernández Sánchez

La espera

De María Soledad García Garrido

El viento

De Javier Vázquez Losada

El discurso de la victoria

De Pedro Gascón Sanmartín

Parto sin dolor

De Rosa María Fabuel De Mora

Relatos ganadores y finalistas 2019

Introducción de los miembros del jurado

Soledad Puértolas, Ángela Vallvey y Ernesto Pérez Zúñiga

La calle perdida – PRIMER PREMIO –

De Pedro Gascón Sanmartín

Bacalao al pil-pil – SEGUNDO PREMIO –

De Mar Rojo Delgado

Los amores que no callan – TERCER PREMIO –

De Agustín García Aguado

Seguir Jugando

De Laura Díaz Arita

El des-encuentro

De Juana de Dios Peragón Roca

Los culos de las sartenes

De Luz D. Montero Espuela

Papas al ajillo

De Giovanna Eugenia Fernández Cano León

Ingravidez

De Miguel Ángel Molina Jiménez

Las ochenta abuelas

De Sylvain Sortelle

Costura invisible

De Elena Prieto Rodríguez

Carrusel

De María Del Juncal Baeza Monedero

El grito

De Virginia Maldonado

La libertad era esto

De Noemi Portela

El delantal

De M^a del Carmen Marín Pinteño

Noche otoñal

De Diana Karina Torres Cano

Relatos ganadores y finalistas 2018

Introducción de los miembros del jurado

Espido Freire, Rosa Navarro Durán e Ignacio Merino

Emma – PRIMER PREMIO –

De Esperanza Ruiz Adsuar

Al cabo del tiempo – SEGUNDO PREMIO –

De Gloria Soriano García

No la dejaron pasar – TERCER PREMIO EX AEQUO –

De Juan Caballero Gómez

Abolición de la inercia – TERCER PREMIO EX AEQUO –

De Enrique Rey Vázquez

Las lavanderas

De Susana Revuelta Sagastizábal

El color de las amapolas

De Luisa María Yamuza Carrión

Vas a ser tú

De Juncal Baeza Monedero

Como cada mañana

De Jara Infante Pérez

Fresas, té helado y ojos de mora

De Rosa Fabuel de Mora

La quimera del oro

De José Luis Castro Lombilla

Corre, Mari, corre.

De Carmen Del Valle Pérez

Relatos ganadores y finalistas 2017

Hotel Palenque – PRIMER PREMIO –

De Cristina Barba Cubelos

Muebles – SEGUNDO PREMIO –

De Isabel Cienfuegos Agustín

Ahora que ha parado el viento – TERCER PREMIO –

De Gonzalo Gómez Montoro

Conciliación

De Patricia Collazo González

Hacerse preguntas

De José Manuel Garrido Verdugo

Hatshepsut

De Enrique Trenado Pardo

Primera mujer

De Carlos Andrés Fabbri Campos

Sopla las velas

De Joaquín Pretel Reyero

Sundae

De Esperanza Manzanera Ferrándiz

PRESENTACIÓN

La idea de convocar el Premio de Relato Fundación Fomento Hispania surge en 2017 en el marco de uno de los proyectos de la Fundación, Fondo Bibliográfico, que de acuerdo a sus fines y a su compromiso con la defensa y conservación del Patrimonio, su deseo de impulsar y difundir el estudio y la investigación de Ciencias, Artes y Humanidades y, sobre todo, el fomento de la Cultura y el Aprendizaje, constituye un fondo compuesto por cerca de seiscientos libros, mapas, grabados y otras publicaciones de diversas épocas, idiomas y temática.

De esta forma, nos inspiramos en figuras de la literatura española como el caso de Las Sinsombrero, mujeres que pertenecieron a la Generación del 27 al igual que sus compañeros hombres, pero que la Historia no las recuerda. Escritoras, artistas, mujeres olvidadas por su condición, y que, silenciadas, no llegan a tener el reconocimiento que se merecen. Es por ello que dentro del proyecto Fondo Bibliográfico se decide ir adquiriendo, entre otros, libros escritos por mujeres para de esta forma rescatar su historia.

Con el objetivo de recordar a estas mujeres en particular y homenajear a todas las mujeres en general se convocó el Premio de Relato Fundación Fomento Hispania, de tema libre, con la condición de que traten, de forma explícita o implícita, sobre las mujeres. Los relatos son originales e inéditos hasta el fallo del premio, y de hasta cinco mil caracteres, espacios incluidos.

Ya desde la primera edición del Premio, siempre se tuvo la idea de utilizar los textos seleccionados por el jurado para devolver a la sociedad, en forma de colección de relatos, un libro que permitiera al gran público disfrutar de las historias contadas por los participantes del concurso.

Finalmente fue tras el III Premio de Relato Fundación Fomento Hispania cuando se consideró que los finalistas de las tres ediciones del Premio que habían dado su consentimiento para publicar los relatos, un total de treinta y tres, constituía un número ideal para una edición impresa. Ahora unimos los relatos finalistas y ganadores de la

cuarta edición del Premio para presentar esta versión electrónica.

Queremos agradecer a todos los participantes su colaboración pues consideramos que el resultado positivo del proyecto y toda su riqueza están, aparte de la publicación de este libro, en la propia especulación de esos participantes enfrentados a su proceso creativo y todo lo que ello conlleva. Casi dos mil relatos en tres años suponen muchas personas pensando en el tema de las mujeres, en sus casos se fraguó en la presentación de un relato, pero en otros muchos casos no, así lo sembrado va mucho más allá, bocetos, conversaciones...

De igual modo queremos brindar un sincero y cariñoso agradecimiento a los miembros del jurado, que son quienes generan la credibilidad y prestigio que poco a poco va ganando el Premio de Relato Fundación Fomento Hispania con figuras de la talla de Carmen Posadas, Inés Fernández-Ordóñez y Javier Moro en la cuarta edición del Premio, Soledad Puértolas, Ángela Vallvey o Ernesto Pérez Zúñiga en la tercera edición, Espido Freire, Rosa Navarro Durán e Ignacio Merino en la segunda, junto con Carmen Peire, Valeria Correa y Scherezade García en su primera edición.

Reconocer toda su ayuda y colaboración, que ha sido muchísima, principalmente enseñándonos a crear un certamen profesional, serio y riguroso, por otro lado, ejerciendo las labores propias de un jurado, leer todos los relatos que cumplían las bases del concurso, entre ellos seleccionar en un primer paso los finalistas para posteriormente elegir los relatos ganadores, y por último participar en los eventos de las entregas de premios. Algunos de ellos también han querido hacer una pequeña introducción a los relatos lo que también queremos agradecer de una forma especial.

Relatos ganadores y finalistas 2020
IV Premio de Relato
Fundación Fomento Hispania

Jurado

Inés Fernández-Ordóñez
Carmen Posadas
Javier Moro

Primer Premio

Ballenas de pecera (De Agustín García Aguado)

Segundo Premio

Por la España profunda (De Ramón Sánchez García)

Tercer Premio

La mujer que mató a Liberty Valance (De José Luis Castro Lombilla)

Finalistas

La diosa africana (De Laura Cabedo Cabo)
Casi siempre (De Nuria Pradilla Barrero)
Amén (De Ángeles del Blanco Tejerina)
La jaula abierta (De Joaquín Correa Barco)
El baile de la victoria (De Josefina Solano Maldonado)
Subir y bajar (De Gloria Fernández Sánchez)
La espera (De María Soledad García Garrido)
El viento (De Javier Vázquez Losada)
El discurso de la victoria (De Pedro Gascón Sanmartín)
Parto sin dolor (De Rosa María Fabuel De Mora)

Introducción de los miembros del jurado

Inés Fernández-Ordóñez, Carmen Posadas y Javier Moro

Contar historias forma parte de la actividad humana desde que adquirió la capacidad del lenguaje. La creación de mundos imaginados nos reconcilia con la vida y nos conecta con los demás. Relatar es una forma básica de compartir y comunicarse. No existe la literatura sin lectores. Como lectora de estos relatos, he podido constatar que son tan variados como los individuos que los escriben. La preocupación por la relegación de la mujer y la denuncia de las injusticias a las que se ve sometida están presentes en la mayoría, pero a mí me han interesado sobre todo los que, además, revelan originalidad y destreza en la factura literaria.

Inés Fernández-Ordóñez

Agradezco a la Fundación Fomento Hispania la oportunidad que me ha dado de participar como jurado en la IV edición de sus premios de relatos. Soy jurado de varios certámenes literarios y, lo primero que me sorprendió al leer los relatos presentados fue su calidad. También la variedad de temas que en ellos se trata así como una particularidad que valoro especialmente. El hecho de que, a pesar de que el contenido de los mismos gira en torno a la figura de la mujer, su enfoque está lejos de ser maniqueo. En estos relatos no ocurre, como en tantos otros, en los que se intenta utilizar la literatura para pintar un mundo de buenas (las mujeres) y de malos, los hombres. Por el contrario, en todos los cuentos seleccionados hay humor, hay ternura, talento y un retrato de personas tal cuáles son. Con sus luces y sus sombras, con sus grandezas y sus miserias. En dos palabras, gloriosamente humanos.

Carmen Posadas

Sorprende la variedad de estilos -que van de la poesía en prosa al relato de intriga- en los que se adivina el tipo de escritor que un día querrán ser. Sorprende la calidad de los que se han presentado este año y sorprende que los tres ganadores sean textos sobre mujeres -pero escritos por hombres. Eso nos dice mucho sobre el final de la cultura del machismo y el formidable cambio de mentalidad que se ha operado en España en los últimos años. Aparte de su calidad literaria, es la nota positiva con la que me quedo. Otra es la variedad de los temas abordados porque en la literatura cabe todo, es un fiel reflejo de la vida.

Javier Moro

Ballenas de pecera

- PRIMER PREMIO -

De Agustín García Aguado

Si fuera como las otras, ya estaría criando malvas desde hace mucho tiempo, pero soy como soy y, a veces, ser significa no estar en ningún sitio y estar a su vez en todas partes. Bueno, yo me entiendo con mi filosofía de baratillo, y con eso me basta. Algunos, mostrando ignorancia y mala baba, me conocen por el sobrenombre de la Ballena del Tajo. Qué sabrán ellos de ríos y de cetáceos. No me conocen. Vienen a mí como moscas de la fruta, envenenados por una curiosidad malsana, pero salen trasquilados cuando improviso alguno de mis monólogos más mordaces. Creerán que, por ser mujer rotunda y mantecosa, 142 kilos en canal según pesaje con báscula industrial, soy también tonta y clueca como una gallina de bestiarío. Poco saben de mí, y lo que no saben lo inventan. Desconocen que por las noches luzco vestidos ajustados, embellezco mi rostro con polvos de arroz y bailo la polca con un príncipe austrohúngaro a orillas de un palacio en el Danubio. Cuando despierto, bien es verdad, mi noble amante me ha dejado con los sayones igual que corderitos triscando entre sábanas revueltas, y madre me atiza con el escobón para ir por agua a la fuente del caño. Pero soy dama de recursos y, cuando levanto entre mis brazos la tinaja, camino de la fuente, levito como hada pizpireta y sueño con el último beso de la noche. Las mozas del pueblo me señalan y me regalan risas carriadas para angostarme el camino, y hasta los braceros de las fincas se colocan piedras en el pecho para imitarme, y me gritan Pechugona. Mis lágrimas no saben a nada. Son líquida materia que termina por desembocar en el caudal del río, y esa certeza es la mejor aliada para no morir de tristeza. Cuando regreso a casa, la paz se instala en los zaguanes, y yo me baño entre espumas como una náyade impaciente por volver a su reino de corales.

Tuve un único amor verdadero, y eso es decir mucho. Hace dos años apareció por la aldea un maestro con bigote y entorchado de poeta, que aderezó mis soledades con cierta galantería clásica. Era bisojo y versificador a tiempo parcial, y hasta declarado

republicano. En su frente pude leer las palabras más hermosas pero, antes de entregarme su alma y un soneto de amor en alejandrinos, salió corriendo como alma que lleva el diablo. Según dijeron las malas lenguas, una enfermedad venérea contraída en la casa de una viuda tronada, pero estoy convencida de que su desaparición tuvo más que ver con el carácter diabólico de don José, nuestro alcalde y regidor de costumbres. Nunca me he sentido tan amada. Su deseo por mí, y ahora lo sé con certeza, nada tenía que ver con mi imagen de ballena terrenal vestida para una romería. Éramos almas gemelas, y el destino jugó magistralmente su partida con nosotros. Desde el día en que se fue comenzaron a agolparse caballeros andantes en el almiar del corral, y mi única medicina fue la lectura de novelas románticas. Las gordas, requetegordas, cuando nos sumergimos en reinos de prodigio, olvidamos nuestra naturaleza y nos vestimos con hopalandas y brocados para sentirnos queridas. El mundo, entonces, nos acoge como viajeras provisionales con pasaje de primera, y no hay nada que pueda entristecernos hasta el punto de hacernos perder la sonrisa.

Hoy ha venido lord Salsbury con un ramo de rosas blancas y, tonta de mí, me he ruborizado y he comenzado a balbucear como una beata en una reunión de cortesanas. Sé que bebe los vientos por mí, desde el día en que nos conocimos, una tarde calurosa en que mis sueños se velaban perezosamente como películas en blanco y negro. Me vencía el sopor, me dolía la barriga porque acababa de visitarme La Dama de Rojo y toda mi vida era un drama sin bajada de telón y sin aplauso final. La novela que compré donde la Julia se había desplegado con aburrida batería de imágenes: un castillo en el norte de Gales y mucha tierra verde, en fin, el aburrimiento me estaba venciendo mortalmente cuando apareció de la nada, en el capítulo tres, un joven aristócrata con chistera clásica y mirada limpia. Nos enamoramos como idiotas, con los ojos, con las manos, con exclusividad de dioses liberados de alguna antigua culpa. Nos internamos en el bosque umbrío del deseo, como niños que se buscaran entre secretos valladares, y al clarear el día, sus labios sellaron nuestro amor, como en las historias que veía de niña, con el corazón encogido, en el cine de verano. Nadie puede hacerle daño a una heroína que ha saltado sobre fosos y adarves de castillos, y burlado la maldad de mil bribones, nadie. Eso me digo todas las noches cuando me recuerdo que la vida es como una mariposa con las alas extendidas, hermosa y pequeña y de vuelo corto. Por eso le espero la primavera que viene. Me ha prometido rescatarme de mi matacán con escalas y bombardas. Yo aguardaré ese día con paciencia bíblica, sabiendo que sus besos tenderán puentes de plata. Las otras, que se rían cuanto quieran. No conocen el poder milagroso de las ballenas cuando nadan a contracorriente.

Por la España profunda

- SEGUNDO PREMIO -

De Ramón Sánchez García

Las mozas cotejaban los ejemplos reales de la fulana o la mengana, desposada hacía poco, avejentada sin garantías de recuperación, la mocedad anquilosada entre tocas y sayas de crudillo, amoldándose a la anatomía destrozada de sus predecesoras, marchitas sus caritas de rosa, las piernas atrayentes de otrora cubiertas con medias para tapar las cabrillas y las deformidades, los envidiados pechos virginales transformados en ubres de matrona cincuentona, los vientres redondeados por criaturas de ir y venir, sin coto a la descendencia, los hijos son un regalo del Señor, pero sin pan bajo el brazo, quizás haya suerte si van saliendo bien, si no se doblan con la polio o salen mongólicos, si no se mueren en cuanto ya están desculados o se los lleva algún cólico miserere, no lo quiera Dios ni la Purísima Concepción; sus vidas atrancadas, abatidas por la sumisión a los avatares de la existencia allí, condenadas a no tener otro significado, posiblemente la siguiente progenie obtenga la dicha que a ellas les faltó y consigan independizarse, consolidar las esperanzas frustradas de sus antecesoras, de la tierra, de la nación...

Las mozas. En el otro platillo de la balanza el trampantojo canicular de la fulanita y la menganita, esbeltas, delgaditas, cinturas de avispa, maquilladas, sus faldas de tubo remarcando las excelencias que encabritan el seso y que quitan el hipo, hacen volver cabezas a su paso y provocan silbidos y piropos de admiración en la sección masculina del lugar y denteras y comparaciones vulpinas en la femenina, escotes tremendos para asomo de osados sujetadores insuficientes, cada verano un acompañante distinto con quién compartir sobeteos por los andurriales y pasión gatuna en la fonda de la Paca, que se alborota hasta el Santísimo Cristo de la ruidera que arman, ellas fumando Lucki Strike con la izquierda y coronando las boquillas de los pitillos con una amplia marca de chori bermellón, las uñas pintadas y puntiagudas, ellos rubios, bronceados, el pelo planchado con tanta gomina, derrochando duros a diestro y siniestro, en coches grandes o descapotables americanos, un Chevrolet rojo chillón con tapicería de cuero blanco y volante de camión

las pasadas fiestas, en las muñecas Certinas de oro o gruesos nomeolvides de plata con su nombre grabado, trajes de lino con dobladillo en los pantalones y camisas de seda desabotonadas; a los hombres se les hace lo que a los limones, los exprimes, dejás que te apaguen los calentones y luego tiras los restos al saco de los desperdicios, siempre hay desesperados que se arrastran tras unas caderas insinuantes y mojigatos que van a la iglesia por acostarse con quién sea, que son unos pobrecitos ignorantes, así los he tenido yo y he dejado plantados a muchos que me querían encorsetar de blanco y sin una perra en el bolsillo, y de eso nada, mientras el tipo aguante y haya sujetos con money no me preocupo, cuando lleguen las arrugas, no le falta razón a tu padre, siempre habrá algún viejo chocho sobrado de millones y posición al que se le caiga la baba cuando me desnude delante sus narices y más en cuanto pruebe el agua de la fuente, aunque a gotas, mucho te quiero perrito pero pan poquito, el manantial para los amantes, que se lleva mucho y da cachet, algo así como importancia en franchute. Te lo digo yo, una amiga que te quiere bien, que la vida me ha enseñado a vivir así y a aprovecharme de lo que tengo.

La realidad indeseada de las mozas, posiblemente algún familiar de la capital o de otra ciudad sepa de casas donde servir y ser enviadas lejos a trabajar de fámulas, vestir uniforme con cofia y decir a todas horas sí señor y sí señora a tacañones la mar de pedantes y malintencionados, hacerse las duras ante los señoritos encelados y ceder al fin a consecuencia de unos duros extras o amenazas de expulsión por ladrona; casarse con otro pobre desgraciado, a ser posible funcionario y con piso de sindicatos, y disimular que vamos tirando con los dos sueldecitos, el amor huido por la ventana antes de que el hambre entre por la puerta; la posibilidad remota de escapar y conseguir una cultura que les arranque el remoquete de palurdas y desaparezca de ese modo el deje y las vulgaridades, acordarse del pueblo pero no regresar, consentir que los años destruyan las retentivas aciagas, alargar la correspondencia, los contactos, en tres palabras: abjurar del pasado.

En cualquier lugar de la España profunda, a mediados de la centuria anterior.

La mujer que mató a Liberty Valance

- TERCER PREMIO -

De José Luis Castro Lombilla

Cuando entró en el aseo medía 1,80 metros, aproximadamente. Al salir, no llegaba al metro sesenta. Al menos, eso es lo que él siente.

De modo que, ahora, cuando vuelve a la sala, mientras Liberty Valance muere en la pantalla del cine Cervantes, don Arturo Pomar, abogado, crítico y organizador de este ciclo de cine clásico que hoy inaugura el Ayuntamiento, no piensa como suele cada vez que ve esta película en lo grande que es John Ford sino en que él se siente muy pequeño. ¿Y qué ha podido ocurrir en ese espacio de tiempo en el que don Arturo ha estado ausente, contrariando por culpa de la próstata esa regla de su cinefilia que prescribe que bajo ningún concepto se debe salir de una proyección? Para saberlo, sólo nos queda ir hacia atrás en el tiempo y recuperar esa parte omitida por una elipsis a todas luces inoportuna. Antes, sin embargo, quizás no sea del todo inconveniente resumir la película, porque el argumento de esta obra maestra, cosas del azar narrativo, tal vez no esté demasiado alejado de la realidad de nuestra historia.

En El hombre que mató a Liberty Valance un joven abogado del Este, James Stewart, se instala en un pueblo del Oeste que está sometido por el malvado pistolero Liberty Valance. Aunque el abogado rechaza la violencia, al final no puede evitar enfrentarse en un duelo del que, contra todo pronóstico, sale vencedor convirtiéndose en un héroe local que, gracias a esa homicida circunstancia, conseguirá medrar en política llegando a ser todo un senador de los Estados Unidos. Lo que nadie sabe es que James Stewart no mató a Liberty Valance. Apostado en una esquina de la calle, fue el valiente John Wayne quien disparó contra el villano. Y lo hizo, cómo no, por el amor de una mujer que le había pedido su ayuda porque se había enamorado del apuesto abogado... Ésta es, chispa más o menos, la trama. Y, precisamente, sobre los papeles reservados a las mujeres en los westerns estuvo hablando don Arturo antes con la delegada de Cultura que no dudó en calificarlos de muy desdibujados y por lo general bastante mojigatos. Él le dio la razón y los dos estuvieron además de acuerdo en la conveniencia de organizar otro

ciclo para analizar el machismo en el cine. Pero eso ahora no interesa. Ahora lo que toca es ver a don Arturo entrando en el aseo para toparse con una señora de la limpieza que acaba de realizar su trabajo con la eficacia que este importante día requiere. Tras saludar cortésmente y pedir disculpas por pisar el suelo mojado, don Arturo cruza su mirada con la limpiadora y, al unísono, como si realizaran una coreografía ensayada, los dos se señalan.

–¿Arturo Pomar? –dice ella.

–¿Mercedes Flores ? –dice él.

Entonces, del fondo de sus memorias reaparecen Arturo y Mercedes con trece años sentados el uno junto a la otra haciendo el duro examen final del último curso de la enseñanza básica. Aquel examen era crucial para el niño porque su padre, harto de las veleidades de un hijo al que sólo le interesaba el cine, lo había amenazado con mandarlo a los albañiles si no aprobaba.

–¿Te acuerdas? –dice ella.

–Por supuesto –dice él.

Cómo no se iba a acordar don Arturo de aquel examen en el que, sin haber estudiado, sacó un sobresaliente que lo reconcilió con su padre. Y todo gracias a la generosidad de esta Mercedes Flores que hoy limpia pero que entonces era la alumna más aplicada de la clase. Aunque ella nunca faltó al colegio como él para irse al cine, también era muy aficionada. Don Arturo recuerda sus charlas hablando de las películas y recuerda también cómo se arriesgó mucho pasándole las respuestas del examen delante del maestro. Pero ella sabía que, sacara las notas que sacara, sus padres ya habían decidido colocarla en una fábrica. Consideraban que para ser niña ya había estudiado bastante y, hasta que se casara, podía ayudar a la economía familiar. Arturo y Mercedes dejaron de verse. Él, siguió estudiando y yendo al cine; ella se casó, dejó de trabajar, tuvo hijos, enviudó, volvió a trabajar...

Mientras se despedían celebrando haberse visto después de tanto tiempo, a don Arturo la vida de Mercedes le pareció el previsible guion de una triste película de serie B. Y en este momento, cuando ante el jolgorio general el cadáver de Liberty Valance se aleja transportado en un sucio carro, don Arturo Pomar, empequeñecido, siente un pujo violento mientras imagina a Mercedes escondida entre las sombras disparando como John Wayne su rifle de saber para salvar al frágil Arturo Stewart que algún día llegará lejos gracias a sus notas tramposas.

Al encenderse las luces, viendo las lágrimas de don Arturo que erróneamente atribuye a su amor por el buen cine, la delegada de Cultura se alegra de haber encargado este ciclo a un hombre tan sensible.

La diosa africana

De Laura Cabedo Cabo

Me despertaban los ecos deformes de las escopetas en el valle. El amo y su hijo, los membrudos perros y los capataces salían de caza temprano. La bruma bajaba como una caricia fría desde el pezón de las montañas. Otra madrugada más profanada por el miedo y el maldito temblor de todas las cosas que buscaban su lugar en el mundo.

Mi madre me recogía el pelo, era la única manera de domarlo porque las mulatas llevamos en la sangre algo indómito que nació para vivir desnudo en las selvas de África, donde rugen las panteras negras y estallan en mil colores las cataratas de los ríos.

–Así, bien apretado –musitaba vendando mi pecho con una banda ancha de lino para que no se me notasen los senos. No había fiesta para nosotras. Mujeres y niños poseíamos las manos necesarias para el delicado trabajo en los campos de algodón. Éramos soldados de un ejército depauperado, entre canciones de esclavos, suaves y blancas como las flores en recolección.

Cuando el sol derretía los árboles, los cascos de los caballos incendiaban de polvo los caminos hacia la hacienda. Casi puedo oler la sangre de las palomas atadas a los cintos. Sus cuerpos calientes y blandos con las alas abiertas que apuntaban a la tierra. Teníamos orden de saludar el paso de los amos triunfantes, deseosos de un buen almuerzo. Después, los niños acudíamos a beber agua en una mesa larga dispuesta frente al establo. No por caridad, sino para que no nos matase esa sed de garganta llena de abejas que siempre teníamos. Los señores gustaban de observarnos desde sus butacas con los carrillos repletos y los puros encendidos. A veces nos lanzaban frutas, que producían verdaderos escarceos de pelea entre los chicos más altos. El señorito, un joven lechoso y pelirrojo, contento de vino, nos agitaba con esa risa de agujas que tienen los locos, lanzando al aire algunas manzanas y reventándolas de un tiro. Hasta jugábamos con la escopeta de perdigones que los chicos tomaban de modo lamentable sintiéndose importantes. Emitían ruido con la boca, pum, pum, y yo reía, en aquel tiempo reía mucho y mi corazón se aceleraba, hasta que miraba los campos donde las mujeres eran bailarinas en una danza grotesca bajo el oro de un sol que agostaba el aire. Entonces sentía en lo más profundo un ahogo, una punzada de culpa, y mi sonrisa se borraba sin remedio.

Una tarde el señorito me obligó a empuñar la escopeta. Su cuerpo hirviente y los

barrotes de sus brazos me abarcaron desde atrás y palparon aquella carne volcánica de mis pechos. –Fíjate como se hace –susurró en mi oído. En sus manos poderosas el arma desvalida se disparaba con el menor roce. Yo sentía que iba a cometer un delito, fallaba y los capataces, los niños, los árboles, reían de una manera histérica y contagiosa, mientras mi espíritu penaba por la destrucción de algo insustituible: mi dignidad.

Aprendí a disparar con los ojos cerrados. Pensaba en mi madre y sus noches de luna, cuando volvía como una estatua aureolada a nuestro catre y rezaba a su diosa Ochún*. Después lloraba sin emitir ningún sonido, como si su llanto fuera el reguero de los sueños de un sordo. Había marcas viejas en su espalda, las sentía en mi piel que no era tan negra como la de aquellas mujeres, recordaba los destellos verde-azulados de mis ojos, iguales a los del anciano amo. Me dolían los pechos punzantes cual ortigas, mi sexo que sangraba sin herida.

Las manzanas comenzaron a estallar en el aire, enloquecidas, ante el alborozo de todos, que no daban crédito a una niña-mujer con tal puntería.

–¡Otra! ¡Otra!–. El señorito se enviaba y me las mandaba bien alto con su fuerza maldita.

Fue un mediodía de julio. Las porteadoras se fueron congregando alrededor. Mi madre tenía la cara descompuesta y la mirada triste. Yo había soltado la pantera negra de mi pelo. Bajaba por mis hombros estallando en mil colores igual que las cascadas de los ríos en África. Me había quitado el vestido y el vendaje de mis magníficos pechos. Era la diosa Ochún, desnuda y adorada por su pueblo.

–¡Suéltalas! –gritó el señorito al capataz que portaba una jaula. Su rostro armiñado sudaba encendido por esa excitación que le producía el escarnio de la belleza.

–¡Mátalas, niña! ¡Vamos, dispara! –ladró el anciano amo con los puños en alto. Un par de palomas blancas surcaron en bucles el cielo.

Ante la sorpresa de todos reventé de dos disparos certeros el corazón podrido de mi padre y el de mi hermano pelirrojo. De los capataces se encargaron las mujeres, que golpeaban por sus hijos, por sus muertos, por tantos recuerdos perdidos en la hégira de los siglos. Escapamos a los montes, pronto nos llamaron “cimarrones”, y algunos, solo algunos, conseguimos ver un día abolida la esclavitud.

Jamás olvidaré el vuelo de algodón de aquellas dos palomas que marcharon lejos con mi inocencia perdida. Hacía la libertad, diciendo adiós con las alas.

*Ochún: Diosa africana de la belleza.

Casi siempre

De Nuria Pradilla Barrero

Casi todos los lunes, al volver a casa, me cruzo con un hombre en las escaleras de la estación de metro. Él baja los escalones despacio. Yo salgo con paso apresurado, intentando alcanzar cuanto antes la tremulante claridad que le queda al día. Nunca me he fijado en su rostro, pero su figura es alargada, negra, con algunos detalles en gris.

Casi todos los martes recojo muy rápido mis cosas para salir la primera de la oficina y no tener que coincidir con nadie en el ascensor, ni en la puerta del edificio, donde una especie de entumecimiento parece ralentizar nuestros movimientos con conversaciones vanas y espesas que nos envuelven y nos impiden partir, como si el edificio nos quisiera retener todavía unos minutos más a su merced, robarnos algo más de nuestro tiempo. Cuando llego a la boca del metro me detengo para que me esquiven a mí esos cuerpos, mientras miro hacia el cielo por encima del logotipo romboide y observo, entre dos edificios, el círculo luminoso, ya anaranjado, que todavía no se ha ocultado del horizonte.

Casi todos los miércoles, al volver a mi mesa después de la hora de la comida, veo a ese hombre encaramado a un andamio. Limpia los cristales espejados del edificio de enfrente. Cuando me siento está siempre pasando ese artilugio a la hilera de ventanas que están justo a nuestra altura y el azogue resplandece más que nunca, ocultando la vida que allí dentro pudiera existir y reflejando la esfera luminosa que destella todavía potente. Siempre hay alguien de la oficina que despliega la cortina de lamas, pero el resplandor todavía permanece visible, y redondo, si uno lo quiere ver.

Casi todos los jueves, a la hora del café, alguien habla de sus planes para el fin de semana. De espaldas a la máquina de vending dos comerciales compiten, casi quitándose la palabra, en una especie de lucha sobre la originalidad de sus aficiones. En esas ocasiones se ve que la jefa de ventas sufre al no poder introducir ni una palabra en ese hilo verbal que avanza en un continuo, sin dejar ni una oquedad en la que incluir ni tan siquiera un “pues yo” o un “pues a mí” Mientras, tras sus cabezas, yo puedo ver pasar la forma pequeña, silenciosa y brillante de un avión que cruza la claridad del día, rumbo al ocaso.

Casi todos los viernes tengo dolores lumbares. Los noto justo cuando me

siento frente a mi mesa y aprovecho esos primeros momentos de suspiros, de bolsos colgándose lánguidos en los percheros, de chaquetas –todavía ligeras–, abrigando sillas provisionalmente vacías, para llamar a mi madre. Mientras oigo su quejumbrosa voz soy consciente de la presión de mis vértebras, entonces me levanto con el auricular en la mano, e intento dar algunos pasos alrededor de la mesa para aliviarme. Y en ese ir y venir es cuando me suelo fijar en el triángulo de luz que ilumina la oreja de la encargada de proyecto que está sentada junto a la ventana, y entonces ya no puedo escuchar a mi madre y también me olvido de las punzadas, porque me quedo hipnotizada viendo la fina pelusilla de melocotón que envuelve la piel de su oreja, casi transparente, como si fuera de goma naranja, como si no le perteneciera.

Casi todos los sábados veo a esa mujer. Es muy delgada, y camina con su punto de gravedad ligeramente ladeado hacia la izquierda. La veo cuando cruza la calle, con su vestido de pequeñas flores de colores, su larga coleta blanca y su andar lento y tenaz. Siempre me sonrío cuando nos cruzamos en el trayecto a la panadería, siempre me hace girar la cabeza cuando la sobrepaso para poder ver la cadencia de su peligroso avance entre una acera y otra, y, cuando lo hago, tengo que poner mi mano como lo hace ella, en forma de visera, para evitar el deslumbre de los rayos del sol.

Casi todos los domingos, mientras desayuno en el balcón, las voces impostadas de la radio del vecino se me cuelan en el café con leche y provocan pequeños maremos en la superficie brillante borrando las sombras diminutas de las hojas de la acacia que parapetan los rayos del sol. Pero siempre levanto la vista en ese momento, justo para poder ver el estruendo de luz que despide la farola de aluminio al ser alcanzada por el primer rayo de luz que sobrepasa el edificio de enfrente.

Casi todos los días, cuando amanece, estoy tendida en la cama y puedo ver sobre mí las cuerdas del primer sol tensadas en diagonal desde los orificios de las persianas. Entonces me quedo inmóvil y en silencio y cuando casi están a punto de rozar mi mano muevo mis dedos y las rasgao suavemente, dispersando por toda la habitación las partículas luminosas que ya liberadas comenzarán a propagar su melodía.

Amén

De Ángeles del Blanco Tejerina

Me llamo Martes por ser el día en que nací, o eso alegó mi padre al inscribirme en el registro, aunque pronto cambió esa versión por la de que Martes era el acrónimo de María Teresa, dejando a los oyentes boquiabiertos, preguntándose qué era un acrónimo. María Teresa era mi madre, a la que redujo el nombre y los sueños, estudiante de arte que cometió el error de cerrar los libros cuando abrió las piernas, un ser mágico, atemporal, que me enseñó a volar dentro de cualquier jaula.

A mamá se le nubló la mente en mi octavo mes de gestación. Estaba calibrando el tamaño de su vientre ante el espejo, cuando el azogue devolvió la imagen de otra mujer, embarazada como ella, pero con el pelo tan rojizo como el marco de bronce. Arrojó el cristal y el juicio contra el suelo y nunca más se reparó, ni lo uno ni lo otro, pero ella siguió volando por el hueco, cepillando el cabello, delineando labios y ojos con absoluta precisión, como si realmente se viera reflejada. Desde ese día, mamá rescató a las mujeres pelirrojas de sus libros de arte, colgó láminas en las paredes e imitó poses, vestimentas y peinados. Rigurosa como una gimnasta olímpica, ensayaba ante el supuesto espejo, subía mentón, giraba cuello... hasta lograr el gesto exacto y entonces, quedaba inmóvil durante horas. Fue Jo, la excitante chica irlandesa de Gustave Coubert, y niña en las playas de Sorolla, incluso me permitió acurrucarme en una maternidad de Gustav Klimt junto a su pecho, que olía a otoño roto. Cuando se adentró en la obra de Toulouse Lautrec todo cambió. Un día nos sorprendió desnuda, cubierta únicamente por unas medias negras, a medio poner o a medio quitar, pelo recogido en un moño, sentada sobre una sábana en el centro del salón, con las piernas abiertas y los codos apoyados en las rodillas. Papá horrorizado la cubrió con la manta del sofá antes de empujarla hacia el dormitorio, a los reproches les siguió el silencio, después, sonidos aún desconocidos para mí. Mi padre me prohibió entrar en el cuarto de mamá, justo cuando él se hizo asiduo. La abuela escandalizada, andaba por la casa, hisopo en mano, esparciendo agua bendita, supongo que para fumar la locura y la lujuria.

El día de Corpus Cristhi del octavo año de vida, fue decisivo en mi existencia: hice la primera comunión. Tensión, catecismo y humedad de sacristía, papá y don Mateo,

el señor cura, exigieron austeridad monástica para recibir el cuerpo de Cristo, mamá, toda sonrisa, obedecía, callaba y cosía. Hizo la túnica, trenzó el cordón de la cintura, me compró sandalias de cuero blanco, un crucifijo de madera y un misal con tapas de nácar. Me colocaba ante el espejo inexistente y murmuraba con un alfiler en la boca — hay que subir un poco el dobladillo, ¿no crees?— yo decía que sí, porque ya intuía que los espejos solo reflejan lo que uno desea ver.

Tras una noche habitada por tablas de la ley, fuegos amenazantes, pecados mortales y veniales... desperté con pánico escénico. Mi madre me calmó con un guiño y un misterio, —tengo una sorpresa para ti — me susurró al oído. La abuela se fue pronto para asegurarse el primer banco de la iglesia, y mi padre, impecable como siempre, acudió a la tertulia de machos alfa a la puerta del templo, ese día estaban más erguidos que nunca.

Desayuné poco porque los nervios me ocupaban gran parte del estómago y aún tenía que dejar sitio para el cuerpo de Cristo. Tras el baño y la revisión materna de rodillas y orejas, llegó el momento de estrenar el hábito monacal, la tela se ajustó al cuerpo, el cordón a la cintura, el crucifijo al cuello, el misal tembló entre las manos —cierra los ojos— los cerré. Mamá me colocó algo alrededor de la frente y lo abrochó en la nuca, — ¡Qué bien te queda, te resalta esos ojazos!— los abrí esperando ver una corona de espinas del agrado del señor cura, pero no, era una toca. Blanca. Una monjita de ocho años de piel pálida y ojos enormes, por el susto más que por la toca. Me gusté por primera vez.

Los cien metros hasta la iglesia me condujeron al resto de mi vida. Iba memorizando la coreografía de la entrada, mi sitio en la fila para llegar al reclinatorio sin tropezar, debía sujetar la vela y el pánico. Había corrillos a la puerta de la iglesia, madres nerviosas relamiendo el pelo de niños disfrazados, papá disertando en el centro del grupo de hombres, con sus puros, sus trajes de raya impecable, su... papá enrojeció. No fue capaz de acercarse, ni ese día ni nunca más. Entré a la iglesia aferrado a la mano de mi madre que sonreía orgullosa, el espejo sin cristal que siempre devolvía mi mejor imagen. La auténtica. Era el niño más feliz del mundo atravesando aquellas losetas frías como la vida misma, sobrias como mi traje de monja, duras como los prejuicios de los presentes. Lo superé todo amparado en la supuesta locura de mamá. ¡Qué cuerda estaba! Don Mateo alargó la mano hacia mi boca como si la acercara a las llamas del infierno, la retuvo vacilante, le reté con la mirada, horrorizado musitó:

—El cuerpo de Cristo...

La jaula abierta

De Joaquín Correa Barco

Cuando mi padre murió al fin, achacoso y envilecido, rodeado por la soledad que, como la muralla de un castillo, él mismo había construido a su alrededor durante años, y se abrió de improviso la puerta de su jaula, mi madre se quedó acurrucada en una esquina, temerosa ante la libertad que se le ofrecía.

Al principio mis hermanos y yo pensamos que mi madre aprovecharía para escapar, torpe y atolondrada, como un pájaro enjaulado restablecido en su libertad, con sus alas entumecidas por falta de uso, con sus ojos cegados por tanta luminosidad repentina, como si los abriese abruptamente ante el sol después de haber estado mucho tiempo recluida en un lugar oscuro. Pero no fue así. Mi madre se atrincheró en su cocina, rodeada por sus ollas y cacerolas, alumbrada apenas por la escasa luz que se filtraba por el ojo de patio y regando ensimismada los geranios raquíuticos y atrofiados de la ventana y que cada cierto tiempo alguno de nosotros sustituíamos, sin que ella pareciese darse cuenta, porque ninguna planta lograba sobrevivir con tan poca luz y tan escaso aliento.

Tras la muerte de mi padre, tras traerla de vuelta del cementerio y despojarla de sus negras y marchitas galas de viuda, y después de que nos diese una suerte de bendición distraída mientras se sentaba a la mesa de su cocina con una infusión en las manos, mis hermanos y yo nos marchamos cada uno a nuestra casa, pero acordamos pasar regularmente a verla para ver cómo evolucionaba su nueva vida. Pero su rutina no cambió, su inercia aún menos. Salía de su casa apresurada y temerosa, como cuando nuestro padre aún vivía, compraba cuatro cosas en la tienda de desavíos de la esquina y volvía demudada y sin aliento, como si temiese la descarga de un fuerte chaparrón y se hubiese dejado el paraguas en casa. Durante mucho tiempo siguió comprando para dos personas y cocinando para ella y para el plato vacío de mi padre que, rotatoriamente, alguno de nosotros rellenábamos con nuestra presencia, de forma que nuestra madre no percibiese la tristeza de un plato vacío en su mesa.

Resolvimos sacarla de su casa como fuese, reinstalarla en la nueva libertad recobrada, pero, siempre que lo hacíamos, mi madre volvía corriendo al interior de esa

jaula que había sido el único lugar en el que se sentía segura aunque fuese prisionera. Rebuscamos entonces entre sus viejas cosas y dimos casi por azar con el listín telefónico donde mi madre apuntaba los teléfonos con esa caligrafía tan suya, primorosa y redondeada, aprendida en un colegio de monjas. Buscamos los teléfonos de esas viejas amigas de mi madre con las que íbamos todos al parque cuando éramos niños y aún mi padre no se había convertido en su carcelero. Le concertamos reuniones con ellas como si estuviésemos enviándola a una cita a ciegas con un amante desconocido, pero todas nuestras iniciativas fueron un fracaso: mi madre se mostró ante sus viejas amigas cohibida y temerosa, sin dejar de mirar su reloj como si tuviese que estar de vuelta en casa a una hora fija, sin hablar de otra cosa que no fuesen los gustos y deseos de nuestro (ya) difunto padre. Al principio la acompañamos a esos encuentros frustrados e incluso nos encargamos de introducir la conversación ante la evidente torpeza de nuestra madre para volver a relacionarse con palabras, pues con mi padre, con todo ya dicho después de tantos años de malvivencia, solo se comunicaba ya a base de silencios y palabras mudas.

Recordamos entonces los tiempos en los que mi madre era aún libre, antes de que nuestro padre restringiese su libertad con la excusa, que todos aceptamos en aquel momento de forma cómplice, de que así la protegía. ¿De quién?, nos preguntamos ahora. ¿De ella misma? Eso era lo que nuestro padre nos decía. Y así, de tanto protegerla, nuestro padre creyó ser su guardián y se convirtió en su carcelero de por vida.

Mi madre murió hace unos días. La encontró uno de mis hermanos, el que le tocaba ese día ir a comer con ella, reclinada sobre la mesa de la cocina. Parecía dormir la siesta. Un tono azulado cubría su piel como si hubiese muerto de asfixia. Eso es también lo que observó el médico que firmó el parte de defunción. Y eso fue lo que hizo constar como causa de su fallecimiento: insuficiencia respiratoria.

En estos últimos tiempos apenas comía y se la veía consumida y traslúcida como lluvia tras de un cristal sucio. Seguía preparando dos platos: el suyo, que apenas probaba y dejaba casi intacto sobre la mesa, y el de mi padre, que era el que se comía el hijo de turno que ese día la acompañaba. Mi madre apenas sobrevivió a mi padre unos meses. No soportó su libertad y murió acurrucada en una esquina de su cocina, como un pájaro enfermo en un rincón de su jaula.

Mi madre no murió por asfixia, murió intoxicada por exceso de oxígeno. Mi padre había acostumbrado a mi madre a vivir con la mínima cantidad de aire indispensable, de forma que cuando la jaula por fin se abrió, el exceso de oxígeno terminó por envenenarla.

El baile de la victoria

De Josefina Solano Maldonado

Ser mujer era otra condena más en Ravensbrück. Nuestros cabellos largos, nuestros vientres, nuestros senos, nuestros úteros... Todo servía para hacer funcionar la gran maquinaria nazi. Desde que atravesábamos la puerta del campo teníamos que acostumbrarnos al ultraje, a la humillación, al tiempo roto. Un aire espeso, proveniente de las chimeneas del crematorio, nos envolvía. Nada más llegar nos obligaron a desnudarnos y a formar en la plaza. Algunos SS se burlaban de nosotras lanzándonos improperios. Ante ellos no éramos más que un puñado de perras piojosas a las que debían dirigirse con un lenguaje soez y prostibulario. Había en ellos esa turbia actitud de denigrar a las mujeres que no representaban a la raza aria. Todas las deportadas del campo encarnábamos para los alemanes la promiscuidad, la falta de principios, la inmoralidad y la indecencia. Dos médicos del campo nos fueron examinando como si fuéramos ganado. Apretaban los pechos de las que consideraban embarazadas y lo habían negado, nos rastreaban la boca, inspeccionaban los ojos de las estrábicas, golpeaban con la fusta las piernas de ancianas y enfermas. Todas las que los doctores consideraron inútiles para el trabajo fueron condenadas de inmediato a la cámara de gas.

Las que pasamos aquella primera selección fuimos conducidas a las duchas de desinfección. Una doctora nos hizo una inspección ginecológica denigrante. Usaba para todas el mismo instrumental que sumergía en una palangana de agua sucia que nunca cambiaba. Nos pusieron una inyección para que no menstruáramos, nos raparon la cabeza y nos dieron el uniforme de rayas. Las muchachas más jóvenes, que conservaron sus melenas, fueron enviadas como burdeleras al prostíbulo de Auschwitz. En apenas unas horas éramos otras distintas. Nos obligaban a contener el mundo entero en otro mundo reducido, sucio e infame. Desde aquel momento éramos para los nazis simples trozos de materia orgánica de la que había que obtener el máximo rendimiento.

Dentro del barracón, teníamos que dormir hacinadas en pequeñas literas de cuatro pisos. Las pulgas se contaban a cientos, las ratas se paseaban a sus anchas mordiendo las heridas de las que dormían abajo. Las mujeres que llevaban ya algunos meses en el campo

se habían convertido en criaturas famélicas, de senos flácidos y vientres hundidos. Las españolas de la barraca veintidós estábamos en el comando que arreglaba la carretera. Durante catorce horas debíamos mover con nuestros propios brazos un rodillo que pesaba más de novecientos kilos.

Al final de una de aquellas jornadas, antes de que apagaran las luces del barracón, Coloma propuso que nos contáramos historias alegres de nuestra vida en España y de la Resistencia en Francia. Aquello serviría para vencer la deshumanización a la que éramos sometidas, debíamos recordar que éramos mujeres y no simples bestias como querían los nazis. El veinticinco de diciembre una húngara empezó a cantar, Coloma sin pensarlo dos veces saltó de la litera y sacó a bailar a Neus. Todas las mujeres del barracón, incluso las más débiles, se unieron a aquel baile, convirtiendo aquel pedazo de noche en una velada inolvidable.

Corría la primavera cuando la doctora Herta Oberheuser nos llamó a la plaza. Siempre que la temible SS aparecía lo hacía para seleccionar a sus “kanichen.” Habíamos visto a mujeres a las que le rompía con un martillo los huesos para calcular el tiempo de regeneración. A otras le extirpaba los brazos para reimplantarlos en soldados heridos. Ahora elegía mujeres para probar la eficacia de las sulfonamida. Se llevó a Coloma. Al volver al barracón sentimos su ausencia desgarradora. Ahora era una cobaya, tirada a un lado de la vida como un pingajo sin valor con el que Herta podría experimentar sin ningún tipo de ética. Pronto supimos por Margot, una francesa que trabajaba en la enfermería, que la doctora le había incrustado en la pierna clavos oxidados y serrín para que se le gangrenara y poder comprobar la efectividad del fármaco. Olga Petrov, una doctora soviética, nos dijo que las polacas que descargaban los convoyes tenían antibióticos con los que negociaban. Durante cinco días estuvimos guardando nuestras raciones de pan, mantequilla y mermelada para el trueque. No nos importaba pasar más hambre, lo que importaba era salvar a Coloma. Conseguimos dos ampollas, Olga racionó los inyectables para que Margot se los pusiera a escondidas. Entre tanto empezó a circular por el campo la noticia de que los aliados se acercaban. A finales de abril los SS huyeron, dejando encerradas en un barracón a las “kanichen.” Españolas y soviéticas avanzamos hasta la torreta de luz, la derribamos y dejamos completamente a oscuras el campo. Aprovechamos para sacar a las mujeres y esconderlas. Cuando al fin fuimos liberadas, las supervivientes de la barraca veintidós empezamos a cantar, sujetando entre todas a Coloma para iniciar un baile nuevo, el baile de la victoria, el baile de las mujeres.

Subir y bajar

De Gloria Fernández Sánchez

No es fácil ser vicepresidente de un banco. Pero lo conseguí, aun siendo mujer. Me hallo en un hotel suizo que corona una bellísima cima de los Alpes. Los asistentes a este mitin hemos subido en coche, por una carretera que hay tras la mole granítica. Por el otro lado, unos deportistas ascienden laboriosamente hacia la meta. En dos días han hecho grandes progresos.

Mi marido se encuentra en Londres. Hemos dejado a los pequeños con dos niñeras; como de costumbre, estas muchachas me llaman en cuanto sobreviene un imprevisto.

—Pablo tiene fiebre, señora. 38 grados. Algo de náuseas también.

—¿Y qué piensa su padre?

—El señor no coge el teléfono. En cuanto a la niña... Está llorando. Suplica contarle un asunto muy serio, algo que le ha sucedido con una compañera de estudios.

—Pónmela un instante. Aunque el mitin va a comenzar en minutos.

Claudia se niega a decírmelo si no es cara a cara, abrazando mis hombros.

Cuelgo. Estoy aún ni arreglar. ¡Cómo maldigo el maquillaje, el collar de perlas, el tinte! Me han deprimido los niños, el que no se lleguen a acostumbrar a la ausencia. ¿Qué sucedería si me presento con el rostro desnudo? Mi asesora recuerda cifras sobre el éxito y el aspecto en las mujeres, la “tasa estética”, como denomina ella a este gravamen, mientras me empasta en el rostro más pintura que hay en el Museo del Prado. Si le sube la fiebre al pequeño, mi hermana lo ingresaría. Aunque también su empresa está al borde del abismo. ¿Por qué no le pido el favor a mi hermano? Se reiría de mí, comenzando su letanía misógina. Culpa. Oscuridad. El tiempo coacciona, lo que hoy me beneficia, si lo medito de otro modo.

—Bien hecho. — Y el presidente me da una palmadita. He debido de largar una perorata notable, pues es hombre avaro en elogios.

Me acerco un minuto al servicio de señoras. Telefono a mi esposo. Le relato el enfriamiento del niño y cómo la fiebre asciende, escala. 38 grados y medio ya. Un pesar me corroe.

—¿Te acuerdas de nuestro trato? —me deletrea.

—La vida cambia. Es tu hijo también.

—Lo predije: no se puede tener todo.

—Tú sí, según parece. A ti se te ha concedido el plato y el pastel.

Desconecto. Estoy cansada. Voy a darme un baño antes de la cena. Ahí es donde se deciden las grandes cuestiones. Llegan otros comensales. La asesora prepara un traje de noche, caro y espléndido. No es viable repetir el de la cena anterior. ¡Yo no me hice economista para parecer una modelo de alta costura! Me calcina un pesar urticante.

—Si fueses con una túnica, te echarían a los lobos.

Imagino a los alpinistas ascendiendo. Quizá lleguen mañana. Al menos han tenido opciones. Yo no. O sí. Quedarme sola, sin familia, en soledad, sin descendencia.

He preparado un brindis. Ha costado más esfuerzo que el discurso anterior, por sintetizar con ingenio, por no defraudar a nadie. Referencias, insinuaciones, sobreentendidos.

Me levanto, presido la mesa central. Comienzo con unas bromas escolares, no todos los países aceptan el humor del mismo modo. Por detrás, alguien me tira de la manga.

—Pablo está muy mal. Lo han ingresado en el Hospital Pediátrico.

—Ahora no. Después. Llama a mi marido.

—Él no responde ya, es su norma.

Busco una excusa. Me quito el vestido y sus oropeles. La asistente ha contratado un helicóptero que nos desplazará hasta el aeropuerto.

Al salir del cuarto, sobresaltada, el presidente me dice, muy serio:

—Te he dado mil oportunidades. Pero con mujeres, ya es sabido. Una lástima.

Ese “lo siento” se traduce a una vuelta a la casilla de partida. Corriendo, me ahogo: a causa del disgusto y de la incertidumbre. Desde el helicóptero veo a los alpinistas tenaces. Su mínima fogata, como una luciérnaga en la roca. Necesitarán, como poco, otro día para subir. Quizá otra generación.

La espera

De María Soledad García Garrido

Te estuve esperando horas. Para cuando llegaste, yo ya estaba bañada en sal. Había comenzado a chispear, ese calabobos que no cesa y del que no caes hasta que te ha empapado el alma. Las mujeres siempre esperamos. El parque comenzó a despejarse de críos a primera hora de la tarde. Yo seguí sentada en el banco, por si aparecías en cualquier momento. Me dijiste que te esperara y quería que me encontraras allí. ¡Cuántas tardes eternizamos acariciándonos en aquel banco! Llevé un libro de poemas para entretener el tiempo. Una antología del 27 cuyos versos se fueron disolviendo con la lluvia, como cuando se mira con las gafas empañadas, envueltas en vapor. Las letras se emborronaron y, de no haber sido porque me lo sabía de memoria, no habría sido capaz de reconocer el poema de Salinas (Ayer te besé en los labios...).

Me alegré de que lloviera. No habría podido resistir un cielo azul y brillante una tarde así. Habría sido como una ofensa. Recuerdo que se acercó un señor que paseaba a su perro, un señor con un paraguas negro. Yo seguía sentada, con la lluvia esa que no moja pero moja regándome el pelo, y me preguntó si me podía ayudar. No sé qué le llevó a formular tal pregunta. Tal vez, la visión de una mujer sola vestida de lluvia. Quizás me vio indefensa. Cerré el libro despacio y le agradecí el gesto. Estoy esperando, esboqué una sonrisa. Las gotas de lluvia salpicaban el asiento del banco. Formaban círculos que botaban unos sobre otros. Después, se alejó mientras tiraba de la correa del perro. Era un Border Collie. Si se hubiera tratado de otra raza, tal vez no te lo habría podido identificar. Lo describiría, quizás, como un chucho de esos con el pelo largo, blanco y negro. Sabes que entiendo poco de perros. O nada. Pero ese perro era como el tuyo, el que había sido nuestro. Igual que Fargo. Habría jurado que era Fargo por cómo me miraba. El señor tiraba y tiraba de él, pero parecía que las patas le hubieran enraizado en el barro. Comenzaron entonces, no estoy segura, las lágrimas.

Anochece pronto cuando se cierra en lluvia. Lo que había comenzado como una lluvia suave se fue haciendo más intenso, pero tú me habías dicho que te esperara. Dilataba los minutos para verte. Seguí en el parque mientras el agua mojaba los columpios,

engurruñaba las bolsas de la papeleras y azotaba las hojas de los árboles. Tuve que vaciar el bolso. No me había dado cuenta de que lo tenía abierto y flotaban en su interior, a la deriva, todas esas bobadas que guardamos las mujeres, pero de las que nos cuesta tanto desprendernos. A veces, somos así de bobas. Tuve tentación de llamarte por teléfono. De avisarte de que te estaba esperando y de que no te preocuparas si te había surgido alguna contrariedad, que yo seguiría aguardando lo que hiciera falta. Pero a qué molestarte con mis prisas y nerviosismos. Tal vez, tenías razón. Siempre me precipitaba y todo lo estropeaba con mis ganas de controlar.

Se encendieron las farolas. Qué tristes son las luces de los parques cuando una espera. Se desdibujaban, como en un fognazo, los contornos de las cosas con el agua sobre las farolas. Estuve a punto de arrojar una piedra para romper la bombilla que tenía enfrente. Llegué a apretarla en el puño, pero me dio miedo finalmente quedarme a oscuras. A oscuras una parece estar más sola, más pequeña, y sabes que nunca me gustó la soledad. Siempre he preferido esperarte, aunque me dijeras que ibas a tardar, o que no ibas a venir, como la última noche, que te estuve aguardando junto a la ventana. Todos los pasos de la calle me parecían los tuyos. Hasta que me venció el sueño y te dejé de esperar. Y no volviste. Fue culpa mía. Lo sé. Debí seguir esperándote.

Cuando pasó aquella pareja de la policía y me preguntó, no supe mentir. Le estoy esperando, miren ustedes, les dije. Vamos a cerrar el parque, señora. Hay riesgo de inundación. ¿No ve cómo llueve?, me contestó el más joven. Sí, pero me ha dicho que le espere, insistí. No sé por qué te llamaron. Trasteando en mi teléfono localizaron tu número. Les rogué que no te molestaran, que yo solo quería esperarte. Tenía los bolsillos del abrigo anegados de lluvia. Por el reborde de las botas descendía una catarata furiosa. En la cuenca de mis manos suplicantes se había formado un lago, y se derramaba hasta el suelo una cascada infinita.

Cuando apareciste, no creas que no vi tu cara de decepción una vez más. Ahora comprendo que no te habías atrevido a confesarme la verdad. Algo tan simple como la verdad. ¿Tanto cuesta reconocer a la mujer que has amado la verdad? Debió de ser por eso por lo que pensaste que lo mejor sería que el tiempo pasara. Hay quienes dicen que sana, que el tiempo sana. Y me dijiste que te esperara. Esa tarde, como todas desde que te fuiste, no dejé de hacerlo. Pero, para cuando llegaste, yo ya estaba bañada en sal.

El viento

De Javier Vázquez Losada

El viento parecía querer llevárselo todo, tal era la fuerza con la que soplaba aquella noche.

Por alguna extraña razón estaba absorto contemplando los efectos de esa fuerte corriente de aire sobre la ciudad. O, al menos, sobre aquella parte de la ciudad que se podía divisar desde mi terraza. Las ramas de los árboles del parque estaban a punto de quebrarse y parecía no haber vida ni humana ni animal que hubiera salido a la calle esa noche.

Ya digo que el viento soplaba de lo lindo cuando ese mismo viento, ese mismo aire violento y terrible trajo a mi casa a Sofía.

Así apareció, traída por la corriente, aterrizó como pudo en mi terraza y entonces, Sofía no se presentó (es después cuando me dijo su nombre) pero lo que sí hizo fue darme su primera orden.

—¡Entra en casa! ¿A quién se le ocurre estar en la terraza con el viento que está soplando?

No dije nada porque cuando alguien tiene razón tengo por costumbre no rebatirle ni perderme en discusiones inútiles. Y tenía razón, aquel aire parecía querer derribar la casa. Dejé, galante, que ella pasara primero y, a continuación, entré yo y cerré la puerta corredera de la terraza tras de mí.

Sofía miró el salón. Lo miró atentamente. No dijo nada pero se adivinaba un claro gesto de reprobación en su mirada. También resopló y chasqueó los dientes en un gesto que parecía recitado de memoria.

Aún así, siguió sin decir nada, pero, al día siguiente, yo ya supe con claridad lo que tenía que hacer.

Aspiré a fondo (barrí también en aquellos lugares donde las aspiradora llegaba con dificultad o, simplemente, no llegaba), pasé el polvo a los muebles, ahuequé los cojines del sofá y limpié los cristales de las ventanas. También cambié una bombilla que se había fundido y no sé cuántas cosas más.

Avanzó hacia mí, me rodeó la cintura y me besó.

El hilo con el que estaba cosiendo se me había enredado en las manos, la aguja me estaba pinchando por dentro. Me abandoné, me dejé quitar la ropa y abrí piernas y mente, acogiendo la piel de aquel hombre y tejiendo una red para impedirlo escapar de nuevo. Nada me explicó al terminar. Y nada pregunté.

No volvió a venir, a pesar de que lo llamé en silencio.

Semanas más tarde lo vi, caminaba al lado de una guapa mujer. A los hombros llevaba un niño de unos tres años.

Volví al taller y cogí unas tijeras. Corté todos los hilos en trozos pequeños, hilos que me estaban sujetando al pasado y a la ingenuidad.

No dejé una sola bobina entera, me afané en cortarlo todo, en deshacer mis nudos, y en romper cualquier filamento que me mantuviera el corazón atado.

Era quince de agosto. Cerré la puerta con llave y volví al pueblo. Tenía un deseo que pedir.

Esa misma noche llamé a Clarisa para cancelar nuestra cita acordada. La cita era al día siguiente y estaba claro que no procedía cenar juntos en casa dado que ahora estaba Sofía en ella.

Empecé a cuidar más mi aspecto; adelgacé, me compré ropa nueva (sobre todo pantalones y zapatos) y volví a usar colonia, cosa que no hacía desde el instituto. Me suscribí a una revista de arte y empecé a coleccionar música operística. El primer volumen de la colección era La Sonámbula, de Vincenzo Bellini. Eso le daba a la colección un aire más exclusivo, al menos eso es lo que decía Sofía que era la verdadera entendida en la materia.

Un día, al llegar de la oficina, me encontré a Sofía tirada en el sofá, algo que era bastante habitual en ella. Me fijé en que había engordado mucho desde que apareciera en mi terraza. También había descuidado su aspecto y su pelo olía a pescado frito. Llevaba puesto un jersey mío, uno bastante antiguo, marrón, de angora, con el cuello caja.

Ella me observó a mí también. Antes de que yo pudiera decir nada me afeó que llevara los zapatos sucios.

Ya me había acostumbrado a tener a Sofía en casa, sí. Mis amigos estaban de acuerdo en que me veían cada vez mejor, más centrado en mi trabajo, más delgado, también mejor vestido.

Dicen que soy un hombre nuevo, alguien mejor. Pero yo sólo pienso en romper el candado que Sofía ha puesto en la puerta de la terraza para sacarla de aquí una noche en que vuelva a soplar un aire tan terrible.

El discurso de la victoria

De Pedro Gascón Sanmartín

En el histórico hemiciclo las diputadas y diputados de todos los grupos aplauden la llegada al estrado de una mujer de 71 años. Ella, emocionada, intenta con el gesto de sus manos contener la ovación. Cuando por fin lo consigue, con la voz entrecortada, dice:

—Muchas gracias. Es un gran honor y una gran satisfacción ser elegida Presidenta de la República. Quiero iniciar mi discurso -dice mirando a la tribuna de invitados- recordando las palabras de Churchill en los malos momentos de junio de 1940. “No nos rendiremos jamás” dijo cuando la derrota parecía inevitable.

En el piso barato de una finca antigua vive una mujer con sus tres hijas. En el modesto hogar el tiempo transcurre sin tregua ni descanso. El día no tiene más horas para que una madre pueda trabajar a jornada completa. Las mañanas y las tardes son un ir y venir constante, un esfuerzo que la hacen llorar de impotencia y desesperación. Pero lo hace en silencio y cuando nadie la ve.

Bañar a tres niñas, darles de cenar y acostarlas es agotador. La casa es el escenario de una batalla doméstica en la que yacen como cadáveres pañales, ropa y juguetes de todo tipo. Un caos que acumula día tras día un desorden constante e irrefrenable. Pero hay que seguir adelante y así lo hacen tres criaturas inconscientes y una madre que quiere ser dueña de su destino.

La expectación generada por la elección de una mujer como máxima autoridad del Estado abarrota la tribuna de prensa, los pasillos e incluso los exteriores.

—Estas son horas felices que debemos disfrutar por obligación moral, pero sin olvidar... sin olvidar que existen entre nosotros congéneres que no disfrutaban de nuestro mismo nivel de felicidad.

Siempre hay ropa limpia pendiente de guardar y ropa sucia en cualquier lugar. Hay zapatos descoloridos y otros prácticamente sin estrenar que se quedan pequeños un tiempo pero que tienen una segunda, o incluso tercera oportunidad, según el caso y estado. Hay filias y fobias infantiles sobre colores o tejidos con los que batallar. Alguna noche, acostadas y dormidas sus hijas, puede la mujer depilarse lo mínimo imprescindible.

—Sí, -dice la Presidenta de la República-, es obligado reconocer nuestro compromiso con las personas comunes.

Es una gélida y lluviosa tarde de invierno y la casa está húmeda y fría. La pequeña estufa eléctrica es incapaz de calentar el cuarto de baño. El termo de gas butano se esfuerza para llenar la bañera y las niñas tiritan desnudas. Las dos pequeñas lloran por costumbre y la mayor por tener que compartir espacio con ellas. Después de meterlas a las tres en el agua templada mezclando fría y caliente, la madre advierte que ha olvidado los pijamas. Sale del cuarto de baño para buscarlos en los armarios de las habitaciones. Es cuestión de un momento. Los tiene en la mano cuando oye el grito de la pequeña primero y de sus dos hermanas después. La mediana ha abierto el grifo de agua, que en su máxima posición de caliente quema la espalda de la más pequeña. La mayor la rescata como puede y todas salen apresuradamente de la bañera salpicando de agua el suelo y la estufa eléctrica. Entonces se oye una explosión. Luego todo se vuelve oscuro y negro.

—No son los grandes acontecimientos los que determinan el devenir de la historia. No son los buenos momentos sino la determinación en las peores horas lo que hace posible la victoria decía Churchill.

Completamente a oscuras, golpeándose con las paredes la madre saca a las niñas del baño envueltas en toallas hasta el rellano de la escalera. Le cuesta calmarlas. Poco después llega una ambulancia que las lleva a medio vestir a urgencias.

—Escucharme -les dice la madre cuando vuelven a casa de madrugada- esta noche nos alumbraremos con velas. Y abriremos las persianas para que entre la luz de las farolas de la calle. Y si la noche es muy oscura nos acostaremos juntas. Juntas, juntas, nadie, absolutamente nadie podrá vencernos. No nos rendiremos jamás. Jamás. ¿Lo habéis entendido?.

Las niñas besan a su madre, y acurrucadas todas en la misma cama, se duermen.

En la tribuna de invitados del histórico hemiciclo tres mujeres, tres hermanas, aplauden entre lágrimas de emoción el discurso de su madre, elegida Presidenta de la República, que las mira orgullosa y satisfecha. Pero cuando ésta dice “para mí las palabras de Churchill siempre han sido muy especiales. Por eso quiero reiterarlas una vez más...”, las tres al unísono, sin poder reprimir el impulso, se levantan y gritan:

—¡Juntas, juntas, nadie, absolutamente nadie podrá vencernos. No nos rendiremos jamás¡. ¡Jamás¡.

Parto sin dolor

De Rosa María Fabuel De Mora

Libre es quien no tiene recuerdos. Por eso estoy presa y es cadena perpetua porque no hay una sola neurona en mi cabeza que no aporte un grillete a mi memoria.

El mar Negro era azul como mis ojos, como la vida celeste que nos esperaba con un poco de dinero y nuestra buena suerte, la suerte que nunca le falla a los que están dispuestos a bailar desnudos por amor sobre cualquier tumba.

Su piel y mi piel, la piel, era nuestro único capital y lo gastábamos. Suave y lentamente erosionábamos a besos nuestros perímetros de terciopelo. No ahorramos ni una caricia alentadora para momentos difíciles. Ya estábamos en la dificultad, tan jóvenes, nunca nos faltó que nos faltara.

Él tenía 18 años, manos de panadero y el libro de Svetlana Alexievich que narraba la historia de un pariente lejano en una central nuclear. Su crimen fue en Donbáss. Los jóvenes y forzosos soldados ucranianos debían salvar a la patria: una lengua, una nación. Los prorrusos debían apostatar.

Yo tenía 16 años, náuseas de los párpados a los pies y sueños de bebés con pieles carbonizadas. Los panes de sus manos recibieron los primeros telegramas de tu diminuto taloncito. Al despedirle, no lloré como hacían las otras compañeras o madres. No fue por animarnos, fue porque sabía que volvería, volvería para ponerte un nombre. Me trajeron una bandera azul y amarilla, parecía de raso o de seda, daba para un vestidito de zarina para su hija.

No me mires así. Tu mirada es esa misma mirada de rabia y terquedad tras la que él se ocultaba. Pero tú tan solo eres una niña de ocho años, tu única patria debería ser una pradera de lirios y amapolas donde zanganear, no ese campamento donde te enseñan a cortar una yugular o a armar un AK-47. Quieres ser modelo o soldado. He de darme prisa en sacarte de aquí.

El tiempo es parsimonioso y pendenciero ahora, mucho más que cuando estaba embarazada de ti. Los primeros meses se adornaron de somnolencia y besos, los últimos de tristezas frágiles que ahuyentar y urgencias fuertes que solucionaran nuestra manutención. El parto fue milagroso, no por fácil o por falta de dolor, sino por la casualidad benefactora de una vecina de la abuela que trabajaba en el hospital de Kiev.

Así es como no naciste en nuestra oxidada bañera. Su influencia no llegó, sin embargo, para alojarnos más de una noche, ni para vacunarte de la poliomielitis. Hay que hacer un gran esfuerzo en este país para no enfermarse. Eres brava, toda una resistente.

Ni una vez estuve en el ginecólogo. Se decía que todos nuestros especialistas se marchaban a Polonia en busca de un sueldo digno para vivir. Y fíjate, ahora no salgo del médico. Estando apenas de tres meses me habían hecho ya doscientos análisis de sangre, mil quinientas ecografías vaginales y había recorrido a paso lento trescientos o cuatrocientos kilómetros dentro del mismo parque. Ni un solo mimo que no fuera multivitamínico.

Te he echado mucho de menos. Tú también, ya sé. No vivo aquí, no. Estoy en un piso no muy lejos con ocho mujeres. Las chicas son muy majas, casi todas de mi edad, menos mi compañera de cama, que tenía casi cuarenta y es la tercera vez que lo hacía. Estaba muy gorda y se movía mucho, yo apenas pegaba ojo en toda la noche. Cuando me levantaba al baño, a la vuelta no me quedaba un milímetro de colchón para echarme. Me enseñó técnicas de relajación para calmarme, al principio no podía soportar estar aquí todo el día encerrada y me pasaba el día llorando. Lloré por ella, qué será de sus hijos. Supongo que al menos les darán el dinero.

No nos dejan ver a nadie y menos si es un familiar, así que si te preguntan, dices que has venido a buscar a Eliana, tu mamá, que es la enfermera que te ha traído, la abuela ha prometido limpiar su casa y cuidar a sus hijos durante varios meses. Quiero que me prometas varias cosas, escúchame bien, tienes que dejar esa academia, las modelos no se arrastran por trincheras, no se magullan sus bonitos brazos. También prométeme que nunca vendrás a un sitio como este, tu cuerpo es tuyo y no deben confiscártelo con dinero. Quien no pueda tener un hijo, que no lo tenga. Yo no puedo tener una casa y no pasa nada.

Ahora vete, creo que ya viene tu hermanastro. Es un niño, querían niño. Estaban entusiasmados con mis ojos, es lo único que no les importaría llevarse mío, pensaron seguramente que no era lo bastante hermosa. Llama a Eliana, corre, dile que he roto aguas y que te acompañe a la puerta. En un par de días nos vemos, mi amor.

Quien sufre dolor tampoco es libre. Yo recuerdo cada dolor. El dolor de la pobreza. El dolor de la pérdida. El dolor del parto. No dilato bien, está mal colocado, es muy grande y a lo mejor tiene los ojos azules. Va a ser cesárea. Los padres deben salir. Todos los padres menos yo, que no soy nada. Respira, me dicen y lo hago. Sueño.

Era una escalera infinita que bajaba del mar Negro, un cochecito de bebé de ojos azules rodaba veloz y sin freno. Si nadie hace nada, se estrellará. Yo no puedo, porque ya estoy muerta para él.

Relatos ganadores y finalistas 2019
III Premio de Relato
Fundación Fomento Hispania

Jurado

Soledad Puértolas
Ángela Vallvey
Ernesto Pérez Zúñiga

Primer Premio

La calle perdida (Pedro Gascón Sanmartín)

Segundo Premio

Bacalao al pil-pil (Mar Rojo Delgado)

Tercer Premio

Los amores que no callan (Agustín García Aguado)

Finalistas

Seguir Jugando (Laura Díaz Arita)
El des-encuentro (Juana de Dios Peragón Roca)
Los culos de las sartenes (Luz D. Montero Espuela)
Papas al ajillo (Giovanna Eugenia Fernández Cano León)
Ingravidéz (Miguel Ángel Molina Jiménez)
Las ochenta abuelas (Sylvain Sortelle)
Costura invisible (Elena Prieto Rodríguez)
Carrusel (María Del Juncal Baeza Monedero)
El grito (Virginia Maldonado)
La libertad era esto (Noemi Portela)
El delantal (M^a del Carmen Marín Pinteño)
Noche otoñal (Diana Karina Torres Cano)

Introducción de los miembros del jurado

Soledad Puértolas, Ángela Vallvey y Ernesto Pérez Zúñiga

Los relatos presentados al concurso ponen de relieve la necesidad de dar forma a los grandes problemas que la vida plantea a las personas, sean hombres o mujeres. Dada la naturaleza del concurso, los relatos inciden en las convenciones y costumbres que limitan y dañan la vida de muchas mujeres. La prioridad a la hora de valorarlos ha sido el acierto de la forma literaria que han escogido. En unos casos, predomina la poesía, en otros, la vívida descripción de escenas domésticas. Pero siempre queda algo para que el lector dé su propia interpretación. Es la puerta abierta que deja en nuestras manos la literatura.

Soledad Puértolas

Los originales presentados al concurso tienen una gran variedad de estilos que van del cuento-lírico al cuento-situación, y ofrecen una muestra amplia y generosa de las muchas peculiaridades emocionales de nuestro tiempo.

El lector puede encontrarse así con narradores innominados, invisibles, omniscientes, en primera persona... Pero lo que destaca en todos ellos es la clara sensibilidad con que abordan los problemas de la mujer contemporánea y la delicadeza a la hora de contar su historia, sus historias.

Ángela Vallvey

De qué sirve el éxito si no cambiamos el mundo. Hace noventa años Virginia Woolf nos advertía de que las mujeres siempre habían sido pobres respecto a los hombres por su discriminación secular. La historia de nuestro tiempo, donde las mujeres por fin publican y escriben en una habitación propia, nos demuestra cuánta riqueza nos habíamos perdido hasta ahora. El mundo está ganando con la voz de la mujer un estado de conciencia que había ignorado y que ya ha comenzado a transformarnos de una manera profunda. Como se puede comprobar en la literatura de nuestros días.

Ernesto Pérez Zúñiga

La calle perdida

- PRIMER PREMIO -

De Pedro Gascón Sanmartín

Hubo un tiempo en el que por la mañana muy temprano las mujeres barrían la calle. Lo hacían cumpliendo la antigua costumbre, heredada de todas las mujeres que las precedieron, de ocuparse de un espacio que sin ser de nadie era de todas. Cuando yo era niño aquellas mujeres arrastraban las escobas de esparto por donde según una ley no escrita les correspondía: alrededor de la casa propia, y de la ajena en caso de enfermedad o mayor desgracia de la vecina.

Yo las oía desde la cama de mi infancia arrimada a la pared, bajo la ventana, mientras apuraba el último sueño en el que el rumor de su tarea me sumía. Era un tiempo muy distinto, de casas bajas con corral trasero, enormes gatos en los tejados y niños jugando en la calle.

Aquellas mujeres, todas ancianas, todas vestidas de negro, todas viudas, pese a sus distintas circunstancias y suertes compartían la tarea común que el preciado vínculo vecinal obligaba. De las vecinas podía esperarse en muchos casos tanta ayuda y auxilio como de la familia. Por eso, a pesar de todo, aquellas mujeres que recuerdo de cuando era niño barrían la calle juntas. Por eso no hablaban de lo que todas sabían: a la del primer número par le fusilaron a su padre después de la guerra; la del segundo impar perdió a su hermano en la División Azul; la del segundo par heredó más tierra que la que su familia entera podía labrar mientras que la del tercer impar nunca tuvo ni casa ni huerta en propiedad; la del número 8 era hija de maestro socialista y la del 9 de concejal falangista.

—Es mejor callar por el bien de la calle y del vecindario -decía precisamente la más desgraciada de todas-

Pero hablaban del viento, del viento del oeste que en verano en esta parte del Mediterráneo es seco y extremadamente caluroso.

—Tres días dura el poniente -repetía una lo ya sabido por todas-

—Cerrarlo todo para que nadie reviente -añadía otra-

—Aire caliente, y fría el agua corriente -concluía la tercera para iniciar la risa de todas-.

Hablaban sí, yo las oía, del frío en el invierno, de lo que crecía el día en primavera y menguaba en otoño, de noviazgos, casamientos y nacimientos, de fortunas y penas propias y ajenas, de sus maridos y sus hijos, de la cocina y del mercado. Hablaban de quién moría, que entonces siempre eran otras personas y no ellas.

Los carros y los animales que en esa época los arrastraban dejaron de existir; las bostas dejaron sitio a las manchas del lubricante y los niños al peligroso tráfico. Donde en verano se sacaban sillas buscando el fresco de la noche aparcaron los coches todo el año y todo el tiempo. Las mujeres, ya ancianas, resistieron no obstante todo lo que pudieron. Pero cada vez más silenciosas, cada año más impedidas por las limitaciones de su edad, se dieron finalmente por vencidas. Una mañana de verano, muy temprano, como siempre, una mañana del segundo día de poniente, vieron pasar una extraña máquina de la empresa municipal de limpieza. Ese día supongo que comprendieron que la barredora mecánica anunciaba el final de su mundo y de su tiempo.

Creo que se dejaron morir poco a poco. Una después de otra abandonaron para siempre su calle en el centro del desfile camino del cementerio, donde les esperaban padres y maridos.

Después de morir todas, años después de dejar escuchar el rumor de sus escobas por la mañana bien temprano, el ayuntamiento hizo peatonal la calle que durante tanto tiempo había sido de esas mujeres que habían hecho aquel espacio propio y compartido al mismo tiempo. Pero nadie comprendió entonces lo que eso significaba.

Todas las mañanas, muy temprano, despierto creyendo escuchar lo que ya no existe, lo que se ha perdido tan irremediabilmente como los vivos perdemos la vida.

Bacalao al pil-pil

- SEGUNDO PREMIO -

De Mar Rojo Delgado

La ceniza de mi cigarrillo cae sobre la ropa blanca de mi vecina. No está en casa; es lunes y trabaja toda la semana. Cuando llegue esta tarde pondrá el grito en el cielo; pero no me asomaré. Puede despotricar todo lo que quiera. Yo no me quejo cuando se queda hasta las tantas de la madrugada charlando y riendo con sus amigos.

Es el cuarto cigarrillo que me fumo esta mañana. Marcelo tiene hoy una reunión importante; lleva unos días que apenas me habla. Quiero prepararle un buen bacalao al pil-pil, como a él le gusta.

Tiro la colilla al patio interior. Los ajos y la guindilla se doran en el aceite caliente. Seco bien el bacalao y lo meto en la sartén, apartándome un poco por si salpica. Una vez me quemé el dorso de la mano y me salió una ampolla enorme. Marcelo me dijo que soy muy torpe, y tiene toda la razón.

Muevo el pescado de vez en cuando para que vaya soltando su gelatina. Recuerdo un día, hace ya muchos años; estábamos recién casados. Era la primera vez que preparaba bacalao al pil-pil. Quería impresionar a mi marido. Él se sentó muy serio delante del plato y lo estudió con los ojos entrecerrados. Tenía las comisuras de los labios ligeramente curvadas hacia abajo. Con lenta ceremonia, cogió el tenedor y lo pinchó en el pescado. Se lo llevó a la boca y lo masticó durante un rato que me pareció eterno. «Está bueno, Pili», me dijo mirándome a los ojos. Y yo me sentí tan feliz por su mirada, por el diminutivo, por todo, que me dio un vahído y tuve que sentarme.

Mientras pienso en esto, retiro la sartén del fuego y aparto el pescado en un plato limpio. Dejo que el aceite baje de temperatura y que la gelatina vaya depositándose en el fondo. Después, la emulsiono con el aceite con ayuda de unas varillas. Lo hago con delicadeza, si no, el resultado será defectuoso; como aquella vez que se me quemó el arroz por estar demasiado pendiente de la telenovela y Marcelo me tiró el plato a la cara. Al principio me enfadé y lloré de rabia, pero él me dijo que no debía ser tan orgullosa, que me lo decía por mi bien. Y tenía razón. Cuando se hace algo, para hacerlo bien, hay que estar pendiente de eso y nada más. Mi padre también se lo decía a mi madre siempre.

Solo falta calentar los trozos de bacalao, pero antes los pruebo para ver si están bien de sal. Me llevo un trozo pequeño a la boca y cierro los ojos para saborearlo mejor. ¡No me lo puedo creer! ¡Está salado! Me mareo. Compré el bacalao desalado, y lo he dejado bastante tiempo en remojo, por si acaso. Intento tranquilizarme. Tal vez sea solo este trocito. Se me cae el tenedor al suelo. Me acerco al cajón de los cubiertos frotándome las manos con movimientos frenéticos en el delantal. Estoy tan nerviosa, que al abrir el cajón lo tiro todo al suelo. ¡Mierda! No valgo para nada. Agarro un tenedor del montón que yace desparramado a mis pies y cojo otro pedazo de bacalao del lado opuesto del plato. ¡Saladísimo! Aún más salado que el trozo anterior.

Rápido, tengo que pensar algo, porque él está al llegar. Estoy paralizada. Saco la cajetilla de cigarrillos del bolsillo del delantal y cojo uno. Me tiemblan las manos. Lo enciendo con dificultad. A Marcelo no le gusta que fume. Cuando llego, olisqueará el aire como un sabueso y me mirará con reprobación.

Tiro el cigarro a medio consumir por la ventana. Tengo que apoyarme en la encimera para no caerme al suelo. Huele a tabaco, seguro; él lo olerá. Toso de forma convulsa. Me agacho y recojo los cubiertos. Respiro profundamente, pero el mareo no se va. Me levanto como una autómatas y cojo el plato con el pescado. Lo meto en el microondas lo justo para calentarlo. Lo saco y le echo por encima la salsa gelatinosa y los ajos. Ahora el olor me da náuseas.

«Está salado, Pilar», me dirá, implacable; sin mirarme a los ojos. Y luego me tirará el plato a la cara, o encenderá un cigarrillo y me lo quemará en el brazo, o me dará un revés que me partirá el labio, como quien aparta una mosca de un manotazo.

Suena el timbre. El impertinente sonido me sobresalta. Abro la puerta con las manos temblorosas.

Él sube las escaleras con lentitud exasperante. ¿Por qué no habrá cogido el ascensor?

Yo no hago más que dar vueltas alrededor de la mesa, doblando y desdoblando las servilletas, cuidando de que todo sea perfecto.

Marcelo acaba de entrar. Suelta el maletín junto a la puerta y resopla.

«El ascensor está estropeado», dice por todo saludo.

Va a lavarse las manos. Lo escucho silbar desde la cocina. No parece estar de mal humor. Después se sienta en su sitio de siempre. Yo espero de pie, a su lado, y le sirvo el pescado. Contengo la respiración. Él coge el tenedor y empieza a comer. Sigo esperando, con el corazón encogido. Echo el cuerpo hacia atrás instintivamente. Pero él sigue comiendo con tranquilidad, un trozo después de otro; sin decir nada. Y a mí se me aflojan las piernas, me arden las mejillas.

Me siento y contengo las ganas de llorar de alegría.

Tal vez el bacalao no esté salado, después de todo.

Los amores que no callan

- TERCER PREMIO -

De Agustín García Aguado

Dios Santo, ¿qué le digo a este maldito cuando venga de la cunda de Embajadores oliendo a *Varon Dandy* y a rata muerta? Querrá su cena servida en la mesa, sus cervezas cinco estrellas bien frías y, cómo no, me querrá a mí como postre, pero esta noche se va a encontrar con la horma de su zapato. Lo juro por la hija que no me dejó tener por culpa de sus redaños de hombretón sobrado, y lo juro por la memoria de la Merche que todavía se estará revolviendo bajo tierra, maldiciendo la hora de haberse metido aquel jaco blanco en vena. La Merche sí que sabía vivir. Se levantaba como un cohete de la cama, si no le apetecía hacérselo con su hombre, y se largaba a la calle para mirar las estrellas de la noche y reconciliarse con su madre muerta que, según decía, le hablaba en voz baja igual que hablan las madres a sus hijas cuando quieren tenerlas cerca. Entonces su compañero, el Churi, aparecía con un Ducados en la boca, medio desnudo, y amenazaba con hacer chuletas de la Merche si no volvía al redil para terminarle la faena. Yo me reía mucho de aquel tipo cojo que arrastraba las palabras con un deje de falsa humildad. Es pura fachada para ablandarte, me decía mi amiga. Jamás le dije que su dama revoloteaba tras las cortinas del salón como una polilla de armario, jamás. Se creía el rey del mambo porque era la mano derecha de un comisario de policía que armaba mucho jaleo en el barrio con sus redadas y sus negocios poco claros, pero en el fondo solo era un gramo de hombre que no servía ni para descalzar a una mujer. Menos a la Merche, que buscó en él seguridad, alguien que le diese su dosis por el morro y no le pusiera caras raras cuando le daba la vena de sacar su cuaderno de tapas azules y hacer poesías para arreglar el mundo. Como ya he dicho mi hombre esta noche querrá sarao. Siempre me viene de frente como un toro de lidia. Mujer esto, mujer lo otro y, después de cenar, le apetecerá quedarse en el sillón del comedor viendo la tele y tocándome las tetas para calentar motores. Pero hasta aquí ha llegado la broma. Esta mañana, mientras rebuscaba en los contenedores de los *Dia*, he visto de refilón los ojos de Pope, mi compi del cole y mi primer amor, y me he

dicho: *Sanseacabó lo mío con el Santi*. Espero que no me haya reconocido.

Me moriría de la vergüenza si supiera que aquella mocosa que le hizo creer en dioses alados y en hadas pizpiretas, es ahora una princesa destronada por la mala vida, con brazos y piernas que parecen coladores de redecilla con tantos agujeros. Y es que la vida da muchas vueltas. Si no hubiera aceptado aquel trabajo por tres mil del ala en el club *La Sirena Varada* que me ofreció la Nati, si hubiera escuchado a mi madre que ya me había buscado un puesto de dependienta en una mercería... A veces siento que todo es como un río que se desborda por la lluvia hasta desembocar en un mar de tristezas y sufrimientos. Eso hubiera dicho la Merche con su palabrería jacarandosa, Dios la tenga en paz. Vuelvo a pensar en Pope; comparo su mirada limpia, el recuerdo de sus ojos claros que alumbraban mi corazón inocente, con la salvaje mirada del hombre que me posee como un título en propiedad, y me entran náuseas y hasta siento una nostalgia por lo no vivido que se me clava como un arpón dentro de las entrañas.

Pescadilla en cama de verduritas de la huerta. Todo un plato de chef francés para contentar al señor de la casa. Primero cortaré en juliana la verdura, pocharé las chalotas y, al cabo de unos minutos, añadiré un vaso de vino blanco y dos deditos de ese líquido blancuzco que, según me han asegurado, hace milagros. Estará para chuparse los dedos. Le recibiré, además, en *deshabillé* y mostrando esa sonrisa domesticada que sé que le pone a cien y le deja carita de boxeador noqueado. Es todo lo que puedo hacer para recobrar la paz y buscar mi sitio en el mundo. La Merche se ha pasado toda la tarde cocinando conmigo, me ha contado secretos de ultratumba y hasta hemos reído como niñas mientras brindábamos con champán y nos pintábamos de *rouge* los labios para parecer más guapas y deseables. Luego, hemos puesto el mantel de hilo, la cubertería de alpaca y cuatro copas de cristal tallado. *Es mejor que la muerte, cuando venga esta noche, vea que en esta casa hay estilo y un savoir faire*, ha dicho mi amiga con socarronería antes de asentar sus reales invisibles en la silla de invitados. También esperamos que asista Pope (vendrá en calidad de testigo de mi nueva existencia y no espero sino complicidad por su parte), así que seremos cuatro para cenar y solo dos para morirnos de retortijones de estómago. La Merche ya me ha prometido el paraíso terrenal cuando abandone este mundo. Dice que allí también hay folletos como en las agencias de viajes y que se puede escoger libremente el régimen de alojamiento.

Seguir Jugando

De Laura Díaz Arita

Mañana cumpliré diez años, es verano y estoy jugando en el patio trasero de mi casa. Estoy sola, no hay ruido a mi alrededor. Me concentro en la culebra que se esconde entre la hierba, ya la había visto antes y me daba mucho miedo; pero hoy decidí que la cogería por la cola y luego, con todas mis fuerzas, le arrancaré la cabeza. Tengo muchas ganas y ella lo sabe, sabe que ya no le tengo miedo; sabe que yo estoy aquí acechándola, porque ella me ha acechado a mí. Es más pequeña de lo que me imaginé, es gris y saca su fina lengua constantemente. Estoy lista para cogerla, pero los fuertes pasos de mi madre espantan a mi presa, que se fuga despavorida perdiéndose ante mis ojos. Mi madre corre a mi alrededor, huyendo de los insultos de mi padre; insultos que, como siempre, se convertirán en golpes... eso tampoco me asusta, lo he visto muchas veces.

Me desilusiono, y oriento mi atención a la persecución, tan común para mí. Sin embargo, puedo notar que esta vez es diferente: los ojos de mi padre están nublados por la ira, que percibo con facilidad, y que me causa mucha inquietud, ya que pocas veces lo he visto así. Mi madre entra a casa apresuradamente, ya sabe lo que le espera. De repente, sin pensarlo, salto la valla del patio de mi casa, y corro hacia la estación de policía, que queda a dos calles, justo a 504 de mis pequeños pasos. Ya lo he hecho tantas veces que sé exactamente en dónde debo poner los pies para hacerlo lo más rápido posible; antes corría gritando «auxilio», pero ahora corro sin respirar, el tiempo pasa más lento cuando no respiro y así mi madre tendrá unos segundos más de vida antes de que él le meta una paliza.

Llego a la comisaría; afuera, donde siempre están los oficiales, no hay nadie: es la hora del almuerzo.

Me entra el miedo. Ingreso a las oficinas muy rápido, pero en silencio. Soy una niña pequeña, por lo que los adultos no notan mi presencia. Grito con todas mis fuerzas: «¡Mi padre matará a mi madre!»; pero nadie me escucha, nadie me responde, mis esfuerzos no sirven de nada, nadie me contesta; grito nuevamente, nada sucede.

Soy una niña que no se rinde fácilmente, pero esta vez empiezo a creer que no

podré hacer nada. Así, voy perdiendo la esperanza, hasta que veo, a la altura de mis ojos, en la esquina del escritorio de uno de los oficiales, un arma, sí, es una pistola, estoy segura de eso, aunque nunca había tocado una, ni siquiera había visto una tan cerca. Miro a mi alrededor y sigo estando sola. A la hora de la comida todo este pueblo se detiene, y eso no resuelve mi problema. Tomo el arma, salgo de la oficina y deshago los 504 pasos: los voy haciendo lo más rápido que puedo, esta vez no pude lograrlo sin respirar, tuve que tomar aire en el 112, y luego seguir con la marcha. Nadie me ve, nadie me sigue, nadie me detiene... y yo sola no puedo detenerme.

Llego a mi casa. La puerta de enfrente está abierta, como es la costumbre. Entro y veo que el escenario que se repite semanalmente está peor que nunca, sabía que esta vez iba a ser diferente: mi padre empuña el machete, ensangrentado, con el que ha cortado las piernas a mi madre, que se retuerce de dolor en el suelo intentando escapar, pero el charco de sangre no le permite avanzar. Mi padre grita y grita cosas incoherentes, absurdas, palabras vacías sin contenido, que no se entienden; con todas mis fuerzas empuño el arma pesada, y planto mis pies sobre el suelo, a sus espaldas. Tengo mucho miedo, como la culebra del patio, pero no tengo opción, mi madre tampoco la tiene, no sé si saldremos de esta.

Apunto, usando mi vista perfecta, y disparo; el ¡bam! es tan fuerte que me quedo sorda por unos segundos, bajo mis brazos pesados, abro la puerta de enfrente y salgo corriendo, sudando y jadeando, cada uno de los 504 pasos, esta vez no pude aguantar la respiración. La estación de policía sigue vacía, entro y me dirijo al escritorio para devolver el arma, no soy una ladrona. Regreso a casa caminando, respirando y sin contar los pasos, ya que me siento más tranquila. Me salto la valla del patio y busco la culebra, pero sin éxito, supongo que ha huido. Así que juego con mis muñecas y mi casa de barro, los oídos me dejan de zumbar, las piernas me dejan de doler y me doy cuenta que me muero de la sed. Voy al grifo a tomar mucha, pero mucha agua; aprovecho a lavar mis manos, negras de la pólvora quemada.

Lavo mi cara sudada y noto la sangre que se escurre en el desagüe, siento alivio cuando me doy cuenta que no es la mía. Escucho con toda claridad las sirenas de la ambulancia y veo los carros de la policía que se aproximan a mi casa; al fin han dejado de comer, me imagino que les interrumpí la siesta eterna que se toman cotidianamente ante mis problemas y los de mi madre.

Estoy agotada, pero debo continuar jugando.

El des-encuentro

De Juana de Dios Peragón Roca

Pasaba por allí, como siempre que puedo, y esta vez alzó la vista en el momento preciso.

Todo esfuerzo obtiene al fin su recompensa: el pelo esmeradamente recogido, mi camiseta de original diseño, discreta y audaz a un tiempo, de esas que nunca ves en las tiendas porque sólo se consiguen en Internet después de haber quemado dioptrías durante horas visitando páginas y lidiando con cookies pegajosos...en fin, toda yo hecha de sutiles detalles cinegéticamente femeninos para llamar la atención de unos ojos distraídos, o masculinamente ocupados, quizás responsablemente agotados...unos ojos que yo deseaba que me miraran y me vieran. Que no resbalaran al azar sobre una figura indiferente, sino que me reconocieran. Ese sería mi gran momento. El momento ensayado tantas veces ante el espejo de mi cuarto, ante la página en blanco de mi diario, ante la cámara de mi móvil. Justo el momento en que ambos por primera vez tomaríamos conciencia el uno de la otra.

Por supuesto que yo ya tenía conciencia de él; es más, su existencia, enmarcada para mí tras aquel ventanal de oficina insulsa de 9.00 a 13.30 y de 16.30 a 19.30 era el espacio de mi conciencia. Pero él no conocía tan bien como yo su propio destino. Mi gesto sería el gong que lo despertara de su inocente ignorancia.

Mi gesto: al fin, me había decidido por una sonrisa cargada de sentido, desechado el guiño por vulgar, el saludo con la mano por ambiguo, y cualquier otro gesto, menos codificado y manoseado, por poco efectivo.

Una sonrisa, es decir, MI sonrisa, sería más que suficiente para él: las afinidades electivas, el cruce de estrellas en el firmamento, Píramo y Tisbe, Abelardo y Eloísa, Frida Kahlo y Diego Rivera... yo me sentía parte de todo lo que está condenado a entenderse y de la teoría del caos; y necesitaba, igual que lo sigo necesitando ahora, a pesar de todo, mientras desaparecen las abejas y los osos polares, el tiempo libre verdaderamente libre de obligaciones donde anida la capacidad de fabular, y las lecturas compulsivas de Robert Louis Stevenson-y de Julio Verne, Emilio Salgari, Jack London... cualquier novelista cuyas aventuras se puedan ubicar en unas coordenadas geográficas reales. Las mujeres, a ratos, también necesitamos el Ideal.

Así que, cuando aquella tarde levantó la vista y, por primera vez después de cinco meses y 247 pasadas mías para intentar atrapar su atención, me miró, mejor dicho, me reconoció, me dije: es mi momento, ese del que hablan las canciones, el famoso tren que solo pasa una vez, etc. Desplegué mi ensayada sonrisa y metí en su arco todo lo que esperaba del mundo. ¡Qué perfectas las posibilidades antes de pasar por el ojo de la aguja de la mezquina realidad!

En los primeros instantes no pasó nada. De nada. Era lógico que, debido a su ligera miopía, agravada como la de todos por la reciente adicción a las redes sociales, la reacción tardara unos segundos en llegar. Él estaba procesando un mensaje fundacional. No era un androide, no era un resorte, no era los instintivos ojos del caracol... era un alma, era el elegido, mi Hombre, ni más ni menos.

No obstante, dado que el instante mágico y eléctrico se prolongaba corriendo el riesgo de transformarse en un gag ridículo o un efímero episodio de confusión sin consecuencias, cosas que no estaba dispuesta a consentir, me decidí a levantar la mano en un saludo que pretendía ser irresistible promesa.

Al cabo de unos perplejos segundos, levantó por fin su mano izquierda y, adorablemente zurdo-las personas zurdas son tan sexys-me dedicó un gesto blando.

Extendí mi sonrisa todo lo que pude sin caer en la mueca, que para eso me había preparado para cualquier eventualidad a base de lecturas concienzudas de Las amistades peligrosas, Retrato de una Dama, Las Ilusiones Perdidas y otras novelas de jaez mundano.

Ningún contratiempo terrenal destrozaría mi Ocasión y ¡al fin! él, titubeante aún (ay, el eterno masculino) me hizo con su índice el circular gesto de que esperara, que ahora bajaría a mi encuentro.

Lo demás, pura rutina: por supuesto, se había confundido. Creyó que era una antigua conocida a la que maleducadamente había olvidado. Y en ese momento preciso, allí en la acera, frente a la anodina ventana de su trabajo, en una tarde de octubre rutinariamente poética, supe que ya no me conocería nunca en nuestra futura vida en común.

Ni que decir tiene que, asimilada mi decepción y aclarado el equívoco en la medida que convenía a mis planes, me mostré encantadora. Me gusta terminar cuanto comienzo, así que hubo una cita para el domingo siguiente. Nos casamos, tuvimos tres hijos, todos parecidos a él, genéticamente predominante, que crecieron sanos y hoy hacen ya sus vidas más o menos independientes. En la actualidad, los dos seguimos haciendo planes juntos, lo cual no es cosa baladí. Incluso a veces, sobre todo los días que he dormido bien y/o consigo olvidar mis lecturas de Lucía Berlín, sopeso la posibilidad de inventarme otro encuentro, a ver si por fin llega a conocerme en realidad.

Los culos de las sartenes

De Luz D. Montero Espuela

Había pocas cosas más importantes en aquella cocina que mantener brillantes los culos de las sartenes.

No importaba que no quedaran cuatro vasos iguales, que algunos estuvieran estallados, que las ollas tuvieran los mangos de plástico quemados, que los cazos se abollaran con los golpes que, al descuido, les caían. Tampoco que los platos no fueran parejos, que se usara uno hondo para el filete, o que el cuchillo que debía cortarlo no lo hiciera.

Ni siquiera se seguía una rutina para poner la mesa; si advertían la falta de algo, callaban esperando no escuchar la orden del padre para ir en busca del vaso, el pan, el agua o la fruta.

El caos, sin embargo, no era general: las cucharas estaban numeradas. El primer gesto, antes de empezar a tomar la sopa de sobre, no era bendecir la mesa, no. Lo primero que se hacía era girar la cuchara y buscar el uno, el dos, el tres, el cuatro y, a continuación, comenzar las rotaciones, quién tiene la mía, toma la tuya... Porque tampoco había un sitio asignado a cada uno de ellos.

Había comidas envueltas en una niebla fría, que volcaba el silencio sobre el comedor e impedía cualquier movimiento con la boca que no fuera abrirla para masticar, y tragar lo que tocara.

Había otras en las que podían resultar hasta cómicos, rebuscando, por ejemplo, entre los huesos de la carne con patatas. Chupad los huesos, que están ricos, decía la madre, a la pregunta de dónde estaba la carne. Y ellos pensando, pero si no somos pobres, ¿no? Rebuscando hasta perder el humor y con la sensación de haber sido estafados. Y negarse al postre, para completar un castigo injustificado.

Y estaban los días en los que la tormenta era tal que, faltara lo que faltara, nadie hablaba; se compartía servilleta, nadie levantaba la cabeza del plato, se engullía cualquier cosa que contuviera, garbanzos como balines, arroz pasado o engrudo tostado de lentejas, total qué mas daba, lo único importante era acabar cuanto antes.

Luego, a recoger rápido la mesa, amontonarlo todo en la cocina, que el comedor quedara como si no hubiera pasado nada, y hasta el día siguiente. En cuanto el padre salía por la puerta, la madre volvía a repartir los ambientadores de pino en el comedor, en el baño, en el recibidor, para quitar la peste a alquitrán, decía, la que había dejado el padre con su mono de trabajo. Los compraba por cajas al vecino, que tenía una droguería y le hacía un buen precio; cuando no le quedaban pinos, los traía de limón.

Después se encerraba en la cocina, a solas. Allí no entraba nadie, hasta la noche, de modo que podía hacer y deshacer a su antojo, incluso romper un vaso a la semana, sin más consecuencias que algún comentario ¡otro! Todo se precipitaba en aquella cocina; por eso la mayonesa, las natillas o el arroz con leche se compraban hechos. Todo excepto fregar las sartenes, que pasaban un examen inmisericorde y con las que se aplicaba hasta que el culo volvía a brillar como si acabaran de salir pulidas de fábrica. El sonido del estropajo, rítmico, furioso, podía escucharse cada día. Al terminar, salía al tendedero, limpiaba la jaula del canario, y se sentaba allí, con su café negro recalentado, a fumar el único cigarro que se permitía, hasta la hora de volver al trabajo.

Aquella noche la casa no olía a pino, ni a limón. Cuando llegó el padre fue, como siempre, a prepararse la cena, huevos revueltos. En la pila, sin fregar, con el culo ennegrecido por el gas, se encontraba la sartén. Como si la viera por primera vez, la agarró por el mango y salió de la cocina.

Golpeó con ella la puerta de su dormitorio, marcó una escotilla negra en el centro; miró en los cuartos de los hijos, en el baño, salió a la terraza, y terminó en el comedor gritando: ¿dónde está vuestra madre?

Papas al ajillo

De Giovanna Eugenia Fernández Cano León

Tiempo de preparación: 15 minutos

Tiempo de horneado: 20 minutos

Dificultad: fácil

Ingredientes

- 2 cucharadas de aceite de oliva
- ½ cebolla, fileteada
- 2 dientes de ajo, picado
- 500 g de papas chicas, cortadas a la mitad y cocidas en agua con sal
- Perejil fresco
- Sal y pimienta, al gusto

Preparación:

1 Precalienta el horno a 180° C

2 En una sartén caliente el aceite, sofríe la cebolla y el ajo hasta que estén ligeramente dorados. Agrega las papas, la sal, la pimienta y mezcla hasta incorporar todos los ingredientes.

3 Coloca las papas en un refractario previamente engrasado y hornea durante 20 minutos o hasta que doren ligeramente.

4 Retira del horno, agrega el perejil fresco y ofrece.

— Tienes razón amor, las papas saben mal, debe ser que otra vez no calenté bien el horno, ya sabes que a estos aparatejos es difícil hallarles el modo—decía Celia para terminar con la malas caras y los bufidos que José hacía cada vez que comía un nuevo bocado de la cena.

—No sé por qué hice esta receta... venía en el libro que me regaló María el día de mi santo, ¿te acuerdas?—seguía ajetreada mientras tapaba el refractario recién sacado del

horno y servía más ensalada en el plato de José. Él apenas la escuchaba.

—Lo siento amor, voy a ver qué otra cosa te preparo— se disculpaba besando la frente fruncida de su esposo y llevándose con prisa el refractario a la cocina, donde se puso a llorar.

Ingravidez

De Miguel Ángel Molina Jiménez

La estela que deja el cuerpo a su paso es doblemente breve. Se diluye con rapidez en la uniformidad calma del agua y —en su tránsito— apenas alcanza la longitud que la sombra de ese mismo cuerpo proyectará más tarde, cuando sea el sol tendido del atardecer, en lugar del agua, el que lo bañe.

El movimiento que describe la niña en su arrastre, a pesar de la rigidez de sus miembros, no deja de estar revestido de una mecánica elegante. Una mujer joven, concentrada en la tarea con gesto neutro, procura que el rostro de la menor no se sumerja mientras ejecuta cada una de las maniobras que se suceden como páginas de un manual. Evita que el agua caldeada de la piscina trepe hasta alcanzar el sumidero de la boca. La técnica se prolonga durante unos minutos, y aunque son las piernas de la mujer las que pugnan contra la densidad del agua, ambas parecen dejarse llevar por una corriente mansa, como la que desciende un río por su tramo más llano, donde ensancha su cauce y se alejan entre sí las riberas.

No están solas, hay otros cuerpos inmersos en las aguas termales de la piscina.

Cumpliendo con el principio físico, elevan el nivel del vaso hasta aproximarlos al borde, donde un cordón de rejilla plástica espera sediento la llegada del líquido sobrante. A pesar de esta congregación de bañistas, son escasas las ocasiones en que los cuerpos semidesnudos de unos tropiezan contra los de los otros. Dentro de la mescolanza de individuos es el respeto el que impone orden, retirándose la mayoría a un lado cada vez que ellas están presentes. Aun así, la mujer preferiría compartir un espacio de mayor privacidad con la niña. Sabe que nunca fue de otra forma ni lo será, por lo que ya debería haberse acostumbrado por pura repetición. Sin embargo, le sigue incomodando ese disperso número de miradas furtivas que desprenden lástima o una empatía que se difuminará con el fin de la sesión. Desconecta y trata de centrarse en los ejercicios, en que sean ejecutados de manera correcta para que resulten efectivos. Porque eso es lo que de verdad importa, no que el resto de los usuarios de la instalación piense que su actitud con respecto a la niña es fría, como si los sofocantes treinta y tres grados de

temperatura del agua la tuvieran que enternecer por obligación. Ellos no lo saben, pero se equivocan, sus puestos de observación no cuentan con la perspectiva adecuada, están viendo y juzgando la escena a partir del perfil semihundido de la menor. Ahora que han cambiado de posición, ahora que la tiene agarrada por las axilas y presta uno de sus hombros para que le sirva de almohada, una pinza gigantesca —similar a la de las máquinas de premio— debería sacar de la piscina a todos aquellos que las compadecen y alzarlos en el aire para que contemplen la secuencia desde un plano cenital. Allí, en lo más alto, mirando de frente a la menor, se sorprenderían viéndola zigzaguear, dibujando círculos en el agua, disfrutando de su ingravidez como si flotara sobre líquido amniótico y la piscina fuera el útero materno que le brinda una segunda oportunidad, confiada en que no le sucederá lo de la primera vez, de que no volverá a atascarse en la escotilla de salida.

Un reloj de agujas —visible desde todos los ángulos de la zona de baño por sus dimensiones— anuncia a la mujer que los cuarenta y cinco minutos han expirado. La terapia, al menos por hoy, termina donde comenzó, en la rampa que permite el acceso a la piscina de todos aquellos que no pueden o no quieren hacer uso de las escalerillas.

Los movimientos fluidos y livianos de la niña, a medida que asciende por la leve pendiente y el agua le resbala por el traje de baño, se vuelven toscos, inconexos y torpes. Agarrarse a la barandilla que guía el trayecto ayuda a mantener la verticalidad, pero la mujer tiene que redoblar el esfuerzo para que ninguna de las dos caiga cuando el cuerpo de la menor recobra su peso original. Las limitaciones de una musculatura tensa a perpetuidad, incapaz de interpretar los mensajes del cerebro para relajarse y actuar de forma coordinada, se hacen más evidentes entonces, durante ese breve recorrido que va del embaldosado húmedo al seco y que concluye en la silla adaptada que su madre, vestida de calle, aproxima al borde de la piscina tres veces por semana.

La fisioterapeuta, una vez que la responsabilidad ha cambiado de manos, se despide camino de una ducha que la libere del olor a cloro. La niña le dedica una sonrisa —mitad gesto mitad rictus— que la acompaña hasta la puerta del vestuario. Luego vuelve la cabeza hacia su madre, quien está terminando de secarla con una toalla como tantas veces, las mismas que ha escuchado las palabras que vienen a continuación. Con una paz y una ternura inabarcables, en absoluto mutismo, respeta y secunda el ritual para escucharla decir: «Mamá, me gustaría haber nacido “sirena”».

Las ochenta abuelas

De Sylvain Sortelle

Un mes había pasado desde la bomba química en el centro de Tel Aviv. El portavoz de Israel seguía diciendo que lanzar una bomba atómica contra Irán sería su última opción. Ahora, con la gran deflagración de Roma, era el principio del fin.

Había encontrado en Google Earth un sitio idóneo para la *retirada*. En la sierra de Andía, una ermita. San Pedro de Torrano. En aquel recoveco en forma de imperdible debía de haber un microclima protector. Primero había pensado en aquel pueblo que llevaba su apellido, pero desistió rápidamente al comprobar que se trataba de una llanura, los lugares planos serían rápidamente barridos por los vientos envenenados.

Llenó su Opel Corsa de provisiones y se fue. Cogió una pequeña batería solar, para poder escuchar música en un Mp3. Silvio, sonatas de Bach, algo de flamenco. Y esa voces de niñas de Senegal cantándole a la pubertad, acompañándose con palmas temerosas.

Antes de la subida por la sierra, sí fue al pueblo de Munain, pero sólo por peregrinaje. El pequeño cementerio le decepcionó, al igual que el resto del pueblo. Se quedó un rato observando, desde la verja cerrada, las piedras y sus inscripciones, como si algo le pudiera dar algún tipo de señal. Pero nada ocurrió. Hola y adiós.

Encontró fácilmente la ermita gracias al GPS. La puerta estaba cerrada con candado. Lo destrozó con un golpe certero de su hacha. Encendió un fuego y montó allí dentro su pequeño hogar.

Allí iba a esperar la muerte. No se hacía ilusiones, aquello no iba a ser ni rápido ni glorioso.

Aquella primera noche se tumbó boca arriba bajo el cobertizo, cara a cara con las estrellas. Estuvo horas boquiabierto ante la inmensidad de la bóveda celeste. Se durmió pensando en aquella inquietante película con Sean Penn y Brad Pitt: El árbol de la vida. Soñó con lluvias torrenciales, con su primera regla y con sus ochenta abuelas.

Fue en Girona. En una terraza Él dijo: Dos mil años no son nada, para conocer a todos mis abuelos desde Jesucristo, me basta con una mañana, los reúno en una tasca, cuatro por siglo, veinte siglos, ochenta hombres. Puedo saludar a cada uno y tener unas palabras con ellos. Solo una mañana. Y tú, para conocer a tus ochenta abuelas, lo mismo. Una mañana. Y si quieres ahondar más, échale un fin de semana. Dos mil años no son

nada. Bajo la mole de la catedral, Ella se entusiasmó con la idea. ¡Sí, les preguntaría qué han aprendido, a todas! ¿A cuántas de aquellas ochenta mujeres habrán quemado en la hoguera los hombres temerosos?

Aquella primera mañana cayó en una profunda tristeza, y lloró.

Lloró por sus ochenta predecesoras, por su amante desaparecido, por su hermana muerta, también por su padre y su madre que se habían equivocado tanto.

Después de tres días, ya no diferenciaba el sueño de la vida despierta. Se quedaba horas mirando fijamente la pared desconchada del refugio. Le invadía una gran angustia. Se recostaba en posición fetal. Se quedaba dormida. Tenía un sueño recurrente. Ella era una petirroja. Se metía en la cabeza de un espantapájaros. Su pechera era como el fuego, alumbraba la desolación de aquel cuerpo vacío. Y le acababa prendiendo fuego. El espantapájaros ardía rápido, como una antorcha. Y ella dentro. Quedaba un montoncito de ceniza en la tierra negra.

Las provisiones se iban acabando. Pronto, su cuerpo, “generoso”, como Él solía decir, se había quedado en nada, se había derretido. Se dedicaba a dormir, y a chupar raíces que arrancaba a azar de sus paseos, manzanas blandas y chocolate negro (se había traído cincuenta tabletas. Una cosa era saber que te vas a morir, y otra muy distinta esperar el momento fatídico sin chocolate).

Las semanas pasaron y no se moría, no aparecían ciervos de dos cabezas, los cuervos seguían siendo de un azabache immaculado, las urracas, blancas y negras, el agua, pura. Tampoco oyó tronar más de lo normal. Escrutaba su piel y el blanco de sus ojos en el espejo en busca de signos que delataran el efecto de la radiación.

Pero nada, nada más que su delgadez extrema que resaltaba sus venas azules. Ya no sabía a qué había venido, si a morir o a sobrevivir.

Y le volvió a invadir la imagen de aquel hombre. Y casi lo verbalizó: el hombre de mi vida. Seguramente el único que valió la pena, aquel extranjero de “mucho más al Norte”, aquel ser diáfano con mirada de niño, que dibujaba ídolos prehistóricos, montañas y árboles, que hacía flores de papel con la bolsa del pan, y que le devolvió la fe en la *gens masculina*, y le entregó aquel gran amor. Desapareció después de la operación de su hija. Lo estuvo buscando mucho tiempo. Aquellas inundaciones que asolaron la región poco después del drama, ¿acaso no fueron sus lágrimas?

Habrà habido eso, aquel amor, aquella ternura, aquel sopor de después de gozar, aquellas ensoñaciones, aquellas canciones que él le ponía para despertarle, el Freedom de Aretha Franklin, el Have I told you lately that I love you de Van Morrison, el I'll love you till the end of the world, de Nick Cave.

Costura invisible

De Elena Prieto Rodríguez

Todavía recuerdo cuando Miguel y yo jugábamos en la playa. Éramos dos niños curiosos y risueños. Nada nos perturbaba, y la felicidad era un elemento natural por el que no sentíamos siquiera gratitud.

Yo vivía en el pueblo, y él venía cada año al despuntar el verano. Llegaba en el autobús, alto y espigado y los demás lo esperábamos impacientes. Niños queridos, de vidas livianas.

Aunque jugábamos en grupo, entre nosotros dos existía un hilo. Un hilo que nadie veía –aunque yo sí– y que nos mantenía unidos. Era varios años mayor, venía con la piel blanca pero pronto se tostaba y su pelo tomaba prestados los reflejos del sol.

Yo nací con un problema en los huesos, pasé años tomando pastillas y visitando médicos. Al final lograron detener el proceso, pero yo no crecía adecuadamente, me estancué a los siete años y cuando tenía quince medía poco más de un metro. Miguel me alborotaba el pelo:

–Canija, no llores, ¿no ves que eres preciosa?– y yo, por más que me miraba al espejo no veía rastro de esa belleza, con el pelo rojo y la cara llenita de pecas, solo veía una persona en miniatura sin gracia alguna.

Jugábamos a las canicas, grabábamos nuestros nombres en las cortezas de los árboles, trepábamos por las rocas de la playa, Miguel me alzaba para llegar a las ramas y subir a los árboles a ver atardecer.

Y el hilo se engrosaba. Yo lo cuidaba y lo trenzaba, llevaba años haciéndolo y cada vez era más fuerte. Algunas tardes Miguel se iba en moto al pueblo de al lado, recados, decía. Y yo tiraba del hilo y Miguel volvía.

Cada verano el pueblo entero se reunía en la playa en la noche de San Lorenzo para ver la lluvia de estrellas, eran noches de magia y sal. Unos traían bocatas, otros sangría, guitarras, y cada uno su manta para tenderse panza arriba a pedir deseos a las estrellas fugaces.

Yo solo pedía que el hilo no se rompiera. Y Miguel me agarraba fuerte la mano.

¿Qué pediría él?

Aquel año ocurrió algo distinto. Yo tenía catorce años años, él diecinueve.

Aquel año una estrella surcó el cielo de lado a lado durante varios segundos. Se escuchó un murmullo mientras todas las miradas acompañaban su viaje por el firmamento, cada uno alzando su plegaria hacia arriba, como si fuera un avión de papel. Miguel se volvió hacia mí, me pasó un brazo bajo el cuello y me besó, le sabía la boca dulce. Nadie se dio cuenta, pero yo casi me hice pis encima de la emoción.

Olvidé pedir mi deseo. Y el hilo desapareció.

Como cada año, Miguel se fue en el autobús al llegar septiembre. Ya no jugábamos a las carreras. Ahora nos escondíamos en las cuevas de la playa, nos besábamos durante horas,

Miguel me acariciaba los sitios prohibidos. Y yo, sin pudor correspondía con mis manos en los lugares a los que él me guiaba, descubriendo texturas y formas que no conocía.

Yo ya no veía el hilo, pero no me importaba, y continuaba haciendo como si allí estuviera. Cuando marchó el autobús, yo lo imaginé alargándose, haciéndose kilométrico y manteniéndonos unidos en el mapa, cada uno en un extremo.

Pero Miguel no volvió aquel año, ni el siguiente. Tampoco al otro. Yo tiraba del hilo para traerlo de vuelta, pero es que el hilo no estaba.

Los años pasaron y crecí algunos centímetros más, sin embargo nunca llegué a alcanzar la estatura normal, y canija era un adjetivo que me hacía llorar de la rabia.

Cuando cumplí diecinueve mis padres me mandaron a la ciudad a estudiar. Tan pequeña como era y con mi pelo rojo llamaba la atención, pronto hice amigos. Estudiaba mucho, en mis ratos libre salía de copas con los amigos, fumaba hierba y, queriendo hacerle un pequeño homenaje a mi desaparecido hilo monté un taller donde enseñaba a coser. Unir las telas con hilos, pincharme los dedos, me traía recuerdos que aún a veces dolían.

Una tarde entró en el local un hombre joven mientras cosía distraída. Alcé la mirada.

–Eres preciosa ¿lo sabes canija?– un par de lágrimas se me quedaron atascadas en los ojos.

–¿Qué quiere señor?– dije lo más seria que pude. Ni siquiera parecía un señor. Lo que de verdad quería era increparlo, sacarlo de allí a empujones. Lo que hice fue notar como me rompía en añicos.

Avanzó hacia mí, me rodeó la cintura y me besó.

El hilo con el que estaba cosiendo se me había enredado en las manos, la aguja me estaba pinchando por dentro. Me abandoné, me dejé quitar la ropa y abrí piernas y mente, acogiendo la piel de aquel hombre y tejiendo una red para impedirlo escapar de nuevo. Nada me explicó al terminar. Y nada pregunté.

No volvió a venir, a pesar de que lo llamé en silencio.

Semanas más tarde lo vi, caminaba al lado de una guapa mujer. A los hombros llevaba un niño de unos tres años.

Volví al taller y cogí unas tijeras. Corté todos los hilos en trozos pequeños, hilos que me estaban sujetando al pasado y a la ingenuidad.

No dejé una sola bobina entera, me afané en cortarlo todo, en deshacer mis nudos, y en romper cualquier filamento que me mantuviera el corazón atado.

Era quince de agosto. Cerré la puerta con llave y volví al pueblo. Tenía un deseo que pedir.

Carrusel

De María Del Juncal Baeza Monedero

Hay un olor penetrante en la sala. Pregunto si es sangre. Silencio. Un par de metros más allá lo intento de nuevo, hundida en la silla de ruedas: “¿es sangre eso que huele?”.

Se gira una enfermera que camina por delante de mí, que tiene el pelo cortísimo y lleva las gafas colgadas sobre el pecho, y dice: “Huele a todo”. Me sostengo el vientre con las manos. A todo, claro, por eso soy incapaz de definir este olor, porque no es una cosa concreta, no es solo sangre: también hay plasma, heces, antibióticos inyectables, gasas hipoalergénicas y manos que sudan. El pasillo se extiende por delante de mí. Me retuerzo.

Tengo que tumbarme en una cama que me señalan con el dedo, esta vez una matrona que tiene la piel de cartón y las caderas anchísimas. Me siento incapaz de auparme por encima del colchón. “Venga”, me dice, “no seas vaga, que te espera una buena con ese cuerpo tan flaco”. Y yo la miro, me fijo en la anchura de sus caderas y pienso que por ahí sus hijos, si los tiene, han debido salir resbalando, como sobre un tobogán. Decido convencerme de que tal vez esté realmente preocupada por mí, porque me han dicho que tengo la pelvis estrecha. Seguramente, al final, cuando vea que no puedo subir sola, venga y me pase un brazo por la cintura, y me obligue a apoyarme en su cuello rosa y suave para hacer palanca y poder echarme sobre la cama. Pero espero medio minuto, y cuando escucho *vaga* por segunda vez, en un arranque de rabia me subo, apretando los dientes porque las camas de este hospital son absurdamente altas, para que a los médicos no se les reviente la espalda, pero aquí, a mí, a mi cuerpo convulso y sudoroso, le resultan un ascenso imposible.

“Necesito ponerme de rodillas” susurro, “a cuatro patas”, “me lo pide el cuerpo”: lo explico porque me da vergüenza que piensen que estoy loca, que no sé hacerlo, como si colaborar consistiese solamente en obedecer. El trabajo de parto es mío, el sudor es mío: esta soy yo. Un relámpago me recorre los riñones y la parte alta de los muslos: las contracciones ya no se detienen. Me inclino hacia adelante buscando la forma de colocarme de rodillas cuanto antes, apoyando las manos en la cama, para esconder la

cabeza en el pecho y poder llorar o chillar a gusto.

Me acuerdo de la ovejita que teníamos en la casa de campo, de cuando parió a sus corderos cuando yo era una niña. Se llamaba Carrusel. La dejamos tranquila, que se colocase como mejor le pareciese, y dio a luz con el hocico manchado de barro por haberse estado restregando mientras gruñía, y salieron las seis cabecitas, y los cuerpos resbalosos, apelmazados después, uno detrás de otro, como si no le costase ningún esfuerzo dejarlos caer al prado, a las mantas que habíamos doblado por debajo de Carrusel para amortiguar la caída de los corderitos. Yo quiero lo mismo.

“No, tumbate”, me dice de nuevo la matrona de pelo corto, ansiosa de que acabe su turno para poder marcharse a casa. “Quiero ponerme...”, insisto, pero no me deja terminar, no menciono mis rodillas ni la necesidad de doblarme, porque entonces me sujetan. Me doy cuenta de que es la primera vez que me tocan desde que me clavaron la vía en la mano, hace horas. Me pregunto si un contacto así me hubiera reconfortado antes, a ratos, en los peores picos de dolor. Ya no importa. Se colocan a ambos lados de la cama y me tumban. Yo no me resisto porque apenas tengo fuerzas y porque vuelvo a convencerme de que son ellas, y no yo, quienes saben lo que están haciendo. Será lo mejor para mí -pienso, mastico y trago-, y me acurruco, como una niña, porque quiero que todo termine ya y quiero que tengan cuidado cuando saquen al bebé, que no lo cojan de los hombros sin delicadeza y se lo lleven. Intento portarme bien para que ellas no estén a disgusto, para que sonrían al ver la cara de mi hijo y le pasen los dedos por los mofletes para darle la bienvenida. Asiento con los ojos cerrados cuando el anestesista se abre paso tras el biombo. Girada hacia la pared, respiro hondo mientras me atraviesa la espalda con la aguja, como si fuera una sardinela amarilla, de lomo irisado, recién mordido el anzuelo.

El fluorescente del techo me deslumbra. Hay un remolino desordenado descendiendo desde el final de mi espalda, hacia los pies. Noto cómo lo invade y lo duerme todo. “¿Podemos apagar esa luz?”, pregunto señalando al techo. “Mejor cierra los ojos”, responden. Y lo hago, los cierro sin apretar los párpados, queriendo ser obediente para que sus manos se suavicen al coger a mi hijo, y, de repente, las contracciones se han convertido en un eco suave del que ni siquiera llego a ser consciente. Con los ojos entrecerrados empujo, sin saber del todo cuántas horas han pasado, y después oigo llorar a mi hijo, mientras regresa el olor, la sangre, el plasma, el líquido amniótico derramado y que ya no es mío.

“¿Dónde estás, hijo?” pregunto, intentando abrir los ojos, pero la luz me hace daño. Extiendo el brazo todo lo que puedo, pero no lo toco.

El grito

De Virginia Maldonado

Mariana e Isidro llevaban juntos 49 años. Hasta hace sólo unos años, seguía Mariana cumpliendo con él en la cama, como ella lo llamaba, pero Isidro hace justo tres años pierde las ganas y por fin Mariana, a sus 71 años puede descansar del manoseo de su marido. Ella se dejaba hacer, porque no le gustaba el sexo, pero la habían educado para que una mujer, le guste o no, esté ahí para las necesidades físicas de su esposo y su desahogo.

Le da últimamente Mariana muchas vueltas a la cabeza a dejar a su marido. Ha visto que algunas vecinas se han separado a edad avanzada y parecen más felices y más guapas. Ve mucho la tele y la vida hoy en día es diferente. ¿Podría ella? ¿Podría echarlo? La casa era suya, recibida por herencia de sus padres. Fantaseaba Mariana en vivir libre en su casa sin la sombra de su marido Isidro, que se había convertido, o siempre había sido, un cascarrabias, infiel, trasnochador, mal padre, mal abuelo, duro, ingrato, negativo, y así podría seguir Mariana hasta la eternidad descalificándolo en su interior. Cuando lo veía, lo miraba con desprecio y con rabia, y le reprochaba cualquier cosa, el no llevar el vaso al fregadero, el roncar durante la noche, el mal aliento que le provocaba una muela que no se arreglaba... en fin, Mariana no lo quería, pero qué era eso del querer, eso no lo había sentido ella más que por un hombre: su hijo.

Mariana le guardaba además un profundo rencor de una ocasión hace 30 años, donde se atrevió a cuestionar una de sus decisiones. Isidro le dijo que se callara, y ella siguió insistiendo. Ya no recordaba ni el motivo de la discusión, pero lo que no podía borrar de su memoria es que Isidro se abalanzó contra ella con una lata de atún y la sacudió tres veces en la cabeza gritándole algo que se desvaneció en el recuerdo. Mariana quedó inconsciente por unos segundos e Isidro entró en pánico pensando que la había matado. La abrazó entonces como nunca lo hubiera hecho antes, gimiendo, Mariana, mi Mariana, perdóname, por favor, no te mueras. Mariana abrió los ojos y no sólo no le perdonó en ese momento sino que decidió odiarlo hasta el final de sus días. Le cerró el corazón a Isidro y se prometió no volver a abrirlo nunca más, como esa lata de atún que

tiró a la basura llena de sangre como símbolo de su decisión.

Pero Mariana se sentía triste y deprimida, y el tiempo iba pasando. La gente le recordaba que en un año celebraban sus bodas de oro y eso a ella la martirizaba. El oro para un hombre que no merecía ni la medalla de bronce, se decía. Y refunfuñaba en su interior mientras limpiaba la casa cada día y no se daba cuenta de que poco a poco se moría.

Un día, fue a su médica con un dolor fuerte en el pecho. Su médica recordaba que hace muchos años Mariana pasó por allí con la cabeza abierta y unos ojos a punto de explotar de rabia y tristeza. En aquella época, a pesar de lo poco avanzados que estábamos en violencia de género, le dijo que iba a informar a la policía, pero Mariana le aseguró que se había caído por las escaleras hablándole tales maravillas de su esposo que la médica se dejó convencer para no entrar en trámites complicados que al final sólo le traerían problemas.

Esta vez, sin embargo, 30 años después y una voz de la conciencia más despierta, hacen que Isabel, la médica de Mariana, la mire a los ojos y le diga: Mariana, tú lo que tienes es una depresión de caballo y te voy a mandar ahora mismo a una psicóloga muy buena con la que estamos colaborando en el Instituto de la Mujer.

Mariana, esta vez no se resiste. Se siente como un animal apaleado que ya no tiene fuerzas para seguir luchando y se deja salvar, arropar por sus rescatadores que lo sacan de un agujero profundo donde lleva toda una vida y acepta sin rechistar, con lágrimas en los ojos que no deja que salgan del todo, apretando ligeramente los labios para evitar decir más de lo que debe, con las manos temblorosas, sintiendo que su corazón se va a romper en añicos si la consulta no acaba ya.

Mariana se va corriendo al servicio y allí llora en silencio durante una hora, intentado con todas sus fuerzas que nadie la oiga ni respirar.

Cuando llega a casa Isidro está sentado en su sillón viendo la tele. No la mira siquiera, ¿recuerda acaso que viene del médico? Mariana dice: vengo del médico. Isidro sigue mirando la tele sin decir nada. Entonces Mariana siente un fuego que empieza en las vísceras y sube como un humo que va extendiéndose por el tórax y llega a la garganta. No sabe de dónde sale ese sonido, pero es tan fuerte y tan atroz que al mismo tiempo que le asusta, le fascina y le libera. ¿Es suyo ese grito?, parece que tiene vida propia y ve a Isidro encogerse como un perro asustado entre sorpresa y pavor. El grito parece no tener final, es quizá el grito de todas las mujeres que aprendieron a aguantar como ella, saliendo de su garganta como un volcán en erupción. Y cuando el grito termina le dice a Isidro: vete con tu hijo o con quien quieras, no quiero verte nunca más.

La libertad era esto

De Noemi Portela

A veces soñaba con ella. Sentía que sus caricias se le metían entre los dedos de las manos, que correteaban por sus brazos y descansaban sobre su hombro. Se la imaginaba, feliz, saltando con él en el sofá al son de su canción favorita, disfrutando de los maravillosos atardeceres, cuando el sol se ponía tras la colina.

Estaba convencido de que la había visto en alguna ocasión. Quizás en la lejanía, quizás durante un segundo, pero estaba seguro de haber compartido algo más que su imaginación. Pero eso no podía haber ocurrido.

Arturo llevaba 15 años, toda su vida, encerrado en aquella enorme casa rodeada de campo. Más de una década en la que solo había visto a su padre, a sus impertinentes amigos, al médico, al profesor... hombres, siempre hombres.

- Papá, ¿mamá era guapa?
- Tu madre era la persona más increíble que jamás he conocido.
- ¿Y por qué ya no está?
- Mamá estaba muy enferma.

Siempre le preguntaba por ella. Y la respuesta siempre era la misma.

Aquella noche Arturo se fue a dormir con una idea clara: esa sería su última noche allí.

La sensación de ahogo, de querer descubrir qué existía más allá de aquellas cuatro paredes iba aumentando a medida que la adolescencia se hacía patente en su cuerpo y en su cada vez más crítica y disconforme cabeza.

Los ronquidos de su padre rompían el silencio de la noche. Era el momento. Sigiloso y bien provisionado, abrió con cuidado la puerta de la calle. Su padre se había vuelto cada vez más confiado. Dos años atrás había dejado de cerrar la puerta de la calle con candado, quizás porque Arturo nunca se había quejado, ni había hecho preguntas sobre el exterior.

Bajó los peldaños de dos en dos, no recordaba haber sentido aquello nunca, pero creía que era adrenalina, se parecía mucho a lo que su profesor le había explicado aquella

misma semana. El corazón saliéndose del pecho, las manos sudorosas, la sonrisa en la boca mezclándose con el miedo... sí, aquello tenía que ser.

No sabía a dónde ir, pero sus pies parecía que sí. Mantuvo un ritmo constante hasta que sus piernas empezaron a flaquear. Una hora, dos, tres... perdió la noción del tiempo que estuvo caminando. Se paró.

Mujeres.

Las había por todas partes. Paseando con sus hijos, con sus novios y sus novias, solas, volviendo de trabajar, alegres, llenas de preocupaciones, con complejos y sin ellos...

Todas ellas diferentes, y a la vez tan iguales. Todas desconocidas.

Y de pronto...

- Arturo.

En el tono no había duda. Se giró y la vio, allí delante de él, sonriendo. Una mujer rubia, guapa, con sus mismos ojos azules... y los mismos hoyuelos decorando su cara.

- ¿Mamá? – Se atrevió a adivinar él. Había soñado tantas noches con ella, había visto tantas veces, siempre a escondidas de su padre, las fotografías que guardaba con mimo debajo de su almohada, que pensó que esta vez no podía ser real.

Pero allí estaba, delante de él. Se abrazaron.

- No pude, no sabía dónde buscarte... te llevó y me quitó una parte de mí.
– Intentaba explicarse su madre mientras lo abrazaba con fuerza, como si estuviese tratando de recuperar todos los abrazos que no había podido darle.

- Papá me dijo que estabas enferma y que habías muerto cuando yo nací.
– Consiguí decir Arturo, tratando de evitar que las lágrimas asomasen en sus ojos, buscando las respuestas que siempre se le habían negado.

- Estaba enferma... de libertad. No te mintió, desde ese día estaba muerta para él. Pero ya tendremos tiempo para hablarlo. Ahora ven, quiero que conozcas a tu hermana.

- ¿Hermana? – Arturo tenía muchas preguntas, pero también sabía que iba a tener mucho, mucho tiempo.

De la mano de su madre se adentró en la vorágine de gente. Aquello de la libertad le gustaba.

El delantal

De M^a del Carmen Marín Pinteño

La recuerdo arrancando trozos de dolor del gran bolsillo donde escondía sus desgracias. Con algunos de ellos hacía una bola y los lanzaba lejos, donde no alcanzaran sus lágrimas. Otros estaban demasiado incrustados en la tela, la edad de aquel delantal era más larga que la mía. Pero era el favorito de la vieja y, a veces, hasta para ir a misa se lo ponía.

Sus cabellos de plata tenían el mismo tono gris de los cuadros más oscuros de aquella prenda tan maltratada. Casi todos los golpes siempre iban a parar a la misma zona que cubría sus muslos tras la enagua. A nadie enseñó jamás los negros moratones que la pesada hebilla del cinturón estampaba en sus delgadas nalgas. Las piernas le temblaban cada vez que le oía cerrar bruscamente la puerta del corral y subir los escalones de la parte trasera de la casa. En cada uno de los torpes pasos de su marido, a ella le daba tiempo de susurrar varias plegarias para que la borrachera fuera tan grande que le impidiera arribar al tramo de escalera que conducía al lavadero donde solía estar, hasta altas horas de la madrugada, escamondando sus calzones largos.

La última vez que la vieron, de su delantal se habían borrado todos los cuadros.

Teñido de un intenso rojo de sangre, del gran bolsillo escaparon todos los gritos de espanto que había guardado durante años. Cuando llegaron a oídos del vecindario ya fue tarde.

-Hay que lavar el delantal de la abuela.

Me dijo, al día siguiente, mi madre. Era como su segunda piel y debía ser enterrado con ella, aunque el fondo del gran bolsillo ya no era refugio del alma de nadie...

Noche otoñal

De Diana Karina Torres Cano

Ella estaba acostada junto a su pequeña hija dentro de la cama matrimonial. Había cerrado el libro y apagado la pequeña lámpara. Era una de esas noches de principios de otoño en las cuales el aire empieza a rebelarse arremolinando hojas muertas en las esquinas desoladas de las casas y los enclenques árboles se quedan soportando estoicamente la zarandeada del fuerte viento mientras éste avanza generando ruidos de gigante y se cuele entre las rendijas mal cerradas de las ventanas con un olor helado de humedad; silbando tan fuerte, que no hay más remedio que levantarse corriendo y cerrarlas de prisa, transformando así de golpe el ulular externo en un ruido sordo que discurre furioso entre las oscuras calles, como un coloso buscando salida entre un laberinto de casas y edificios. De pronto se oye un rumor de voces cerca del portal, pisadas rápidas, taconeos y carreras, sonidos vagos y de nuevo el silencio. Afuera solo queda la negrura de un cielo plomizo que niega la visión de las estrellas.

Entonces volver corriendo a la cama con escalofríos y la piel erizada. Arrebujarse bajo el nórdico y abrazar a Lisa, juntándose hasta besarle el cabello, aspirando la fragancia de camomila que prevalece en el rincón de la almohada. Sentir su cuerpo tan a gusto bajo esa tierna calidez y al mismo tiempo saberse rodeada por un frío acechador. En su cabeza los pensamientos se arremolinan como los hojas de los árboles allá afuera, y unos tras otros van girando trayendo imágenes de un pasado no muy distante, casi como al azar, pero bien sabe ella que no, que no es la casualidad la que los ha removido sino que como todo, han llegado con un sentido. Aquellos tiempos en los que la imposibilidad de un contacto físico lo hacía aún más imperioso, aquel tiempo en el cual la distancia fungía como opresora, exacerbando así más el deseo. Todo tan acorde a esta melancólica estación: la imagen del frío monitor, el gesto inútil de extender una mano hacia la glacial pantalla, el sonido de unas yemas tecleando letras y letras que intentaban transmitir la intensidad de un calor, de una humedad demasiada tibia, las palabras apareciendo rápidamente, frases y frases cada vez más cortas, finalmente sólo dos imágenes parcialmente paralizadas. Movimientos leves, luego perceptibles en primer plano. Silencio. Recrearse en eso de

sentir y sentir en la lejanía. Separación.

Saber que más allá de la explosión ha quedado una vaga sensación de satisfacción vedada. La distancia es la distancia, sin atenuantes y sin alicientes. Recordar sus viajes, sus idas y vueltas, un avión que los alejaba y otro que los acercaba; y ella en los aires percibiendo en cada nube la sutileza de la presencia de él, porque él estaba en dondequiera que fuese porque acaparaba sus pensamientos y allí residía todo, no estar juntos significaba estar más unidos, porque él era lo sublime, lo etéreo y lo inalcanzable. Evocar esas lejanas ganas y dejarse arrastrar otra vez por ese remolino de pensamientos hasta que llega a estos días en que la convivencia, en que esa facilidad de extender una mano y tocarse, desvirtuaron de alguna manera indescifrable la esencia de un encuentro improbable. ¿Cómo habían llegado a esto? Cómo se habían dejado arrastrar por las cuentas, el cole, la comida, el trabajo, el banco, y por Lisa instalada en el medio de la cama matrimonial.

El olor a humedad había desaparecido y la fragancia de camomila impregnaba toda la habitación. Afuera las hojas de los árboles no tenían tregua en su girar y girar, y se seguía escuchando al coloso sacudiendo antenas, toldos y farolas; zarandeando todo a su paso, aprovechando de colarse por lugares remotos, entre callejuelas estrechas y edificios en penumbras.

Por suerte allí adentro ya no podía llevarse nada más. Su respiración agitada no le permitía encontrarse cómoda dentro de su propio cuerpo. Evocar la antigua imagen de la videocámara, la mano acariciándose el pecho velludo, con el colgante hippie que ella le había regalado en aquél viaje juntos. Sus manos, esas mismas manos que se habían extendido tantas veces ante un frío monitor de ordenador, aunque un poco cambiadas seguían siendo las mismas de antaño, más allá de algunas ligeras arrugas que delataban el paso del tiempo, mantenían las ganas de extenderse hacia ese mismo plexo solar que la cobijaba y la protegía. Removerse ligeramente dentro de la cama evitando que la pequeña Lisa se despierte, incorporarse de forma lenta, salir descalza por el estrecho pasillo y entrecerrar los parpados al percibir la luz del televisor en el salón y al escuchar la tos en el sofá. El viaje, las nubes, lo sublime la esperaban como siempre; se trataba tan sólo de extender una mano.

Relatos ganadores y finalistas 2018
II Premio de Relato
Fundación Fomento Hispania

Jurado

Espido Freire
Rosa Navarro Durán
Ignacio Merino

Primer Premio

Emma (Esperanza Ruiz Adsuar)

Segundo Premio

Al cabo del tiempo (Gloria Soriano García)

Tercer Premio Ex Aequo

No la dejaron pasar (Juan Caballero Gómez)
Abolición de la inercia (Enrique Rey Vázquez)

Finalistas

Las lavanderas (Susana Revuelta Sagastizábal)
El color de las amapolas (Luisa María Yamuza Carrión)
Vas a ser tú (Juncal Baeza Monedero)
Como cada mañana (Jara Infante Pérez)
Fresas, té helado y ojos de mora (Rosa Fabuel De Mora)
La quimera del oro (José Luis Castro Lombilla)
Corre, Mari, corre (Carmen Del Valle Pérez)

Introducción de los miembros del jurado

Espido Freire, Rosa Navarro Durán e Ignacio Merino

Los relatos que se presentan a un premio suelen estar animados por una mezcla de ambición y timidez, de ansia de ser leídos y de miedo ante el juicio, de historias fascinantes y de la necesidad de su autor por contarlas. En este caso no veo una excepción: vida, literatura, mirada femenina, mundo extraño y absurdo... resulta fascinante observar ese proceso y asistir a la emoción de quien recibe el premio. De eso, de esperanza, pérdidas y triunfos, está entretejida la literatura.

Espido Freire

¡Cuántas cosas he descubierto leyendo estos espléndidos relatos!

Un breve relato tiene que atrapar a los lectores en las primeras palabras porque no le queda mucho espacio para hacerlo, y luego no decepcionarlos y llevarlos en volandas hasta el inmediato final: cumplen estas condiciones estos cuatro magníficos relatos que tuve la suerte de leer en 2018.

Ya sabía yo de la pasión amorosa por algún personaje literario, pero así lo viví como espectadora, en primera fila de un texto; intuía que los prodigios pueden llevar capa de fantasía y cosmética barroca, e inmersa en otra narración comprobé que sí. Y aprendí mucho más: que la realidad está hecha a veces de grandes hazañas: la de una mujer que vive su papel cotidiano, el que le ha tocado en el teatro del mundo, con discreción, con dignidad, y no regatea nunca dar la mano al prójimo; o la de ese grito en la vana lucha de otra mujer para acompañar al ser amado en su último momento, ¡suprema soledad de los dos por culpa de...! Mejor no describir los muros, y pensar solo en las heroínas de la épica cotidiana.

Rosa Navarro Durán

¿Por qué escribimos?

Escribir es resistir, pero resistir no es escribir.

Cuando queremos algo de verdad, se enciende un motor en el cerebro para lograr lo que hemos codificado con voluntad de acción. Lo hace a través de una selección ingente de datos emocionales, sentimientos, gustos, imágenes, tendencias, recuerdos, necesidades a corto y largo, modo de vida, forma de comunicarnos... Lo que hemos hecho, virtualmente, es configurar nuestro ordenador mental a través de un sistema operativo que se nutre de módulos materiales como el tálamo, el hipotálamo, el cerebro frontal, la hipófisis o la glándula pineal, ámbitos especializados e integrados en una red de neuronas que se conectan a impulsos eléctricos y por las que discurre una turbamulta de datos propios más los que vienen de fábrica por la genética.

Es decir que ni la mente ni el cerebro son del todo nuestros, exclusivamente individuales; responden a patrones comunes y viejos códigos culturales aprendidos en la batahola de los siglos. Pero como ocurrió ya en la Grecia antigua o el Renacimiento después, hubo personalidades que supieron expresar la realidad, el mundo y la persona con estilo propio, a través de una técnica determinada, la que les dictaba su vocación. Entonces salieron del anónimo común y firmaron sus obras. Pusieron su nombre para proclamar la individualidad de aquellas obras consumadas, superando así la arcaica tradición artesana del anonimato.

Una de las consecuencias que implica la tarea de escribir como acto de voluntad propia es la definición del yo. El encuentro de la parcela personal en la que construir el hogar de nuestra existencia. El terreno preciso en el que cuidar lo más íntimo, cultivar nuestras aspiraciones, destilar los deseos fermentados en las tardes quietas de nuestra infancia y adolescencia. Entonces llegará el renacimiento de nuestra sensibilidad concebida en el tiempo arcaico de nuestra vida, la luz que nos deslumbró. Y querremos recuperarla, tejerla y bordarla con nuestra labor incansable, porque en esa tarea concentrada hallaremos lo mejor de nosotros mismos.

Tal vez incluso encontremos nuestra vocación, o al menos una buena parte de ella. Entonces todo será más sencillo, más claro. Enfrentaremos con fuerza las decepciones, sabremos afrontar los fracasos, aprenderemos, creceremos. Y no perderemos el norte polar que nos guía porque sabremos que mantenemos el impulso en la brújula junto al cálculo que permite el sextante, la escritura. Esa es nuestra navegación. El cuaderno

de bitácora. El convencimiento de lo que hay que hacer para seguir viviendo. Porque escribir, además de resistir, disciplina, aprendizaje y reto es, también y sobre todo, una forma de exorcizar la muerte.

Ignacio Merino

Emma

- PRIMER PREMIO -

De Esperanza Ruiz Adsuar

No te voy a engañar, Emma, te quiero desde que te conocí. No tardé ni una décima de segundo en amarte. Tu belleza, claro. Qué si no. Pero no me culpes, Emma, les pasa a todos. Le ocurrió a tu marido- tú misma me lo has dicho- cuando aún era un hombre casado. Quedó prendado y en cuanto enviudó, pidió tu mano. Y algo parecido con tus amantes, si bien es verdad que con el segundo compartías aficiones. Os unía un espíritu sensible y una personalidad cultivada.

Yo, querida mía, he de ser honesto y confesarte que de teatro, música clásica y eso, ni papa. Ahora, de literatura, lo que quieras. Yo creo que por ahí tenemos conversación, y si bien es cierto que el género romántico no es lo mío, prometo hacer míos los excesos sentimentales de esas novelas que te apasionan.

No sabes cómo sufro al entender tus reclamos - perfectamente lícitos en mi opinión- y ver cómo eres censurada por ello. Claro que mereces sexo, claro que deberías tener riquezas.

Y, aunque en modo alguno trato de justificar mi encandilamiento por tu hermosura, te diré, puesto que estás a punto de preguntármelo, que si no fueras como eres, mi interés por ti se hubiera desvanecido sin mucha demora. Adoro a la Emma que persigue sus sueños. A la mujer que no se conforma con una vida pueblerina y tremendamente aburrida. Bravo, Emma, por no darte miedo luchar por la vida que imaginas. Dominante y avasalladora, dicen. Vale, ¿y qué? Eso es maravilloso. De hecho, no descarto que tu primer amante, pese a habérsela envainado en el último momento, no considerara todo un reto poseerte.

Ansío que llegue la noche para estar contigo. Es cierto que puedo tenerte durante el día pero me gusta la espera, de ese modo te saboreo mejor cuando llega el momento. Retardar el placer es una magnífica estrategia que aprendí con los años.

Hoy, por ejemplo, me he acordado de ti más de lo habitual. Tuve que acudir al

médico por mi problema de espalda y después a la farmacia. E inevitablemente comparo. ¿Te das cuenta, *mon chou*, de que no te engaño cuando digo que habitas mi mente?

Así pues, mi doctor, el señor Sanmartín, se parece enormemente a tu marido. Pero no porque los dos sean galenos, eso sería muy fácil y a ti y a mí nos aburre lo obvio. Es que ambos adolecen de una personalidad lúgubre, exenta de entusiasmo, taciturna. Parecen aquiescentes -dentro de su contención- con sus vidas aciagas y grises. Entiendo que te exaspere que tu marido viva en la inopia y me atrevo a aventurar que incluso has deseado en secreto que se percatara de tus devaneos. Al doctor Sanmartín le daba igual estar hablando de mis maltrechas vértebras que del precio del kilo de tomates.

Sin embargo, de la consulta me he dirigido a la farmacia y mi apreciada señorita Pérez de Cantalapedra no puede ser más adorable. Es una sexagenaria solterona y encantadora que trata a todos sus pacientes con un cariño inusitado. Nada que ver con el tipo atrabiliario que tenéis como boticario allí y que según cuentas, trata de congraciarse con las fuerzas vivas del pueblo a pesar de ser un pobre gañán. Todo el mundo le rinde pleitesía pero él tiene ínfulas de reputado científico. ¡Ah, los sinsabores de la vida de farmacéutico rural! El pueblo se le queda pequeño y sé que eso no se lo reprochas. Y, huelga decir, adorada, que la señorita Pérez de Cantalapedra nunca dejaría arsénico a mi alcance, ¡qué barbaridad!

De esta manera, Emma, casi ha anochecido. Sin darme cuenta llevo más de dos horas loándote en silencio y siento que no es suficiente para aplacar tu angustia. Te asfixias en tu pequeño mundo y no sé cómo ayudarte. Sé que el adulterio te ha decepcionado tanto como el matrimonio, pero suele ser así con las personas que brillan. Tu aparente frivolidad no es más que tu defensa última contra un mundo que te oprime. Te reitero mi amor y mi admiración, Emma, y me dispongo a acudir a mi cita nocturna contigo.

Creo que hoy toca el capítulo en que te reencuentras con Léon Dupuis e iniciáis vuestra desenfadada historia de amor. Voy a tu encuentro, Emma Bovary.

Al cabo del tiempo

- SEGUNDO PREMIO -

De Gloria Soriano García

Mi madre era así de antigua. Se sentaba a mi lado a la puerta de casa cuando venía mi novio. Siempre vigilante. Que sus manos no rozaran ni el respaldo de la silla. Yo me atreví a bromear: no le hagas caso, que ella también estuvo ennoviada. Cuando él se fue me pegó tal guantazo que estuve tres días sin poder salir.

Después nos casamos y nos fuimos a vivir al centro de la ciudad. Habíamos alquilado en una corrala una habitación sin cocina. Allí nacieron y crecieron mis tres hijos, dos niños y una niña.

Mis hijos jugaban mucho en la placita del barrio y a veces regresaban con magulladuras. Nunca le pedí cuantas a nadie por esas heridas, ni quise escuchar las quejas de otras madres por los daños que sufrían sus chicos. Son muchachos, decía yo. Ya se arreglarán, no hay razón para que discutamos. Mi marido no se metía en estas cosas. Al salir de la fábrica, él se ocupaba de cantar y beber en Casa Paco. Yo, de preparar su comida del día siguiente, reforzarle el pantalón y regar las macetas de la galería que tanto alegraban con sus colores.

Todas las mujeres de la corrala guisábamos en la misma hornilla y algunas, con el caldo de la vecina, preparaban una sopa aguada. Mientras los garbanzos hervían, yo lavaba la ropa junto al pozo del patio sin quitar ojo al puchero. A pesar de ello, a veces desaparecía el trozo de gallina, o mermaban las raciones. Sí, esas cosas sucedían, pero no por maldad.

Cuando llegaba la noche, en la pila de restregar los monos de mi marido, me aseaba yo. Siempre iba a la cama con el pelo mojado. Todo me dolía.

Me llevaba bien con la comunidad, pero no era amiga de cotilleos. Coincidía mucho con una mujer de aspecto reservado a quien no me hubiera importado confiarle secretos. Un día, mientras hablaba con ella de mis males, se presentó la Guardia Civil y la llevaron presa. Así fue como me enteré de que el hombre que yo conocía no era su marido. El adulterio le costó cinco años de cárcel. Nosotros continuamos indisolubles en

la misma habitación durante veinticinco.

Coincidiendo con la muerte del Caudillo, nos mudamos a un piso con baño y cocina donde se me pasaron todas las jaquecas. Para entonces, el hijo mayor trabajaba en un hotel de la costa, y la chica ya se había casado. Ahora teníamos teléfono. Mi esposo pagaba y puso las normas. Mis hijos y yo ni lo tocábamos. Así era él.

Diez años más tarde mi marido se sintió mal. Un especialista privado le hizo una radiografía y sin más explicaciones lo mandó para casa. El médico sabrá lo que vio. Estuvo toda la noche y la mañana yendo cada poco al baño. Al mediodía salió al balcón. Con los codos apoyados en la barandilla y la cabeza entre las manos, se entretenía mirando la calle. Me asomé a la terraza para llamarle, pues desde el salón no me oía. Cómo continuaba sin responderme le zarandé, y su cuerpo se venció hacia mi lado. Quise sujetarle, evitar que se golpeará la cabeza con el mueble de la esquina, y su peso muerto me dobló la muñeca. El dolor me duró casi un año.

Vivir sola no era nada aburrido. Con mis sesenta años y mi desparpajo, sin necesidad de ascensor, subía y bajaba las tres alturas que me separaban de la acera. Me convertí en una alumna aplicada de los talleres en la Casa Cultural, y una abuela juguetona con los nietos. Recorría gustosa las calles para verlos un rato.

Si de soltera nunca me faltaron pretendientes, de viuda tampoco. Algo tendrá el agua cuando la bendicen. Por supuesto que no me volví a casar y aunque ya eran otros tiempos, tampoco subí a ningún hombre a casa. Siempre lo digo, las mujeres tenemos más picardía, aunque tal vez esa no es la palabra.

Una mañana mis piernas me llevaron con dificultad hasta la panadería. A la vuelta se sintieron incapaces de trepar tantos peldaños, y echaron en falta el elevador que nunca tuve. Me negué a subir hasta la vivienda, pues si subía no volvería a bajar. El vecino del entresuelo me sacó una silla, y sentada a la entrada del portal, juré que no me movería salvo para ir a una residencia. No había salido de casa de mis padres para instalarme con noventa años en casa de mis hijos. Tuve suerte de que hubiera una plaza libre. Ingresé a tiempo para la comida. Mi hija se fue a recoger mis cosas y me las trajo en una maleta. También se encargó de vender en pocas semanas el piso.

Aquí he conocido a un hombre que me habla de sus millones en el banco. Quiere que nos vayamos juntos, que disfrutemos tres años, o lo que sea, que él todavía puede. Cuando le recuerdo que está casado, me propone esperar a que fallezca su mujer. Ella se aloja en la planta de asistidos, no puede moverse y apenas si se entera de las cosas. Él, cuando me mira, ve en mí a su primera novia. Está convencido de que soy de un pueblo que no conozco. Unos minutos más tarde nos ha olvidado a las tres. Entonces escucho en el telediario que el gobierno se ha llenado de mujeres. Y eso me alegra.

No la dejaron pasar

- TERCER PREMIO EX AEQUO -

De Juan Caballero Gómez

No la dejaron pasar, no. Él estaba viviendo el segundo momento más importante de su vida, su muerte, y a ella, que era su verdadera vida, no la dejaron pasar.

El toro había cumplido con el mandato inherente a su naturaleza brava, se había defendido de un ataque, y en aquella pugna resultó vencedor. Y él, que era un ganador y que tantas tardes de gloria tenía en su haber, fue vencido.

Sucede que cuando el ganador pierde lo pierde todo, porque no se reserva nada. Todo lo arriesga porque se sabe ganador, y cuando gana lo gana todo. Pero... ¡ay!, cuando viene de frente...cuando el toro viene de frente...cuando el toro deviene en ganador, no hay otro ganador que le venza. Vence el toro, y el torero pierde. Y él perdió.

Cuentan que Manuel no estaba en un buen momento anímico, que había críticas a su entrega al torear y que la relación que mantenía con su verdadero amor, Antoñita, era rechazada por su entorno más próximo, que estaba más delgado que nunca y que su semblante reflejaba una profunda tristeza.

Ella era una mujer con un gran carácter y moderna para su época, que se enamoró y que enamoró con locura a un hombre al que hizo inmensamente feliz, mientras la mujer también lo era con él. Cuatro años de relación mantuvieron, aunque buena parte de ese tiempo de forma callada, como defensa hacia una sociedad hipócrita y malsana que aturdió cada día más a la pareja, que se cebaba con ellos y que los atacaba sin descanso. A Manuel le pedían que se arrimara al toro, a Antoñita que no se arrimase al torero.

Se habían conocido en el Madrid de los primeros años cuarenta. Presentados por una amiga común, pronto comenzaron a salir juntos hasta entablar una relación seria y estable, la que ninguno de los dos había tenido hasta entonces. Ella era guapísima, muy simpática y con unos andares y maneras de actriz de cine americana de la época, que realizaban su enorme atractivo. Manuel, Manolo, era espigado, delgado, no especialmente guapo, pero sí muy atractivo, callado y dominado por un entorno en el que cada día se sentía más asfixiado. Un entorno al que ella tuvo que mostrar su carácter fuerte para

enfrentar la hostilidad manifiesta que le brindó desde el primer momento.

Aquella tarde oscura, en esas horas mortecinas en las que el aire pesa y el sonido de la nada se oye en todos los rincones de cada estancia, irrumpió ella con su dolor. Un dolor profundo, un dolor del alma, un dolor infinito que se hizo brutal sonido cuando el desgarró de su gemido expulsó el lamento más estremecedor.

La tragedia venció a aquellas vidas. Y a ella no la dejaron pasar.

Ni despedirse pudieron.

Lejos quedaba el México colorista de esos años que fue testigo de su amor. Solo allí fueron realmente felices, lejos de España, sin presiones de gentes interesadas, egoístas y manipuladoras. Un México que los aguardaba para, en Octubre de 1.947, tan solo unos meses después del fatal desenlace, celebrar por fin su casamiento.

Porque mal que a los otros les pesara y aún con las dificultades impuestas por los opositores al enlace, él y ella ya estaban enlazados, y solo la tragedia ocurrida la tarde del 29 de agosto de 1.947 rompió el hechizo y la lazada terrenal que les unía.

Poco se habló después de ella. Mucho se habló después de él, califa del toreo y mito entre los mitos.

Tampoco hablaron mucho de Antoñita antes, cuando la época dorada. En los casi cuatro años que duró su romance con Manuel solo falsedades y maledicencias le dedicaron. No les convenía a los otros. La mujer podría tener poder sobre él y eso no les convenía. Por eso no la dejaban entrar en su vida, en lo privado, en lo público, en sus éxitos, en sus deseos, en sus intimidades... No, no la dejaban entrar. Ella representaba el camino de la vida para el hombre, un camino diferente al del torero, un camino que el hombre quería abrazar a partir de Octubre, un camino que se apartaba de los otros. Un camino que nunca pudo tomar.

Y los otros, aquella tarde de muerte y soledad tampoco la dejaron pasar. A verlo, a despedirse de él, a decirle una vez más todo lo que lo quería.

Pero él estaba perdiendo la vida y los otros veían que estaban perdiendo la mina que les producía, y no querían que alguien se la contaminara. Si hasta le dijeron que en la larga agonía él no había preguntado por ella, que solo pidió la presencia de su madre... Y cuentan que aquello fue así para impedir el "matrimonio in artículo mortis" que algunos testigos manifestaron Manuel quiso celebrar con su amada.

Ella, gimió, gritó, suplicó, pero ni aún así. Ni por ser su última tarde, ni en atención a los profundos deseos y sentimientos del hombre, ni por el más mínimo sentido de la amistad, ni por respeto a la muerte, ni por respeto a la vida, ni por respeto al amor de esas dos personas.

Ni por esas la dejaron pasar.

Abolición de la inercia

- TERCER PREMIO EX AEQUO -

De Enrique Rey Vázquez

Había convertido lo insólito en rutina de su memoria y nunca hemos sabido hasta qué punto ella cree que los disparatados fenómenos a los que se refiere cuando recuerda su infancia tuvieron lugar realmente y convirtieron la vida cotidiana de todo aquel pueblo en una inestable sucesión de prodigios que duró al menos hasta que ella tuvo que emigrar, privando a sus vecinos de los milagros frecuentes y a ella, parece, de su capacidad de ensueño, pues nunca se ha referido a ningún portentoso suceso durante otras épocas de su vida, ya marcadas por una pobreza que fue disolviéndose con los muchos cambios de década.

Quizá por influencia de todo lo escuchado, los nietos habíamos desarrollado un carácter analítico, casi técnico, que proyectábamos sobre todos los ámbitos de la existencia. Los espejismos son demasiado variados para reducirlos a unas cuantas ecuaciones, pero así nos habían vuelto las historias de la abuela: el relato de lo imposible, que es asumido por el niño con la misma naturalidad que lo que sucede ante sus ojos, hace sospechar al adolescente, y ya sabemos que la curiosidad del adolescente, si duda metódicamente, la aprovecha feroz el sistema educativo para formar a ingenieros hábiles con los puentes pero torpes e incrédulos para los esoterismos.

Así, siempre respetuosos con las leyes de la meteorología, la biología y hasta con las de Newton (algunos saltimbanquis pudieron burlarlas sobre las llanuras abrasadas de la Murcia interior) habíamos desarrollado varias teorías para explicar estos sucesos que la abuela siempre nos narró sin asombro, intercalados con los lances por conseguir la mejor lubina antes de Nochebuena o las últimas aventuras de los hijos de la vecina que eran dos y sin embargo impares: el uno más travieso que nosotros, espejo deformante y esperpéntico en el que no mirarse y el otro, casualmente, virtuoso y un modelo a seguir.

Descartada la demencia senil, y es que mi padre apunta que él ya escuchó de niño que un zepelín enorme sirvió para que todo Lorca hiciera vida en él durante varias semanas, tabernas incluidas, en una anticipación aérea de los modernos cruceros; mis primos concluyeron que todas estas ilusiones surgieron durante la Guerra Civil. Los

piratas berberiscos, que con sus sables fueron frecuentes en el Mediterráneo durante el siglo XVIII, bien pudieron transformarse en los moros de Franco. Con esta maniobra redujeron la cuestión de lo inexplicable, que suele ser compleja y sugerente, al terror de una niña que prefirió creer en lo que inventaba antes que en la realidad sangrienta y cruel.

Por mi parte, yo encontraba una relación entre estas historias voluptuosas y una coquetería que no extinguieron los años. Todavía la abuela visita las peluquerías casi a diario y es muy partidaria de los perfumes más exagerados como mecanismo de defensa frente al lobo, que puede confundir a quien no se perfuma generosamente con un miembro de su manada y llevarlo con él.

La coquetería fue durante años una forma de romanticismo, el arma de las esposas para mantener junto a ellas a sus maridos, y debía extenderse en toda dirección porque tan fatal podía resultar un marido sensible a los encantos de otras mujeres como uno aburrido de la conversación repetitiva. Por esto yo creo que junto a los afeites sobre su cutis, ella aplicó una capa de fantasía a todos sus recuerdos de soltera, una cosmética barroca y alucinada para saciar el hambre de aventuras de mi abuelo, agobiado en la oficina como tantos españoles que habían descubierto, después de recorrer los campos, que trabajando a cubierto existen humillaciones peores que la lluvia.

Estas crónicas de lo inaudito hicieron más llevaderas sus tardes, y para cuando yo llegué al mundo (iniciaba mi errática travesía hacia el final de la suya) ya habrían repetido decenas de veces las andanzas de un anciano que caminó hasta Galicia (no era posible imaginar viaje más largo que el que une las esquinas de la Península) y regresó a Murcia convertido en niño sabio.

El abuelo murió antes de Navidad, precisamente cuando planeaban visitar Santiago de Compostela, acaso intentando escapar de la visita indeseable que ya intuían. No hubo suerte y el tiempo, que pudo haberse detenido como en otras ocasiones, pareció castigarlos por recurrir —era la primera vez— a una de aquellas leyendas minúsculas y familiares.

Se perdieron los billetes de tren y la abuela dijo que aquel viaje ya no hubiera tenido sentido para ella. Supongo que no lo tiene buscar en solitario lo que se quería encontrar acompañado y menos aún transformar la quimera en desengaño.

Este mes de mayo, el más caluroso que guardan los registros, hemos vuelto a celebrar el cumpleaños de la abuela. Su padre se la encontró en 1924 durante una fuerte y excepcional ventisca. Nunca había nevado allí tan avanzado el año y no ha vuelto a suceder. Su cabecita apenas asomaba entre la nieve y mi bisabuelo tiró de ella hasta que la liberó. Como si fuera una cebolla.

Las lavanderas

De Susana Revuelta Sagastizábal

A la difícil batalla contra las manchas se consagra un grupo de mujeres obsesionadas con la limpieza. No se amilanan ante la cantidad de mierda pegada y con las manos encallecidas en su lucha diaria contra la suciedad, frotan cada letra, cada párrafo, cada melodía, dejándose en ello el alma. Golpean las estrofas contra el pilón, las restriegan con el raspador, enjugan la espuma negra que les salpica la cara y frotan otra vez, hasta que se vuelve cristalina el agua.

Arrastradas por el remolino jabonoso, canciones enteras se esfuman por el sumidero. Primero desaparecen un puñado de palabras, después frases, párrafos y *shala-la-las*, y al final los títulos, hasta no quedar ninguna marranada. El grupo se regocija al ver el «*despacito*» sumergirse «*pasito a pasito*» junto a otras guarrerías del estilo «*suave suavecito*» por el agujero, dejando sus conciencias tranquilas. Por último aclaran, rocían con perfume y tienden al sol las canciones sin mácula para que esta noche en la verbena las toque la charanga.

El color de las amapolas

De Luisa María Yamuza Carrión

A ti siempre te sentó bien el rojo. Tu tez morena y tus cabellos azabache combinan a la perfección con ese color. Mírate, estás preciosa con ese modelo. «El gris quizás sea más elegante», piensas. «Pero a Damián le gustará el negro», te apunta el gesto de fastidio de tu boca en el espejo.

Mamá te vestía del color de las amapolas los domingos para ir a misa. Cuando llegabas a la iglesia, sujeta de la mano de papá, la abuela y las tías te miraban complacidas.

—¡Qué requeteguapa estás vestida de rojo, Martita!— te decía la tía Fernanda emocionada.

La abuela Ernestina te sentaba a su lado y te acariciaba la cabeza. A veces se le enganchaban tus cabellos en sus manos cuarteadas, pero no te molestaba. Olían a lavanda. Ella siempre olía a lavanda. Damián, sin embargo, prefiere las fragancias verdes. De hecho, su perfume recuerda la hierba fresca del campo al amanecer. A ti te embriaga ese aroma. Tú en cambio, no usas perfume. A tu marido le gusta que huelas a limpio, nada más.

Junto a aquellas mujeres estarías todo el rato, pero ese momento placentero duraba poco. Pasados unos minutos, desde la otra punta del banco, papá hacía un gesto que reconocías de inmediato y tenías que volver con él. Si mirabas hacia arriba, él te estaba observando con los ojos muy abiertos y una sonrisa de lado, extraña, como si no fuera risa. Mucha gente sonrío así. «Damián, cada vez más a menudo», reflexionas. Pero a ti te gustan las sonrisas sonoras, las de boca abierta que enseñan la campanilla. Risas de verdad. Como la de tu vecina Paca, que te envolvía con sus carcajadas acompañadas de achuchones y besos insaciables allá donde te encontrara. Esas risas que tanto echas de menos.

Al término de la misa, regresabais a casa precipitados. Te recuerdas con el cuello vuelto mirando a las mujeres de la familia. Sus rostros disimulaban el enojo. No querías irte y echabas el cuerpo hacia atrás, haciendo fuerza con los pies en el suelo. Pero la maldita suela de los zapatos resbalaba y la fuerza de la mano de papá era imbatible, no

tenías nada que hacer. Sometida a tu destino, bajabas la cabeza y te dejabas guiar por aquella mano férrea.

—¡Marta, no tenemos todo el día!— la voz exasperada que te saca de tus recuerdos de infancia, te sobresalta.

Miras el reloj. Llevas veinte minutos en el probador. Un montón de prendas en tonos apagados han construido un nido asfixiante a tus pies y estás acalorada.

—Ya estoy— respondes por inercia, para hacer tiempo.

—¡Ni que fueras la novia! ¡Llévate ya lo que sea! Total, nadie se va a fijar en ti!— le oyes gritar al otro lado de la cortina.

Estás embelesada con tu imagen en el espejo. No pareces tú. Hace años que no te veías tan guapa. «Ni tan indecisa», reconoces apesadumbrada.

—¡Ni se te vaya a ocurrir comprarte el rojo!— te advierte Damián.

Nerviosa, te quitas el traje rojo a tirones y te pones tu ropa en un santiamén. Tu marido paga y cruzáis el umbral de la tienda con el traje negro en una bolsa de papel marrón. Él va delante, como siempre. Mientras esperáis la luz verde del semáforo de la calle Libertad, en tu cabeza se agolpan los pensamientos «Me gustaba más el otro, pero el negro va con todo, la verdad. Lo estrenaré en la boda de Candela. Mi padre, como siempre, dirá que voy muy oscura. Qué sabrá él de moda. Ni de otras cosas. Con los zapatos negros que Damián me regaló por mi cumpleaños iré muy elegante. Y él se sentirá orgulloso de mi . Y sonreiré a todo el mundo. Y será un día maravilloso. Y volveremos a casa alegres, como de recién casados...»

Una bocanada de aire helado congela el atisbo de felicidad que brotaba en tus labios. El frío golpea tu espalda. No sabes de dónde viene, pero te empuja y no te resistes. Como una autómatas das dos largos pasos y adelantas a tu marido. El semáforo aún está rojo. Como el vestido que querías comprarte. Como el color amapola del vehículo que no puede evitar el atropello mortal.

Vas a ser tú

De Juncal Baeza Monedero

Meten a la niña en el sótano. La han traído a rastras, entre los cuatro, desde la puerta del colegio. Algunos profesores les vieron salir, pero preferirán no meterse en líos. Nadie va a decir nada. Ni siquiera esa niña, cuando terminen con ella y la devuelvan a patadas al pasaje. Una vez dentro, no se ha resistido mucho; es inteligente y sabe lo que se está jugando. Ha entendido, sin que se lo tengan que explicar, que la alternativa podría ser mucho peor: podría suponer la sangre de su madre, la de su padre y también la de su hermano, chorreando por la canaleta a la salida de su casa. O la cabeza de sus abuelos reventada contra la pantalla del televisor. Es valiente, la niña. Lleva en la piel los mordiscos de sus antepasados del Frente Farabundo Martí, así que ha debido de heredar el alma de guerrillera. Van a disfrutársela mucho.

Alfredo llegó con la cara cubierta de tinta. Cuando mamá lo vio se puso a chillar como si la estuvieran matando. Dejó caer las pupusas y agarró la plancha directamente con las manos, sin protegerse con el delantal. Le hirvió la piel y se le levantaron ampollas en los dedos, pero ella siguió gritando, solamente por ver la cara de Alfredo. Conseguimos que metiese los brazos en un cubo de agua fría. Papá se acercó a Alfredo y lo empujó contra la mesa. Le hizo derribar una pila de guacales con el cuerpo. “¿Pero qué has hecho, malnacido?”, gritó. Él se recompuso, poniéndose de pie. El número dieciocho le cruzaba la cara, desde el nacimiento de pelo hasta la mandíbula. Le brillaban los ojos en mitad de ese océano de tinta negra. Fui a buscar la pasta dentífrica para cubrirle las manos a mamá. Después, se las tapé con una toalla limpia. “Defender la colonia”, respondió entonces mi hermano, subiendo la barbilla al aire, “conseguir dinero para daros de comer”. Mamá tenía piel gris, las mejillas hundidas, el moño deshecho. Miraba el rostro de Alfredo y lloraba sin espasmos, sin gemir, como una muñeca de caucho.

Estábamos jodidos. Alfredo llevaba meses acercándose a la plantación donde se juntaba la mara. Allí, a los pies del volcán Izalco, había agarrado su primer 9 mm. Los días de reunión traía el olor a cacao y a pólvora incrustado en las zapatillas. No le costó mucho pasar de aspirante a miembro. La noche del rito regresó a casa de noche, entró

en nuestro cuarto para cambiarse de ropa, y yo fingí que dormía. Entornando los ojos, le vi la cara reventada a puñetazos y la ropa desgarrada. Tenía los nudillos intactos, de no haber devuelto un solo golpe, y eso solo podía significar una cosa: ya estaba dentro.

Dos meses después le encargaron la primera misión. Salió de la comunidad para ir a Cruz Galana. Para entonces ya lo llamaban Cuchillo. Yo le supliqué que no lo hiciera, pero Alfredo me cogió la cara con las manos, apoyó su frente tatuada contra la mía y me juró que no lo cogerían. Dijo la verdad: no lo atraparon. Volvió nervioso y mugriento. Se sentó en mi cama y manchó el cobertor de sangre. “Le he cosido el cuerpo a balazos”, me dijo. Había dejado el cadáver tirado en un canalón: un muchacho al que le había arrancado la camiseta a tirones para comprobar que llevase tatuado en el estómago una eme, y justo después una ese que parecía una serpiente enroscada. Salvatrucha de mierda. Puerco.

Alfredo bajó la cabeza, y el pelo le cayó por encima de los ojos. Los mechones negros taparon el tatuaje y, por un momento, imaginé que mi hermano volvía a ser mi hermano, y no Cuchillo. “Van a venir a por ti”, le dije, “vas a ser tú el próximo muerto”. Los dos sabíamos que le harían pagar por lo que acababa de hacer. Alfredo se tumbó en la cama, mirando al ventilador. Me coloqué de costado y lo vi respirar atragantándose, como si se estuviera ahogando.

A la niña la sacan a empujones del sótano. Antes de llegar a la calle, tropieza dos veces en los escalones, golpeándose las rodillas. Tiene que sujetarse la falda del uniforme para que no se le caiga al suelo, porque al empezar le arrancaron los cierres. Las medias, manchadas de barro y sangre, se le han escurrido hasta los tobillos. Lleva el pelo pegado al cráneo, por el sudor, pero no se puede decir que la nena no haya sido valiente. No ha gritado en ningún momento, ni cuando pensaron que sería aún más divertido de dos en dos. Además, obedeció a la primera cuando le ordenaron que los mirase a los ojos, no fuese a olvidarse de sus caras, ni de la eme y la ese que llevaban tatuadas en los pómulos y en la sien. Tampoco se movió cuando le mandaron saludos para su hermano. La niña sale al pasaje con la mandíbula prieta. Una cuadra más allá, sola, se rehace la coleta y consigue sujetarse la falda con los elásticos que le sobran. Se pasa las manos por la cara, quitándose después los restos de babas y tierra del cuello. Cuando llega a casa sus primas están jugando al escondite en el patio. La llaman a gritos y la niña acude. Les dice, me toca, y, con la frente apoyada en la corteza de un cedro, aprieta los ojos y empieza a contar.

Como cada mañana

De Jara Infante Pérez

- ¿Nos conocemos? - le preguntó ella al sentirse observada.

Temió decirle que no, aunque sentía que la conocía mejor que a cualquier otra persona. Cada mañana, él miraba su reloj mientras esperaba el tren de las siete y cuarto. En el penúltimo vagón, pegada a la ventanilla del asiento más cercano a la salida. Siempre la encontraba allí con su cara de dormida, con la carpeta azul y un bolígrafo sobre las piernas. A veces dudaba si era música lo que sonaba en esos auriculares, o simplemente era una forma de reducir el ruido y concentrarse en los apuntes que leía una y otra vez.

Jugueteaba con un mechón de su pelo cuando se ponía nerviosa. Fruncía el ceño al descubrir que lo que leía no lo tenía memorizado. Su perfeccionismo se plasmaba en cada uno de sus gestos. El temblor de su pierna derecha, acompasado con el traqueteo del tren al desplazarse por la vía, el mordisqueo del boli; todo era un reflejo de sus ganas de parar el tiempo y apaciguar su miedo a la falta de conocimientos.

Siempre sonreía con bondad a las personas que pasaban pidiendo, aunque nunca les daba nada. Le gustaban los músicos que interrumpían el silencio. Para ellos siempre parecía tener una moneda reservada.

Pensó que conocía su cara mejor que el espejo del baño en el que ella se miraba cada mañana antes de salir de casa. Su expresión triste, sus movimientos de cejas y el brillo de sus ojos. Los días que no dormía se le notaba en la mirada. Cuando estaba feliz movía los labios en un breve tarareo de la música que escuchaba. Otros días miraba el móvil y resoplaba, como alguien que espera ese mensaje que nunca llega.

Siempre bonita a pesar de las circunstancias. Tan cálida, tan dulce, tan ella.

- No, lo siento - contestó finalmente él mientras ella ponía expresión de extrañada.

Movió sus dedos para poner su mechón de pelo detrás de la oreja. Sonrió con timidez y acompañó el gesto de su mano con un adiós casi imperceptible.

Vio cómo se alejaba por el extenso pasillo, con el eco de su voz aún resonando en su mente.

Sintió pena al no conseguir retenerla. Quizá le faltó la valentía necesaria.

Miró el reloj y deseó que el tiempo pasara.

Desconocía el futuro, y si en algún momento podría volver a hablarla.

Pensó aliviado que, al menos, podría acompañarla de nuevo en su viaje al día siguiente, a distancia, callado, estando con ella como cada mañana.

Fresas, té helado y ojos de mora

De Rosa Fabuel de Mora

Él me abraza por la espalda y pasa sus manos de tierra por mis pechos hinchados y mi abdomen. Estás embarazada, no importa, agáchate. Trato de librarme de sus manos que, en mi espalda y en mis hombros débiles por la larga jornada de trabajo, son poderosos martillos candentes que doblegan mi musculatura de hierro ahumado. No sé cómo vine a este pasillo inmundo y solitario, hace unos minutos estaría posiblemente transitado por docenas de mujeres que caminaban hacia las duchas a quitarse el sudor polvoriento de estos campos. *Agáchate, digo, no me hagas que te lo explique, que como te lo tenga que explicar te va a salir más caro.* Hace un momento era la luz de los invernaderos tan amarilla como los cielos de Chefchaouen, eran los hermosos frutos rojos más dulces que los briwats, era el sofoco del campo como esperanza de un invierno sin hambre. Ahora todo es oscuro y húmedo, juro que no puedo despegar los párpados, me ahogo y no hay agua. El agua es la vida. Ya no me golpea, porque ya no me resisto. Solo se oye su jadeo como un ronquido de jabalí salvaje. No tengo el dinero que me hace falta para pasar el invierno, tampoco tengo ya la dignidad necesaria, quizás mañana tampoco tenga trabajo. Solo tengo el dolor, es mi única propiedad. Puedo malgastarlo en gritos mudos, en vaciar mi aljibe de lágrimas, en un arroyuelo de sangre negra entre las piernas. *Anda, vete ya, marrana, lávate, que das asco.*

Él me abraza con avidez y delicadeza como una camisa de fuerza mal anudada. Se roza en mis nalgas, me manosea el pecho, me hurga las entretelas. Sus caricias no me desagradan, simplemente estoy con mis labores y no me apetecen. Mi madre decía que siempre es buena señal que te sigan deseando, pero ahora es incómodo. *No te preocupes, Saida, los niños no se darán cuenta.* Y tras la cortina de nuestra alcoba sus manos siguen revolviéndolo todo mientras retumba en el patio la barahúnda de los juegos de nuestros dos hijos. La primavera entra intensa por la abertura de la ventana excitando a mi amado que se apresura a soltarme el pañuelo, levantarme la túnica y verterse casi en la misma maniobra. Un resuello y se recuesta a mi lado, se saca ahora la camisa empapada. *Tráeme agua, haz algo.* Diligente, le traigo té helado como a él le gusta. Me lo agradece retozando

y en sus renovadas y lentas caricias descubre el vientre curvado de mi tercer y silenciado embarazo. Y levanta las manos por encima de la cabeza y clama al cielo y grita y lamenta no haber comprado con mi dote cinco ovejas y no para de blasfemar y Anas e Ibrahim asoman por la ventana y comprenden que es mejor correr hacia el horizonte. *Pues a ver cómo te las arreglas en la campaña de la fresa. Lo he gastado todo en el pasaje.* Se viste rápido y abandona el cuarto. Me asomo a la puerta y lo veo abrazarse con el grupo de hombres que cada tarde holgazanean en la esquina de las cuatro calles. En la mesa del zaguán lucen en abanico blanco un visado, una autorización marital, un contrato y un billete de barco a Algeciras.

Ella me abraza como si fuera mi hermana, como si supiera que necesito más su ternura, sus gráciles presiones en mi espalda, su recolección minuciosa de lágrimas sucias, que un legado urgente e inmediato. *Tranquila.* Yo me desangro porque en realidad no me importa desangrarme, no me importa que no me quede ni una gota de sangre. Que sea la amiga muerte bienvenida. De qué me servirá vivir, tras el hijo perdido, perdida yo también, deshonorada. Y este dolor que engordará un recuerdo maligno, un recuerdo inmortal que me matará. *Tranquila.* Esta mujer joven de grandes ojos de mora me sienta en una silla de ruedas y me lleva lleva mientras me desmadeja el pelo. He perdido el hiyab. *Tranquila, mi niña, tranquila.* Su dulce voz me lleva hasta el sueño, me sedan, me lavan, me limpian por dentro la sangre negra. Me despierto en sábanas pulcras, con las manos limpias y el corazón mugriento. Viene la mujer de ojos grandes y me estampa un beso colorado y suave en la frente. Me ayuda a incorporarme y me abraza largamente mientras yo lloro y lloro y lloro. *Te voy a ayudar.* Yo deseo contarle todo, que tenía una vida pequeña y una casa blanca, que tenía un marido que no me pegaba, que tenía dos hijos y veinticinco años, que tenía un contrato de tres meses y no sabía cuánto ganaba, que tenía miedo, mucho miedo era de lo que más tenía. Aunque ya no tengo nada, ni siquiera las veinte o treinta palabras en castellano que me ayudarían a explicárselo. *Hadi, sawf'asaaiduk,* tranquila, te voy a ayudar, dice en sonriente árabe la mujer de ojos grandes.

La quimera del oro

De José Luis Castro Lombilla

—Papá tiene cuatro letras. Mamá también tiene cuatro letras, como boda...

A la niña le gusta contar letras. Desde que en la escuela aprendió a deletrear, no para de contar letras. A partir de hoy ya no irá más a la escuela. Hoy es el día de su boda y, según le dicen las mujeres de la aldea, una esposa debe estar con su marido para cuidarlo, servirle la comida, prepararle un buen café y darle muchos hijos. Aunque la niña no ha visto mucho al hombre que va a ser su marido, está dispuesta a ser una buena esposa para no deshonrar a su familia. Ella sabe que su boda es muy importante para sus padres. Han recibido quince vacas y, a pesar del miedo que tiene, la niña se complace pensando en que gracias a su dote sus hermanos pequeños podrán tener una vida mejor. Ya sólo desea que la ceremonia acabe lo antes posible para irse a vivir su nueva vida en la aldea de su marido. Aunque antes, desde luego, debe intentar dejar de llamarlo “papá”, porque, como es tan mayor, a la niña se le escapa “papá” sin darse cuenta. Debe llamarlo marido.

—Marido tiene seis letras: en la ceja derecha, la M; en la izquierda, la A; la R en el ojo derecho; la I en el ojo izquierdo; en la nariz la D y en la boca la O: M-A-R-I-D-O...

Hace un mes, cuando cumplió trece años, su amiga Lukala le regaló un método especial para contar letras. Como Lukala también es pobre, no pudo comprarle ningún regalo, pero a la niña no le importó porque el método para contar palabras le gustó mucho. El invento consiste en fijarse en alguien y contar las letras de la palabra que se quiera deletrear poniéndolas una a una, en su mente, claro, sobre la cara y el cuerpo de esa persona. Se empieza por las cejas: una y dos; después, los ojos: tres y cuatro; luego la nariz: cinco; la boca: seis; las orejas: siete y ocho; los brazos: nueve y diez, etcétera.

Deletrear utilizando el cuerpo de las personas, además de divertir mucho a la niña también le proporciona una agradable relajación. Hoy, por ejemplo, para distraerse del miedo deletrea palabras. Aunque está muy seria sentada en silencio junto a su marido, envuelta en la tradicional tela blanca de algodón y con la cabeza cubierta, la niña no está pensando en la boda sino en las letras.

—Pan tiene tres letras...

En pocas ocasiones ha visto la niña tanta comida junta. Pero ella no se fija en los grandes platos de arroz o de pollo frito sino en unos pequeños panecillos ovals que parecen pies. Recuerda entonces un día en la escuela, posiblemente el día más feliz de su vida, cuando unos misioneros vinieron cargados de aparatos. Después de tapar la ventana y todos los agujeros de las paredes, cuando la clase se quedó a oscuras, sobre una sábana blanca colocada encima de la pizarra proyectaron películas muy divertidas en las que unos payasos muy graciosos corrían persiguiéndose y tirándose tartas y dándose patadas en el culo. Recuerda la niña aquella primera vez en la que junto a sus compañeros descubrió el cine y no puede evitar sonreír. Sus padres la ven sonreír y piensan que la niña es feliz por la boda. ¿Puede acaso no serlo? Hoy es un buen día para todos. Su familia ha hecho un gran negocio y el marido ha encontrado una mujer joven y sana que podrá darle muchos hijos. Todos deben estar contentos. Y la niña más que nadie porque ya tiene un hombre que cuide de ella. Sin embargo, aunque es consciente de que está cumpliendo con su deber, y se siente feliz por ello, su sonrisa no la provoca la boda sino el alegre recuerdo de uno de esos payasos que vio aquel día en la pared del colegio. Era un hombrecillo con un bigotito muy pequeño que no paraba de mover, como si debajo de la nariz se le hubiera posado una mosca juguetona. La niña recuerda con mucha emoción a aquel payaso que era tan pobre como todos ellos. Tan pobre era, que hasta intentó comerse una bota. Pero lo que más le gustó a la niña fue cuando aquel payaso hizo bailar dos panecillos atravesados por tenedores. Aquello le pareció maravilloso. Por eso ahora, al ver en la lujosa mesa de su banquete nupcial un par de panecillos con forma de pies, la niña sonríe y les clava con su imaginación dos tenedores como aquellos de la película para reproducir aquel baile tan gracioso. Y así, cuando todos cantan y bailan en honor de los novios y sus padres hacen planes de futuro regodeándose con quiméricos sueños de prosperidad, la niña se abstrae bailando con sus panecillos por la mesa y hasta salta con ellos por la ventana para atravesar bailando las grandes praderas y los bosques. Gracias a su fantasía, la niña escapa por algunos minutos de su ominosa realidad saltando por arroyos y ríos hasta llegar bailando más allá de las montañas azules, donde se esconde el sol. Y mientras huye bailando con sus panecillos hasta confines ignotos, no puede dejar de sonreír moviendo cómicamente sus labios, como si debajo de la nariz se le hubiera posado una mosca juguetona.

Corre, Mari, corre.

De Carmen Del Valle Pérez

Corre, corre, Mari, corre.
Tu mente respuntea.

Corre, levántate, es sábado.

Recoge la casa y adelanta esas tareas que se acumulan para el fin de semana. Pon lavadoras, tiéndelas. Riega las macetas, prepara el zumo con vitaminas a las niñas (¡niñas!, ya están en la década de los veinte). Escucha el programa de radio, toma nota para las futuras clases, (subir al blog el audio o enlace del pódcast).

Recoge, recoge, recoge: los restos de cena en la mesa, junto a dos portátiles, apuntes varios, fotocopias y un esmalte de uñas.

Operación ropa: recoge, recoge, recoge.

La masa informe de ropa se recompone y desinfla para dejar a la luz la silla que cual parásito se resistía a abandonar.

El móvil. El oráculo de Delfos.

Repaso a las tropas de WhatsApp e Instagram: adormecidas, como siempre. Saltar todos los “vídeos pérdidadetiempoinsufribles” y la alegría, endulzada con la angustia, de veinte libros nuevos, “interesantísimos e indispensables”, que al lado de tazas de café, flores o, camuflados entre sus lectores, requieren un “corazón” tirano. Anoto y me reenvío cinco recetas nuevas de arroz, garbanzos o ensalada vegana. Localizo la última foto del libro leído, escribo una reseña exprés y comparto. ¡Ay! ¡He olvidado añadir los hashtags! Edito, publico y, con una determinación ejemplar, consigo cerrar las aplicaciones, despedirme de mi avatar y volver a la realidad.

Corre, Mari, corre.

¡Mi madre! ¡No la he llamado!

“¿Cómo estás?” Tengo que alejarme del auricular siempre, el volumen me sorprende a traición, pero la tensión se suaviza por el cariño que desprende una voz aniñada, familiar, que no se corresponde con la edad. “No tienes que venir, estoy bien, descansa.

No vengas. Es fin de semana. Estoy bien. La carretera está fatal”. Contraargumento sin lugar a réplica, facilitando hora de salida, y la vuelta al día siguiente.

Corre, Mari, corre.

Me regalo el segundo café. Me propongo tomarlo en la terraza y disfrutar de un momento de relax en diálogo espiritual con las macetas o leyendo los artículos de los dominicales (esto de haber vuelto a la cafeína tiene sus ventajas). Un motor incombustible se arranca y dota de color y posibilidades un día gris. Me tomo el café en la cocina. Se me olvida tomarlo en la terraza.

Corre, Mari, corre.

Por el pasillo una voz en off informa y recuerda que hemos quedado a la una, para visitar una exposición. “No se puede llegar tarde”, remarca. Meto quinta en las actividades y sugiero pasar antes por una librería de viejo que queda cerca. Así calculo que podría cumplir uno de los objetivos inalcanzables últimamente, andar un poco y darme el gustazo de descubrir algún tesoro a precio módico. Mientras, la voz en off ha cambiado de tema e insiste en lo dura que es la vida al tener que bajar la basura a diario, tema recurrente, y como canto de sirenas que abduce a la depresión, yo, Ulises, determino directamente silenciar el volumen.

Corre, Mari, corre.

(Paréntesis)

(Calle. Por fin salgo del perímetro en el que me muevo cinco días de siete. La Luz. Caminar, qué placer más simple, pero qué regalo. Redescubrir la ciudad como si hubiera pagado un viaje barato y saliera del hotel. Su río, sus gentes (turistas incluidos), sus torres, sus colores. Qué sensación de “es la primera vez que veo esto” y la realidad se reblandece, cual plastilina tierna, acogedora, maleable, editada en colores primaverales, modela tus andares y flotas detrás de las gafas de sol).

Corre, Mari, corre.

Controles de velocidad que vuelan por la izquierda de la gran pantalla del parabrisas alertan de que levantes el pie y reduzcas la velocidad. Menos mal que no me he puesto tacones y conduzco relajada.

Mi madre me espera.

Ha recordado mi cumple. Tras siete años todavía su mente con amnesia se ha emocionado al felicitar me.

Yo, también.

Despacio, Mari, despacio.

Estás aquí.

Relatos ganadores y finalistas 2017
I Premio de Relato
Fundación Fomento Hispania

Jurado

Carmen Peire
Valeria Correa
Scherezade García

Primer Premio

Hotel Palenque (Cristina Barba Cubelos)

Segundo Premio

Muebles (Isabel Cienfuegos Agustín)

Tercer Premio

Ahora que ha parado el viento (Gonzalo Gómez Montoro)

Finalistas

Conciliación (Patricia Collazo González)
Hacerse preguntas (José Manuel Garrido Verdugo)
Hatshepsut (Enrique Trenado Pardo)
Primera mujer (Carlos Andrés Fabbri Campos)
Sopla las velas (Joaquín Pretel Reyero)
Sundae (Esperanza Manzanera Ferrándiz)

Hotel Palenque

- PRIMER PREMIO -

De Cristina Barba Cubelos

Mi útero es como el hotel Palenque. Hoy es sábado. Yo me pierdo en ficciones inútiles, inacabadas. Retales de papel estampado con elefantes que podrían forrar una pared. Calcular los días y las posibilidades de acierto igual que en un juego de ordenador.

Demoliendo, como Penélope, partes del edificio que luego vuelve a construir, el dueño de Palenque ha logrado que el edificio nunca se dé por concluido y quede exento de pagar el impuesto de propiedad. A mi útero le sucede lo mismo. Yo le apporto todos los materiales necesarios –esperma, vitamina B, ácido fólico– y él crea y destruye sin cesar.

Solo son las doce y ya me he convertido en una agente de bolsa de mis propios óvulos, en una crupier de la fertilidad. Es como tener la fiebre del oro. Marco la fecha de inicio y fin de mi ciclo en el calendario virtual. La zona sombreada en dorado marca el periodo fértil y en el centro –una beta que hay que extraer removiendo el terreno– mi día de ovulación. A veces visualizo mi útero como un acogedor tipi de piel de bisonte que se puede empezar a montar. Hoy no; hoy es un iglú.

Me gruñe cada noche una galaxia de miedos (he bebido vino, he tomado algún somnífero, he deseado, en un par de ocasiones mientras trataba de quedarme embarazada, no estar embarazada, he sido una mujer adúltera y he tomado una pastilla abortiva el día después). La culpa es un espacio sin territorio, pero con capital en mi cabeza. Echo de menos el sexo negligente. La concepción lineal y no circular del tiempo. He descubierto que puedo hablar de la maternidad casi con cualquier desconocido, pero no puedo hacerlo con mi propia madre. Me he transformado en una persona que busca indicios en sus bragas y eso me abruma.

En la clase de panadería nos hacen despojarnos de nuestros anillos y pulseras al entrar. Sobre la encimera hay un gran cuenco de cerámica de aspecto oriental para dejarlos. Las sortijas de bisutería, los brazaletes y las alianzas matrimoniales caen en el fondo y hacen ¡gong!, ¡gong!, ¡gong! La sala se despereza y adquiere resonancias tibetanas.

Yo llevo los dedos desnudos porque mi marido y yo nunca llegamos a cruzarnos anillos. Somos modernos. Él me regaló un gato *Sphinx* y yo le regalé una *Fender Telecaster*. Reconozco que me da miedo mirar el interior del cuenco. Es un miedo irracional, canino. Me da la sensación de que el cuenco mirará dentro de mí. Analizo las manos de las otras; la mayoría somos mujeres de esas que ya tienen venas en el dorso.

Con nuestras manos maduras amasamos el pan. Como es el último día de clase me regalan un ente amorfo y maloliente del que hablan como si tuviese autoconciencia: es la reverenciada masa madre. La envuelvo en papel de cocina y me la meto en el bolso sin miramientos junto a un nuevo test de ovulación. Los días que siguen desde este hasta la fecha de la próxima regla serán días deshojados igual que margaritas. Sí. No. Sí. No.

Mi marido me saluda desde una terraza. Comemos con gafas de sol. Descendemos por la tarde de forma inconsciente, superflua, como por un tobogán. Al llegar a casa nos encontramos con que, durante nuestra ausencia, el gato se ha preparado una curiosa taza de té. Su mirada fija, en el habitual estado de beta-consciencia, flota sobre el bebedero de cristal. En el interior algo, una especie de bolsita, ha oscurecido el agua. Me acerco. Mi marido se queda detrás. Descubro que lo que hay en el bebedero es un támpax usado que ha sacado de la papelera para jugar.

Me toca preparar la cena. Imagino remodelar la cocina con el dinero que nos costaría reproducirnos. Solo como plan B. Cambiar el horno. ¿Será alguna clase de rollo psicoanalítico? Me tomo los sobres nuevos que me han recetado. Llevan bien visible la palabra "fértil". Con todos estos complementos alimenticios, mi útero va camino de parecer un bazar chino. Mi marido me llama desde el salón. Se escucha alboroto en la calle, en toda la manzana. Está a punto de ponerse el sol y varias voces cantan cumpleaños feliz. Nos asomamos al balcón. Tiemblan las copas de los árboles y hay un hombre atónito en el centro de un grupo. Parece tan sorprendido que me llevo a preguntar si realmente será su cumpleaños o es víctima de una broma absurda.

Sobre el parabrisas, el ala muerta de un pájaro, con las plumas marrones, grises, azuladas, desplegadas en un vuelo arrancado del cuerpo. Más imágenes inútiles. El vídeo de unos prisioneros de guerra que regresan a Hanói y matan el tiempo mientras miran en la televisión a prisioneros de guerra que regresan a Hanói. La tarta de cumpleaños que el mensajero ha dejado en nuestra puerta por error. La fachada desierta del hotel Palenque.

Sus forjados desnudos afilando el viento. Las columnas sin techo. Una ventana en suspenso. El enclenque cartel anunciador. Este día que termina, que ya casi no sucede.

Este vientre encasquillado. Esta historia inacabada. Podría ser una ruina más, pero también un edificio en construcción.

Muebles

- SEGUNDO PREMIO -

De Isabel Cienfuegos Agustín

Ha llamado al timbre del portal. Mira el anagrama junto al cuarto piso, una flor o una rueda. Un símbolo como en los tatuajes. Hay también una palabra que sugiere asistencia, o algo así. En el resto de los pisos solo ve números al lado del botón.

- ¡Abre! He traído los muebles, le dice a la rejilla. Suena vacío al otro lado. Tarda en llegar una respuesta.

- Espera. Bajarán a recogerlos.

No está segura de que haya contestado su hija. El tono decidido, nuevo ahora, y la voz, podrían ser los suyos. No le han dicho que suba.

El calor la golpea; un empujón que casi la derriba. ¿Qué hace ella aquí, un domingo de agosto, a la hora de comer? Arde la fachada de ladrillo, el aluminio en el portal, tan feo. Una sábana cuelga de la ventana, con el mismo dibujo y una frase pintada en rojo y negro. “Centro Social Okupado”.

Allí vive. Su niña. Por eso ha ido. Para intentar verla. Verla y hablar, saber. No pretende otra cosa. Bueno, comer con ella, eso sí lo ha pensado. Quizá pasar la tarde. Tiene una cena luego. Para ahorrar tiempo, por si acaso, ha venido preparada. Un vestido de seda y maquillaje, sin el que ya no sale. Ahora, con el calor, nota pegajosa la cara.

El calor de estos barrios donde no corre el aire. Barrios como los de su infancia, en los que trabajaron sus abuelos, que abandonaron sus padres y que su hija nunca había pisado; niña de escaparates y de facultad. Pero no quiere darle vueltas. Pasó el tiempo de las discusiones. Ya solo quiere verla, sólo eso.

Para ello ha urdido la trama de los muebles; algo práctico que le ha hecho llegar por conocidos. Le ha dicho que pensaba tirarlos. Así, como desechos a reciclar, los ha aceptado. Pero ha sido muy ingenua. Recibirlos de mano de su madre no estaba en el trato.

Y aquí está, con la mesa metálica de picnic y las sillas plegables dentro del coche. Viejos muebles de su propia infancia, que un día significaron prosperidad. Salir en coche, comer en el campo los domingos. Ella se los llevó al casarse, pero nunca los utilizó. Hasta

hoy, para esto. Esto, que no ha valido de nada. Se siente estúpida con la bolsa de plástico, en la que se recuece un pollo asado que acaba de comprar. Metal y pollo.

El calor rebota entre fachadas. Silencio de la calle sin comercios ni bares. Quizá la gente duerma. ¿Cuánto tiempo va a tener que esperar hasta que bajen? Otros, que no serán su hija, extraños.

Podría ir sacando los muebles del coche. Ahora, le apetece terminar de una vez. Quiere irse a un lugar civilizado, en donde corra el aire. Al ático donde esta noche cenará con amigos, o al centro, lejos de este olor a miseria. ¿A qué juega su hija? ¿Qué pretende? ¿Y con quién?

En el portaequipajes, la mesa se ha encajado. Tira furiosa, se araña, logra hacerla salir. Saca también a empujones las sillas, y una botella de agua. Deja todo en el suelo. Cierra con un portazo. Quiere llorar, pero no piensa hacerlo. Toma aire, bebe un sorbo. Ya está mejor. Va a dejar todo en el portal y va a largarse. La mesa lo primero. Desplegada en medio de la acera, con la bolsa del pollo encima, sigue inestable y coja, igual que cuando la estrenaron. Desfallece y la furia se aplaca. Abre una de las sillas. Cruje. La lona está muy vieja, quizá no la sostenga. Se tiraría el agua encima para refrescarse, pero no puede ser, la pintura de ojos no iba a resistir. Toma un trago. Va a ponerse mala si no se marcha pronto. Bebe otra vez. Si la dejasen entrar en el portal. El pollo se está recalentando. Abre un poco, retira la tapa de cartón. Un pollo comprado en cualquier parte. Ni bien ni mal. Se dejará comer. Cómo se lo reprocharía su madre. Gastar dinero así. Ella ofreció pollo al ajillo, riquísimo y mucho más barato, en esta misma mesa, mientras su abuela le acusaba también de manirrota por desechar las patas, con las que ella hacía un guiso delicioso. Pollo y reproches.

No sabe si reír o llorar. Se siente culpable sin saber bien de qué. Vencida y sudorosa. Ha empezado a comer sin darse cuenta, con las manos, y gotea la grasa alrededor. No ha oído salir a las mujeres. Una es mayor, o lo parece. Gruesa, muy seria, envuelta de la cabeza a los pies en negro. A su lado, una joven lleva también cubierta la cabeza, pero con un pañuelo rojo, alto y coqueto como un tocado de princesa, ojos muy oscuros de kohl, y vaqueros ceñidos, decisión en los gestos, y que la interroga.

– ¿Son los muebles? Le dice, con acento extranjero, señalando, impaciente.

Pero a ella no le apetece contestar. Bebe agua, muerde de nuevo el pollo. Acaso debería levantarse, pero no. La chica empieza a recoger las sillas. Hay un fino desprecio en la forma en que se recoloca, impaciente, el borde del tocado. Hasta que la mayor toma por el brazo a la joven y la frena. Abre una silla y se sienta a compartir la mesa. Toma un ala del pollo. Mastica saboreando muy despacio. Roe la piel, los huesecillos, mientras que le sonrío tranquila, dispuesta a compartir la tarde.

Ahora que ha parado el viento

- TERCER PREMIO -

De Gonzalo Gómez Montoro

Me llamo Nancy. Soy ecuatoriana y tengo frío. Llevo seis meses en Francia. La temperatura no para de bajar. Por este ventanuco se ve todo helado. El viento mueve la bombilla que está sobre mi cabeza. La bombilla cuelga de un cable pelado. La luz parpadea; a ratos se apaga. La letrina apesta. Llevo media hora esperando a que afloje el viento para ir al contenedor. Hasta allí hay unos doscientos metros. Con el mistral que sopla puedes enfermar. Eso le pasó a Daisy. Vino a la letrina de madrugada. Cuando regresó al contenedor se desplomó. Pasó una semana con fiebre. El médico es caro. No tenemos seguro. Un boliviano murió de insolación el año pasado. Lo dejaron acostado. Cuando lo atendieron ya estaba muerto. Nadie vio nada. Saldré de la letrina cuando pare el viento. Llegaré al contenedor antes de que vuelva el mistral. El cielo está despejado. Las estrellas brillan. Mañana helará. El hielo es mejor que la nieve. La nieve moja los pies. Enfermas. Prefiero que hiele. Pero hasta que deshiele no podremos trabajar. Ni cobrar. Oigo coches. La autopista está cerca. Por el día se ve. Pasan camiones hacia España. Quiero pararlos. Que me lleven a casa. No puedo hacerlo. Tengo una hija y una deuda. Nelson era albañil. Yo cuidaba a una viejita. La empresa de Nelson quebró debiéndole dinero. Él empezó a tomar. Y a golpearme. Luego se marchó. La viejita se me murió. Yo vestí y velé el cadáver. En el entierro me despidieron. Sin derecho a paro. Pasó el tiempo. No encontraba empleo. Seiscientos euros mensuales de hipoteca. Gasté mis ahorros. Vendí los muebles, la ropa de Nelson, sus herramientas. Intenté devolver el piso. Retornar a Ecuador. El banco no aceptó. Me hablaron de esta empresa. Recoger fruta en Francia. Antes traían españoles, ahora sólo latinos. Porque no protestamos. Adelanté doscientos euros por si incumplía el contrato. En la puerta había cola. Ecuatorianos, bolivianos, colombianos, peruanos, desesperados, con hipotecas e hijos. Vine en una furgoneta con otros siete. El conductor había tomado. No podían despertarlo. Tuve que manejar yo. Mil quinientos kilómetros. Casi sin parar. Llegué durmiéndome, sin saber dónde estaba,

siguiendo a otro furgón. En la finca nos repartieron. Fui con unas peruanas. No salgan de la finca, dijeron. Me instalé en un contenedor con cinco mujeres. No hay ventanas. Hay cucarachas. Las paredes tienen humedad. Los colchones están meados. Dormimos dos en la misma cama. Ella se llama Laura. Tose y ronca. La cama individual cuesta el doble. El lugar hiede. Trabajamos doce horas diarias. La mitad del sueldo va a la empresa. Falta poco para cobrar. Cuando cobre, volveré con mi hija. Tiene cuatro años. La extraño. Casi no podemos hablar. Es caro. Cuando hablamos, lloro. Ven, mamá, me suplica. Tengo que resistir. No sé si podré. Me duelen los huesos, la espalda, la cabeza. El viento me va a volver loca. El contenedor cruje. No deja dormir. El viento pasa bajo la puerta. Pasamos frío. Tenemos un radiador. La luz se va. La luz se paga aparte. Y el agua, el viaje, el alojamiento y la comida. Debemos estar agradecidos, dice el capataz. Sobran trabajadores. El tipo es portugués. Feo, gordo, asqueroso. Un hijo de puta. Apesta a alcohol. Nos mira el culo. El primer día se rio de mí. ¡Aquí no se habla, ni se ríe, ni se canta!, me gritó. A veces canto. Para olvidar el cansancio. Y la tristeza. El tipo no me quita ojo. Se me acerca cuando estoy sola. Intenta manosearme. Si gritas, te echamos, me amenaza. Estoy deseando que sea domingo para no verlo, aunque los domingos me deprimó y quiero que llegue el lunes para estar ocupada y no acordarme de mi hija. Cuando pienso en ella me siento peor aún. No puedo dejar de hacerlo. También recuerdo cuando firmé la hipoteca. Yo no estaba decidida. El banco lo puso fácil. Nelson presionó. Mis amigos, también. Alquilar es tirar el dinero, decían. Los primeros años fueron bien. Trabajábamos y, con apuros, pagábamos. Luego perdimos los empleos. Gastamos los ahorros. Llegaron los avisos del banco. Las colas para coger comida. Las noches sin luz. Las duchas frías. Pasé mucha vergüenza. Y soledad. Recibí una orden de desahucio. El miércoles diez de enero. Los días previos no podía dormir. Por primera vez tomé tranquilizantes. Sufrí ataques de ansiedad. Tenía ganas de morirme. Me pasaron mil cosas por la cabeza. Prender fuego al piso, tirarnos mi hija y yo por la ventana. El día llegó. El portal del edificio se llenó de gente. Nos encerramos en casa. Mi hija lloraba; yo, también. Llegaron varios furgones de policía. Los vecinos miraban. La policía cortó la calle. Hubo forcejeos, gritos, golpes... La policía se cansó. Negociamos una prórroga. No debo pensar. Miro las estrellas por el ventanuco. Mañana habrá escarcha. Debemos quedarnos en los contenedores. Para estar concentrados, dicen. Muchos trabajarían por menos. Tengo que resistir. Sólo faltan unos días. La bombilla se va a apagar. Tengo frío. Me duelen los huesos. Debo salir ahora que ha parado el viento...

Conciliación

De Patricia Collazo González

Cuelgan de las cuerdas de la del quinto: dos pijamas de bebé, un par de medias de seda, tres baberos, una agenda sobre la que se ha derramado algo viscoso, dos pares de patucos, la batería de un teléfono móvil, un peluche de Winnie The Pooh, dos páginas de un informe de cuenta de resultados, un foulard en tonos pastel, un gorrito con orejas de oso, el cargador de una tablet, un anuncio pidiendo una niñera responsable, un estuche de maquillaje, dos declaraciones de renta, la correa del perro, una mantita azul celeste, un reloj de pulsera y un libro de poemas. Es sábado: toca limpieza general.

Hacerse preguntas

De José Manuel Garrido Verdugo

Se ha ido. El edredón no cubre su lado de la cama. Estiro las arrugas de la sábana. Para un lugar eterno, escogería tu piel, escribió. Su lado de la cama está frío. Llevo la mano bajo su almohadón.

Hundo la cara en él para evitar el aluvión de luz que entra por la ventana. Nos conocimos y dije, espérame, apuntando con la barbilla hacia la salida antes de dirigirse a la barra de aquel bar donde sobran humo, alboroto, gente. Fuera, empezó a descargar la tormenta. Me tendió el botellín de cerveza. No me gusta, advertí. Giro la cara hacia el reloj despertador que marca las nueve y media.

Se ha ido.

Debería levantarme. Este es un abril singular, es el tercero que compartimos. También lo es este sábado. Esta noche celebramos que algo nuevo está en camino. Lo sabemos desde hace diez días.

Ya tenemos nombre, tanto si es niña como si es niño. Preferimos niña. He leído que son más divertidas y cariñosas. O lo habré oído en algún documental. Quizá sea una de esas ideas que agarran en nuestras creencias sin objeción alguna. Uno de esos productos de la costumbre que muy pocos suelen refutar. Luego está lo de ponerle laticos, coletines y colores alegres. Los niños, corte de pelo a tazón, de azul y tan competitivos. Si un día de estos hiciera un descubrimiento, le pondría tu nombre, escribió. Imaginamos la habitación de los trastos con sus muebles, los del bebé. Visillo verde menta, lámpara en forma de pulpo. Cancelaré la cena. Devolveré la pitillera de plata. Pensaré qué hacer con el vestido sin estrenar. Está bien esto de ocupar todo el ancho de la cama. Pero hace más sólida su ausencia. Aporrearía el colchón, estamparía los almohadones contra la pared, desollaría el edredón o, simplemente, lloraría. Supongo que nada de esto me sería útil. Habíamos pintado nubes y estrellas en el techo de nuestro dormitorio, visibles solo en la oscuridad. Nuestro ritual: contemplarlas, su brazo rodeándome el cuello y el pecho y su mano sobre mi hombro, hasta dejarnos derrotar por el sueño mientras nos siseamos lo cotidiano. Debería levantarme.

El suelo está helado. Es algo que odio. No encuentro mis zapatillas de andar por casa. No creo que sea sano usar la palabra odio hoy. Ni nunca. Voy, antebrazo como

antifaz, hacia la ventana. Se me fruncen los ojos al abrirla. Un día tormentoso de abril, como el de hace dos abrils. En la calle, un remolino de polvo, papeles y bolsas de plástico. Desayunaré algo, estoy hambrienta. Primer síntoma del embarazo, o de los primeros. Me resulta todo tan insólito. Nada y tú en el centro del horizonte, escribió. Quedan algunas naranjas para hacerme un zumo, será suficiente además del café sin azúcar y la tostada con aceite. El lavavajillas está lleno. Saco del frigorífico lo que no me pertenece. Latas de cerveza, yogures desnatados con trozos de mandarina, un pastel de carne, una lasaña vegetal precocinada, una cuña de queso *camembert*. Lo meto en bolsas de basura. Empezar a olvidar. A la derecha del soporte de los huevos está la última jeringuilla de gonadotropina. La devolveré a la clínica, no ha sido necesaria. No se dónde habré puesto las zapatillas. El suelo está helado.

Se ha olvidado su teléfono. Suena. Es la segunda vez que lo hace. Vibra dentro del cajón de su mesilla. Aparece y desaparece un zumbido de abejas mientras se oye *Tiny*, de Alondra Bentley. Oír esta canción, dijo, es como tenerte. No me importa quién pueda ser. No sé, dudo si cogerlo. En el centro de tu sombra, la luz, escribió. Abro el cajón. Es Lily quien llama. Lily es una recién llegada.

De Lily me gusta el lunar, del tamaño de una semilla de tomate, sobre su labio superior, cerca de la comisura. Cómo se recoge el pelo con esas pinzas en forma de flor. Y su pasión al hablar de la vida que desearía vivir. Lily es más alta que yo y, si me abraza, es como si lo hiciera un saco de plumones. Es Lily quien llama otra vez. Se ha olvidado su teléfono.

No encuentro ninguna tarjeta. Ni sobre las mesas, ni entre los cojines del sofá. Cuando se ausenta por unos días, Virginia me deja frases breves anotadas en tarjetas de visita. Sin ti no hay brillo en el metal, ni en la espuma de las olas. Las esconde. No hay distancia que no acorte tu voz. En el interior de los jarrones, detrás de los cuadros, sobre las baldas, bajo la cama. Y perderme contigo en un galáctico agujero negro. Yo las busco. Las memorizo. Nada que memorizar hoy. No encuentro ninguna tarjeta.

Pídemelo y atravesaré las trincheras, escribió. He de pensar qué preguntas hacerme. Me asusta no hallar respuestas. ¿Sentiría temor si las encontrara? Miedo a la responsabilidad. Apatía.

Desamor. Anoche, miraba las nubes y las estrellas que fosforecían en el techo. Espérame, le oí decir desde el baño, y me quedé dormida. Primero: ponerme las botas de agua azules y la gabardina mostaza. No olvidar el paraguas. Segundo: ir al mercado. Tercero: almorzar ensalada de pasta.

Cuarto: una pequeña siesta en el sofá con el televisor encendido. Quinto: no hacerme preguntas.

Seguir. Atravesar las trincheras.

Hatshepsut

De Enrique Trenado Pardo

Hay cosas, pensó amargamente Amador cerca de la punta de la lengua, de las que no estoy realmente seguro, Valentina. No del todo contigo, entiéndelo, entiéndeme, pero en parte sí. En parte es por miedo, y esas cosas. Porque quién sabe, porque somos muy jóvenes, porque soy demasiado tímido, y no sé cómo hacer esto. Nada de esto. Ya me conoces. ¿No notas cómo me tiemblan las rodillas? Yo, la verdad, no creo que pueda hacer esto. No quiero hacerlo, Valentina. No quiero, pensó Amador casi saliéndole de los dientes, raspándole los labios.

Pero no dijo nada. Valentina estaba encantada y, además, en una posición envidiable para estrangularle con su propia corbata si aquel ideal y optimista ambiente cambiaba de tornas. Así que, rendido, tuvo que sonreír.

- Estoy TAN contenta, Amador.

Tuvo que sonreír mucho.

Valentina retrocedió un par de pasos y, manos cruzadas junto a la mejilla y sonrisa desbordante mediante, observó su obra, cincelada día a día bajo los correctos criterios del buen gusto. Femenino, claro, aunque sea reiterar.

- Vas a encantarle a mamá.

Tuvo que sonreír mucho más.

La anciana lo trituraría con la mirada; la maldita reliquia de los años treinta torcería la boca, lo observaría un minuto o dos y echaría sobre él un halo de reparo y prejuicio. Como si lo viera: mal afeitado, pelo demasiado largo, dientes sucios, ojos de dormir poco y regular, y un casi seguro y sospechoso gusto por la *música rock* y la *televisión inmoral*. El animado cántico de Valentina mientras abría la puerta de su casa apenas le distrajo de la previsión de mal tiempo, pero desde luego sí lo hizo el penetrante olor a pino que brotó del interior. Como clavos por la nariz. Había pasado por alto el detalle, pero no estaba seguro de que Valentina, atareadísima mostrándole una hilera de fotos familiares en el recibidor, le hubiera permitido incluir en la visita una máscara de gas. De todos modos, eso tampoco le hubiera salvado de los candelabros abiertos como arañas, ni del resto de la decoración decimonónica que amenazaba con caer sobre él, atraparlo y convertirlo en un recuerdo más de otro tiempo muy, muy lejano. Deseó, entonces, haberse puesto su chillona camiseta granate y algún pantalón de corte eléctrico. Habría espantado mejor a

los demonios y facilitado las cosas a los equipos de rescate.

- ...y esta es mi prima Teresa, que llevo sin ver...
- Uhm. Vaya.
- Mi tía Remedios, bastante regular de la cadera...
- Ahá.

Observó educadamente los retratos, uno por uno, evocando no tan viejos recuerdos estudiantiles de dinastías inacabables y académicamente sádicas. Era eso, en verdad; volvía a encontrarse en otro de esos exámenes medievales frente a una evaluadora roñosa y amargada para la que nunca era suficiente. Era eso, maldita sea. Iba a ser eso, y esa vez ni siquiera podría copiarse.

- Pasemos a ver a mamá – Valentina le cogió de la mano con una fuerza que antes no le conocía -. Estará en su butaca, como siempre.

En el trono, pensó Amador, como buena Señora Tenebrosa. Él, en realidad, no quería caminar, pero sus pies, traidores vendidos a Valentina, hicieron el trabajo sucio. Y antes de darse cuenta ya habría atravesado el portal, la fuente del olor a pino, de los clavos en la nariz, de la decoración de un tiempo irrepetible (y sin embargo, repetido) y de la futura cascada inquisitoria. Era aquel el punto exacto donde colisionarían dos mundos unidos por un leve nexo entendido de maneras diferentes, así que Amador trató de encararlo con la mejor cara posible, se aflojó un poco el nudo de la corbata sin pisar en lo posible el trabajo de Valentina y sacó pecho, aunque la verdad es que un soplido inesperado volvió a meterlo en su sitio.

- Pero, Valentina...
- ¿Sí?

Era cierto, después de todo, que mamá estaba allí, sentada en su butaca y rodeada de nuevos y entrañables recuerdos familiares. Pero era mucho más cierto que no podría haber estado en otro sitio. Lo que Valentina, Dios sabría por qué, no había dicho es que la encontrarían, por varias circunstancias, poco comunicativa; circunstancias que pasaban porque estaba totalmente envuelta en vendas y estática. Sobre todo, pensó Amador, muy estática. Demasiado, en realidad, para no empezar a sacar conclusiones.

Trató de buscar las palabras adecuadas, pero sólo le salieron un torpe tartamudeo y una absurda reverencia refleja e inconsciente que venía preparando desde hacía tiempo y no entendía de situaciones inesperadas e incómodas. De repente se sintió bastante egipcio.

- Pero Valentina, tu madre está...

Ella se giró hacia él de nuevo con las manos cruzadas y la sonrisa desbordada en su finísimo rostro. Había auténtica felicidad en esos ojos.

- Sí. ¡Está encantada de conocerte!

Primera mujer

De Carlos Andrés Fabbri Campos

Consta que los hechos ocurrieron en tiempos del emperador Carlos I. Dicen de una joven española, quien fuera la primera mujer en llegar al Río de la Plata. Había embarcado en las naves de Pedro de Mendoza, haciendo expedición a aquellas lejanas tierras meridionales del Nuevo Mundo.

La historia de *La Maldonada* data de la segunda fundación de Santa María del Buen Ayre, en el año de 1536. Ni bien desembarcar, los soldados levantaron un fortín junto a las orillas del ancho y grande río, que tal lo era y por ello lo bautizaron *Mar Dulce*. Perentorio fue protegerse del asedio y posibles ataques de los nativos, a quienes pocas alegrías les había provocado la llegada de los extranjeros. Los indios querandíes sitiaron el fortín para provocar por desesperación y hambre la muerte de los cristianos, tal y como habían hecho años antes con las huestes de Juan Díaz de Solís. Pasaron las semanas y los meses y las provisiones tocaron a su fin. La desmoralización y la hambruna enseñorearon entre los conquistadores, a tal punto que se han verificado episodios desgarradores y terribles.

Dicen que era *La Maldonada*, de abultada corpulencia y elevada estatura. Más alta incluso que no pocos hombres. Extraño, para ser fémina y además de la Península.

Aunque algunos la confundían con varón, era tan mujer como cualquier otra y con sus merecidos atributos que llevaba con harta coherencia y claridad, en medio de aquel mundo de machos embrutecidos. De rostro no era fea, lo que se dice, pero tampoco hermosa. Sus rasgos duros y a la vez delicados, delataban sin duda alguna su belleza ibérica. Solía vestir como hombre, aunque también se la podía ver con vestidos y faldas largas hasta el suelo. Portaba espada ceñida a la cintura y arcabuz terciado a la espalda, para usarlos sin titubeos ante cualquier menester que se presentara, que no faltaban oportunidades de sofrenar a aquella caterva de guarangos y atrevidos. La cabeza siempre erguida; la bonita melena negra rozaba, con gracia y desparpajo, sus redondos hombros de mujer. Era, aseguran, amante apasionada y fiel del hombre con quien estuviera. Decidida a no morir de hambre en el encierro, aprovechó la oscuridad de la

noche y la baja moral de los centinelas para huir. Hay quien dice que el motivo mayor fue un hecho sórdido y vergonzante. El pudor o la discreción me obligan a no mentarlo, aunque tampoco existe la certeza de que haya ocurrido lo que las habladurías relatan.

Siendo así que fue, la tal *Maldonada* abandonó el fuerte. Remontando el río por la orilla halló una cueva donde entró al anochecer para guarecerse, y tal resultó su susto y sorpresa que había allí dentro una hembra de puma en el difícil trance de parir.

Salvó su vida la mujer, ya que la fiera no estaba en condiciones de atacarla. Al verla en tremenda dificultad, *La Maldonada* se dispuso a ayudarla en la parición. Dos cachorros nacieron y parturienta y mujer trabaron buena y fraterna amistad.

Al tiempo *La Maldonada* abandonó la cueva al conocer a unos indios y marchándose a vivir a las tolderías, se hizo mujer de uno de ellos. Un mal día para ella la localizó una avanzada de soldados, quienes habían logrado por fin superar el sitio.

Capturada contra su voluntad fue llevada de regreso al fuerte. El teniente de gobernación, Francisco Ruiz de Galán, en reemplazo al mando de don Pedro de Mendoza por encontrarse éste al borde de la muerte enfermo de la sífilis, con absoluta autoridad y dureza, la condenó a morir acusándola de desertión. La ataron a un árbol en la inmensidad y desolación de la pampa, quedando a merced de ser devorada por las fieras y las alimañas, dándole así el castigo merecido y para escarmiento de los demás.

Se ignora si fue la suerte la que actuara con diligencia y esmero, pero tal lo sucedido que el primer animal indómito en llegar a sus pies resultó ser la puma de la cueva.

Reconociendo en la mujer a su partera y amiga, no sólo no la atacó, sino que además la protegió para que nadie le hiciera daño.

Cuando por fin los soldados regresaron al campamento para certificar su muerte, fue grande la sorpresa al encontrarla con vida y acompañada fielmente por la leona.

Animal inteligente, supo ver en los soldados la misma especie de su protegida y permitió que la desataran y la llevaran con ellos. En la extensión pampeana se escucharon los bramidos de pena de la fiera, por haber perdido a quien fuera su bienhechora y compañera. Por tratarse de un episodio al que atribuyeron nada menos que la intervención milagrosa del Creador, le fue perdonada la vida.

Escribe esta breve historia de lo ocurrido en las tierras del Río de la Plata, el conquistador y cronista criollo Ruy Díaz de Guzmán, quien asegura haber conocido en persona a *La Maldonada*. Yo ignoro si todo esto es cierto o no, pero nada me cuesta creerlo y hacerlo saber a quién le interese. Como una cicatriz oculta y en su memoria, bajo las calles de Buenos Aires, un arroyo de nombre Maldonado, atraviesa la ciudad.

Sopla las velas

De Joaquín Pretel Reyero

Me llamo Gumersinda Mora. Vivo postrada en una silla. Hace unos días me encontraron colgando del teléfono, sin marcar, sólo esperando unas palabras. Pasé toda la tarde así, no es la primera vez. Aquella tarde me descubrieron. Alguien quería llamar, se dio cuenta de mi inactividad y avisó a las auxiliares. Me agarré con fuerza al aparato. Las auxiliares tiraron de mí, trataron de abrir mis dedos. Al final el teléfono se arrancó. Aún sigue roto, nadie ha podido llamar. He vuelto al pasillo (me han devuelto), frente a los ascensores. Aquí nos tienen vigiladas. Cuando alguien viene a visitar a otra (siempre a otra) yo jadeo y le llamo, le pido que venga. A veces se acercan, casi siempre me ignoran y suben al ascensor fingiendo no escucharme. Cuando se acercan me pongo nerviosa y no sé qué decir. Trato de prolongar esa compañía de segundos, a veces les agarro por la manga del jersey y no me dejo soltar. Así me paso el día, esperando a alguien. Miro a mi alrededor y veo otras mujeres, ninguna nos hablamos. Permanecemos postradas, en una línea, como un cortejo fúnebre inmóvil. Me pregunto desde cuándo estamos aquí, y hasta cuándo. Nos imagino muriéndonos una a una, silenciosamente, y siendo sustituidas exactamente en nuestro puesto por otra, y luego por otra, y por otra... y así hasta el infinito, como pequeños ciclos vitales de inexistencia, de fetidez y vejación irremisibles. El tiempo parecía así congelado, hasta que surgió esta sola novedad: la chica. Vino a verme hace unos días. No la reconocí pero se dirigió a mí con naturalidad, me saludó por mi nombre. Dijo que venía a charlar. Me dijo su nombre pero no lo recuerdo. Hoy ha vuelto pero no me he atrevido a preguntarle otra vez. Cuando está conmigo no dejo de temblar. Sus ojos son como dos piedras negras y pulidas donde me puedo hundir o reflejar. Me hace recordar otros ojos que probablemente sólo he visto en mis sueños. Ahora soy una vieja oronda, doy lástima, pero sé que una vez estuve en su piel, o me acarició su piel. Me impongo serenidad para hablarle pero sólo consigo balbucear. Sé que no debería pensar nada de esto, pero lo cierto es que cada vez que regresa tiemblo y me imagino en otro cuerpo, uno parecido al suyo, análogo al suyo, y nos imagino (o nos recuerdo) a las dos retozando, preciosas, con la piel tersa, haciendo el amor durante horas frente a un espejo. En un momento dado me detengo, ella se encuentra entonces

a horcajadas sobre mí, y veo dos velas sobre la mesilla, iluminando el cuarto. Quiero apagarlas para estar a oscuras. Estiro el cuello, me dispongo a soplarlas, pero entonces miro al espejo y mi sueño se convierte de repente en una pesadilla, una pesadilla que en realidad es un despertar, y veo mi cuerpo repentinamente orondo, mientras me duchan, veo la lorza flácida que me cae del pecho (y que una vez debió de ser un pecho) y que invade mi vientre confundida con otra en pliegues infinitamente profundos, y húmedos y, por lo tanto, fétidos, y me doy asco. Me dan asco mis fantasías y pienso que esa chica no debería regresar, pero igual regresa, ajena a estos pensamientos. Cuando regresa la miro fijamente y es como renacer. Regresa y regresa, y tengo la impresión de que yo también regreso, junto a ella, a cuerpos que fuimos, cada vez más... Hasta tal vez morir, por fin, como ahora, o estar muriéndome; dicen que una nunca se muere, sólo se puede estar muriendo. En todo caso, morir y estar muriéndome atragantada con un globo, qué ridículo, tirada en el suelo bajo un auxiliar que me aplasta el pecho, al principio con fuerza, salvador, ya con menos convicción, mirando a las compañeras y a las otras viejas que nos rodean, leyendo en los ojos de todas esa duda: ¿vale la pena reanimarla? ¿Está indicado reanimarla? Leo su pensamiento y me río por dentro: en realidad no, sabéis que no, dejad que me muera en paz, joder. Pero al intentar decirlo sólo me sale un hipido, entrecortado por los empellones de mi salvador, mi superman de blanco con rayitas azul claro, a punto de fracasar, lo sé, a punto incluso de abandonar y convertirse en un superhéroe agotado, inútil, innecesario, indebido incluso. Está dudando. Rosi llama al médico para saber qué deben hacer, la enfermera más decidida a que me muera. Siempre fue una guarra pero esto se lo agradezco. Miro a la chica, que también está aquí. Vino a la fiesta, la fiesta de cumpleaños mensual, porque los celebramos así, todos los cumpleaños del mes en un solo día, y casi nadie acude, casi nadie. A mí me han empujado la silla, sin pedir mi opinión, y me cantaron el cumpleaños, y me pusieron a inflar ese maldito globo, sin pedir mi opinión tampoco, pero ya qué más da. La pobre chica está aterrada. ¿Me daría ella el globo? La miro a los ojos, se asusta aún más. Lo lamento pero quiero morir mirando tus ojos, son como un orbe insondable. No temas, deja que muera en ellos, deja que muera también en tu piel, vive conmigo este recuerdo, aquellos cuerpos que fuimos, aquellos cuerpos que pintamos antes de desnudarnos, nuestra piel ahora tan tersa que nos duele al tocarnos. Tú a horcajadas sobre mí, hundiéndonos sin parar una en otra, como compuestas de un metal dúctil y enfebrecido, tratando de fundirnos. La luz tenue de dos velas y todo espejos a nuestros alrededor, reflejadas así de mil formas. Y esta noche (¿nos recuerdas?) quiero por fin soplar las velas para morirme en tu piel. Soplo. En la oscuridad quedan suspiros y mi cuerpo se funde, perfecto, con el tuyo.

Sundae

De Esperanza Manzanera Ferrándiz

El Hotel Bulgari de Londres había sido reformado en varias ocasiones, datando la última renovación de 2076. En su restaurante, las lámparas de cristal alumbraban con destellos ambarinos las mesas primorosamente vestidas de seda plateada. Todo el local se asomaba a un frondoso jardín interior gracias a unos ventanales que alcanzaban el techo y bajo los cuales unos coquetos reservados abrazaban mesas de cuatro comensales. El lugar estaba completamente vacío y un ligero y continuo zumbido constituía el único sonido de la sala.

Sundae se acercó cojeando hasta el reservado más alejado de la puerta de entrada y se sentó de espaldas al jardín. Tenía veintiséis años y su naturaleza de repositora de avanzada edad resultaba ostensible por su terrible aspecto físico. Repositora y mujer, circunstancia esta última que comprometía gravemente sus posibilidades vitales. Tuerta del ojo derecho, Sundae estaba completamente calva. Su escasa vestimenta dejaba ver los grandes parches cuadrados que evidenciaban la piel vendida tiempo atrás. Cicatrices viejas y nuevas. Su rostro y también su único ojo tenían el color amarillento de la ictericia y, en lugar de manos, Sundae balanceaba unos muñones que únicamente conservaban los dedos índices de cada miembro como garfios naturales. Cada centímetro de su piel denunciaba las partes de su cuerpo que se había visto obligada a vender para, paradójicamente, conservar su vida, y la de sus hijas. Y luego estaba todo lo que no se veía: las decenas de subrogaciones de útero, la continua venta de sangre y de médula, la prostitución.

En el nuevo orden mundial, ningún repositor trabajaba. Solamente la élite lo hacía, constituida por los ingenieros que diseñaban y programaban las máquinas. Sólo ellos tenían un trabajo y además remunerado. Los robots creados por los ingenieros acaparaban desde hacía años todo el trabajo disponible. Por tanto, los repositores no podían ni siquiera vender su fuerza de trabajo.

Sundae se esforzó por superar las fuertes nauseas que empujaban desde el estómago para pedir al camarero una botella de vino. El amable androide del modelo Pal Premium llegó zumbando y evidenciando así que él era el responsable del sonido que Sundae oyera

al entrar. Sundae eligió el vino al azar, un Somontano “español” como podía leerse junto al precio, señalando con el índice un ítem de la lista de la carta de vinos e indicándosela de este modo al camarero. Los robots camareros eran capaces de escuchar y de hablar, con enorme cortesía además, pero aquella mujer no pertenecía a la élite y el sistema de reconocimiento del Premium Pal así lo determinó. El pequeño cerebro del robot no pudo computar esa nueva situación y lanzó una excepción que detuvo el programa, de modo que el silencio fue el único return.

El precio de la botella era considerablemente elevado y por ello Sundae pensó que se trataría de un producto fino y de calidad. Esta ocasión sería la primera y última en que Sundae tomaría vino, pues está totalmente prohibido que los repositores comprometan la salud de sus órganos con sustancias como el tabaco, el alcohol y demás drogas. Los ingenieros requieren tejidos y órganos en impecable estado de funcionamiento y rechazan cualquiera con el más mínimo signo de deterioro. Tienen donde elegir, así lo ha organizado el nuevo orden.

Desde hacía algunos años, el registro civil solamente inscribía a los ingenieros, pues los repositores eran tan abundantes, que la élite decidió evitar a los robots el trabajo extra de censar a la masa que se multiplicaba como los conejos e invadía el planeta de punta a punta, como hormigas. Es por ello que los repositores se nombraban entre sí, con la espontaneidad de la incultura impuesta desde arriba. Las hijas de Sundae se llaman Muffin y Kreamball, como los conocidos helados de la multinacional del pollo frito. Y ahora, mientras Sundae hace bailar el vino en su copa y se humedece la lengua con él, piensa en ellas. Gracias a la última venta de Sundae, Muffin y Kreamball tendrán la posibilidad de vivir como los antiguos, sin exponer su vida al riesgo continuo de las amputaciones. Y de marcharse. Gracias a ese dinero recién obtenido podrán llegar al Atolón, a sus bosques sin suministro eléctrico, donde no llegan los ingenieros. Nunca sin sus máquinas.

Y justo eso es lo que Sundae está celebrando con el maravilloso vino que brilla en su copa con fulgores de sangre espesa. Alza su copa y mira de frente a la nada: va por ellas. El vino deleita su paladar, acaricia su garganta, calienta su pecho.

Sundae introduce el muñón de su mano derecha bajo la harapienta camiseta para buscar y después acariciar la costura que cierra el hueco que ocupaba su hígado. Y aunque ya no podrá metabolizar el vino, todavía conserva el olfato y la sensibilidad para disfrutar de ese último momento. Sundae levanta el dedo índice y pide otra botella al robot camarero. Con toda seguridad, la última.

Este libro, *Sobre Mujeres*, recoge los relatos finalistas y ganadores de las ediciones I, II, III y IV del Premio de Relato Fundación Fomento Hispania. Son relatos de hasta cinco mil caracteres de tema libre, que tratan, de forma explícita o implícita, sobre las mujeres. Es esta la manera en la que la Fundación quiere recordar y resaltar, en particular, el papel de mujeres escritoras, artistas y creadoras a las que la Historia no les dio el reconocimiento que se merecen, y por otro lado homenajear, en general, a todas las mujeres.

Son los miembros de los jurados que han compuesto las distintas ediciones del Premio los que le otorgan a este una credibilidad que la Fundación quiere que siga creciendo. Algunos de ellos también han colaborado en la introducción a los relatos de este libro, hablamos de figuras de la talla de Soledad Puértolas, Ángela Vallvey, Ernesto Pérez Zúñiga, Espido Freire, Rosa Navarro Durán, Ignacio Merino, Inés Fernández-Ordóñez, Carmen Posadas y Javier Moro.



Palacio del Cordón. Plaza del Cordón 1, bj izq. Madrid 28005
Tel. 91 541 93 64



IV Premio de Relato - Fundación Fomento Hispania

Jurado: Inés Fernández-Ordóñez, Carmen Posadas y Javier Moro



III Premio de Relato - Fundación Fomento Hispania

Jurado: Soledad Puértolas, Ángela Vallvey y Ernesto Pérez Zúñiga



II Premio de Relato - Fundación Fomento Hispania

Jurado: Espido Freire, Rosa Navarro Durán e Ignacio Merino



I Premio de Relato - Fundación Fomento Hispania

Jurado: Carmen Peire, Valeria Correa y Scherezade García